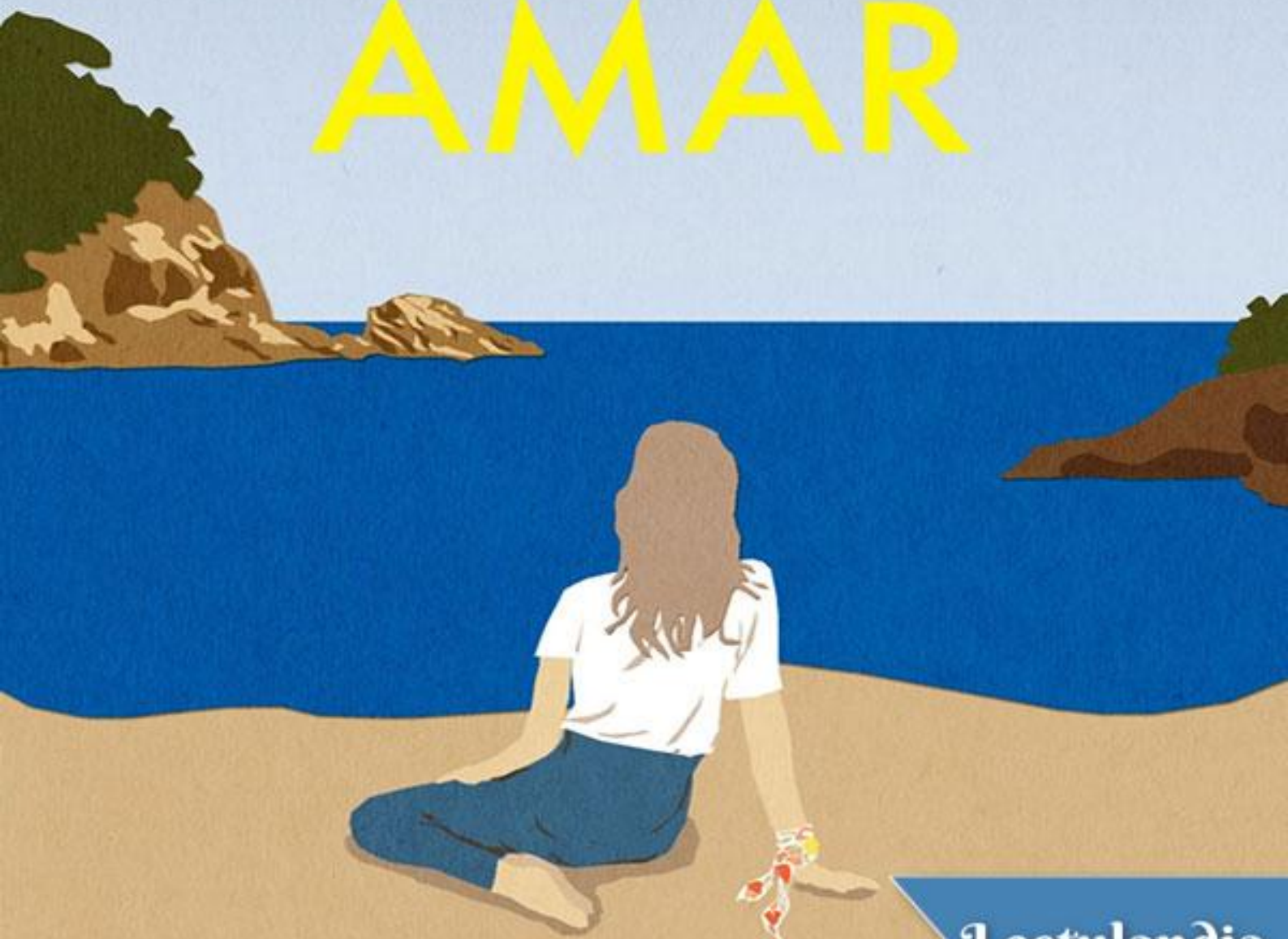


ESTER INVERNÓN

UN
VERANO
PARA
AMAR



Lectulandia

Marina, madre, hija, abuela, ha dejado Barcelona para irse a vivir a Albons, para superar la pérdida de un ser querido. Todo cambia cuando su vida da un giro y tiene que hacerse cargo de su madre, Carme. Dos mujeres separadas por un abismo de palabras no dichas y lágrimas no derramadas aprenderán a convivir, a comprenderse y a perdonarse con la ayuda de Paula, nieta de una y bisnieta de la otra. Marina es capaz, con este proceso de sanación y perdón, de recuperar la autoestima perdida, tomar las riendas de su vida y volver a enamorarse.

Un verano para amar es un delicioso paseo por el Empordà, que invita al lector a compartir mesas bien puestas, que habla de la familia y de los conflictos materno-generacionales, de la amistad, de segundas oportunidades para enamorarse, de la importancia del perdón y de cómo el amor, a pesar de todo, salva.

Ester Invernon

Un verano para amar

Albons - 1

ePub r1.0

Titivillus 02-10-2025

Título original: *Un estiu per estimar*

Ester Invernón, 2021

Diseño de la portada: Xavi Reyes y Oscar Julca

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Albons, finales de setiembre de 2018

«Mirarlos me duele.

Esos cuerpos medio cubiertos por el estampado descolorido de unas sábanas que han sido cómplices de demasiadas historias.

No recordaba que la puerta chirriase.

Siento un temor que me recorre el cuerpo y engullo la incertidumbre, la saliva amarga y espesa lo acarrea hasta el fondo de la garganta y lo aposenta en la boca del estómago con los gritos de la última noche revolviéndose despavoridos.

No quiero volver.

Entro tan silenciosa como soy.

Se mueven.

El sol se desliza indiscreto por el trozo de cortina que quedó mal cerrada y tropieza con unas rígidas nalgas mulatas que lucen al descubierto de las sábanas. El vago movimiento del despertar de su dueño.

Rumor humano del desvelar de la carne cuando toma conciencia de sus entrañas.

La habitación huele a alcohol y sexo a partes iguales.

A mí me parece que apesta a humillación.

Yo solo quiero ponerme en la cama y abandonarme al abismo de un largo sueño que me consienta olvidar las últimas horas.

Me siento muy cansada».

Intento borrar el recuerdo de aquella última noche en Livingston donde, Joana, avergonzándome una vez más, puso ante todo su persona y sus exigencias. Volvió a aplastar mi ser. Y soportar a su lado, con la incomodidad de la disputa no resuelta, el largo viaje de regreso, me tienen extenuados cuerpo y alma.

La imagen de aquellos individuos despertándose, su torso severo, joven y salvaje, me tiene danzando entre la indignación y un extraño estado de excitación. Me viene a la mente repitiéndose una y otra vez.

No he dormido suficiente, siento los músculos entumecidos y me volvería a meter en la cama, en busca de aquella paz mental que siempre he encontrado al regresar a casa de un largo viaje. Pero hoy no será así.

El otoño ya se insinúa. Asalta la habitación con una brisa fresca despertándome un escalofrío que, apocado, me atraviesa el cuerpo. Me acerco a la ventana para cerrarla, pero me paro cautivada por el paisaje que me llevó hasta aquí. Respiro profundamente, dejándome serenar por el fresco, disfrutando de la quietud del campo ampurdanés, flanqueado al horizonte, de bosques que empiezan a lucir salpicados de ocre y dorados, tostados y anaranjados. «Nunca más he sentido tener casa sin ti, Pau, pero quedarme en Albons es lo que más le parece».

«Venga, Marina», me digo, «espabila con el equipaje».

Escucho llegar a Manuela.

—¡Buenos días, Marina! ¡Y bienvenida! ¿Cómo ha ido el viaje?

Manuela entra en la habitación con ropa limpia para colocar en el armario.

—Manuela, ¡qué bueno escucharte! —ella siempre al rescate de mis pensamientos—. Pues aquí me tienes, deshaciendo el equipaje. Ayer llegué agotada de las horas de vuelo y de conducir hasta casa y solo pensaba en meterme en la cama.

Meterme en la cama y olvidar esas carnes duras, pardas e imberbes... Y olvidar los dos últimos días. No sé si quiero echar a mi amiga fuera de mi vida para siempre... O se me come la envidia.

—Ahora te ayudo con el equipaje y empiezo con las lavadoras —se ofrece, Manuela.

—Tranquila, no te preocupes que yo voy haciendo sin prisas. ¿Y qué tal todo por aquí?

—¡Pues todo muy bien y muy tranquilo! Menos en el puente de la Diada que vinieron los chicos con la Paula y me gustó mucho verlos. ¡Madre mía qué grande está la niña! ¡Y qué guapa!

Me descubro media sonrisa en el semblante, perdida entre el orgullo y la resignación; la vergüenza y las ganas de venganza; la pena y la pena.

Albons, entre finales de octubre y principios de noviembre de 2018

Mira al exterior a través de la ventana. El sonido húmedo y redondo de descorchar la botella le recuerda que está viva. Viste su camisa vieja, la que Pau se ponía al llegar a Albons y que le parece que todavía guarda su perfume. Hoy no ha salido de casa y no se ha sacado el pijama; los cabellos, que ya dejó blancos, los lleva atados en un torpe moño. Hace ya unos días que se arrastra así por la casa y la salvación transitoria le llega con Manuela, no quiere que ella la vea así, ahora ya no, otra vez no..., y se afana de valor y consigue alejar remordimientos y nostalgia.

Fuera llueve y está oscuro. Dentro se encuentra sola, no quiere a nadie. El televisor, encendido y silenciado. Se deja acompañar por el canal de noticias, donde tragedias anónimas se van repitiendo a lo largo del día reconfortándola de su desdicha. Ella se sienta enfrente a vaciar una copa de algún vino de Pau, otra y otra... y deja que la voz penetrante y aguda de Van Morrison la flanquee cortejándola hasta la profundidad de su tormento.

El timbre del teléfono la arranca de su abismo. No quiere contestar.

Impertinente el sonido insiste, ella se acerca. Y se frota los ojos intentando sacudir el asolamiento.

—Hola, cariño —escuchar a Jordi la empuja a una oscuridad más insondable y malhechora, con cara de culpa y una voz dulcemente engañosa le recuerda no ser merecedora ni del amor de sus hijos.

—Mamá, ¿cómo estás?, hace días que no hablamos.

—Muy bien —miente—. Está lloviendo ahora mismo y me he sentado frente al fuego a cenar un poco y me voy a poner una peli —vuelve a mentir—. Y tú, ¿por dónde andas? —se obliga a perfilar una sonrisa, que ayude a mantener a su hijo en una falsa ilusión.

—Yo en Madrid, voy a quedarme hasta el miércoles y luego me voy a Barcelona, si no termino muy agotado igual me escapo a Albons a verte, que hace días que no charlamos.

—Me encantaría.

—Te dejo que estoy muy liado, solo quería asegurarme de que estás bien. ¡Te quiero, guapa!

—Yo más —cuelga el teléfono a su hijo y vuelve a vestirse el rostro con un rictus de amargura.

Espera la visita de Jordi entre ilusión y pesadumbre. Sus hijos no la pueden ver así, pero no tiene ganas de estar de ninguna otra forma. Puede engañar a Manuela, o eso cree ella, con Marcel quizás lo conseguiría, pero Jordi le lee el pensamiento y le rastrea la amargura desde muy lejos.

«¿No tenías bastante con hacerme venir aquí y dejarme sola?, ¿y quién me mandaba a mi fisgonear en tu correo electrónico?», se dice mirando hacia arriba, buscando a Pau quién sabe dónde y sintiéndose a la vez absurda con el gesto.

Ya no le quedan lágrimas que derramar.

Piensa que él no ha sido del todo suyo. Ella solo lo ha cuidado, idolatrado y acompañado en todo su frenesí. No supo guardar bien su amor, no fue digna de él.

La culpa la arrastra a la autodestrucción más atroz.

La oscuridad insensible se adueña del espacio, ahora más vacío que nunca. Ha encendido el fuego y su sombra baila al ritmo de las llamas. Quiere y padece la soledad.

Se ha amodorrado en el sofá y se despierta muy tensa y enfriada.

No ha cenado.

Los restos de festín esparcidos, encima de la mesa, la botella vacía, y sobre la alfombra, la copa derramada.

«Vaya mierda, Marina», se dice a sí misma con un intento de aullido pesaroso.

Se asquea de ella misma. Decide tomar el atajo al sueño verdadero, traga un somnífero con un vaso de agua y se arrastra hasta la cama. Se mete dentro con el mismo pijama, el que lleva desde ya hace tres días, se descubre oliendo mal y vuelve a llorar, «mañana me ducharé» y se duerme.

Barcelona, enero de 2010

«¿Quieres que hoy sea el primer día del resto de nuestras vidas?».

Así empezaba la nota de ese día.

Papel doblado, medio apoyado en mi té. El que cada mañana me encontraba preparado junto a un bol de fruta cortada a pedazos pequeños y una jarrita con leche de coco para que yo me lo preparara al gusto. Me llené una taza humeante, hacía muy poco que Pau se había marchado.

Una sonrisa se me esboza curiosa en el rostro.

Era la carta iniciática de nuestro ritual.

Solo recibirla ya entraba en estado de excitación, quería decir que en poco tiempo nos dejaríamos llevar por nuestros ardores más primitivos y profundos. Paréntesis a la cotidianeidad, sumergirnos en una de nuestras citas previas, casi clandestinas, refugio de las pasiones que el día a día nos obliga a aplazar. Esta costumbre nos la habíamos permitido cuando los niños eran pequeños, evadirnos nuestros escogidos momentos y custodiar nuestra historia de amor unas horas. Y nos seguía pareciendo tan excitante avanzar los preliminares a tales extremos, que seguíamos practicando el juego. Pau me pasaba el turno y empecé a pensar en cómo lo sorprendería esta vez, una cena deliciosa o quizás una escapada de veinticuatro horas. Él había salido a correr y no tardaría mucho en regresar.

Vivíamos en un ático en Barcelona frente al mar y empezar el día viendo el sol insinuarse allí era uno de los pequeños placeres que la vida me ofrecía.

Todavía en pijama y la cara solo enjuagada, me senté en mi butaca *vintage* de los Eames, mi rincón predilecto de la casa, entre la cocina y la sala de estar, frente a unos grandes ventanales abiertos a la inmensidad del Mediterráneo. Lo había escogido para leer largos ratos siempre que podía, y ahora aunque breve sería uno de ellos.

«... Ya sé que me dirás que sí.

Ya tenemos una edad y hemos batallado mucho, ya no nos ilusiona el trabajo y nos merecemos ser enteramente felices. Vendámoslo todo y marchémonos de Barcelona, vayamos a tu amado Empordà y plantemos un huerto y un gallinero.

Te paso el testigo.

Ya me dices cuando volvemos a hablar del tema.

Te amaré siempre.

P».

No pude dar ni un trago al té. Dejé con cuidado la taza sobre el suelo de madera y después me senté yo también.

Recuerdo buscar más palabras en el reverso de la página, más pistas de sus pensamientos, pero no los había.

Seguí mirando perdida el horizonte, esperanzada e ilusionada. Una vez más este hombre bueno que llevaba acompañándome toda mi vida adolescente y adulta, amigo y amante, consorte de viajes y aventuras, me retaba a una nueva aventura.

Barcelona, 25 de marzo de 2015

El 25 de marzo de 2015, a Marina el azar y el universo le mutilaron la vida.

Su larga cabellera se volvió de golpe gris y así la dejó, como lo dejó todo. Perdió el marido en un descolgar de teléfono y quiso morir. Le cayó la taza que tenía en las manos derramando encima del mármol la infusión, quemándole las manos y rompiéndose en mil pedazos, como ella.

Sonaba *Love Letter* de Nick Cave y del televisor, que siempre encendía silenciado para que le hiciera compañía, salían ya imágenes del accidente.

Inmóvil.

Petrificada.

Devastada.

Aquel día llevaba su pañuelo puesto, el que le había regalado volviendo de París muchos años atrás y el pensamiento se le fue hacia aquel recuerdo feliz. Pau había viajado en tren y, hasta el último momento, insistió que le acompañara, pero ella no se sentía cómoda dejando a los niños a cargo de nadie.

Cuando él regresó, Marina acababa de llegar a casa de llevar a Marcel y a Jordi al colegio. Pau entró en su habitación mientras ella guardaba ropa limpia en el armario y se le acercó abrazándola por la espalda.

—Buenos días... Te he echado de menos —dijo él.

—Yo más —respondió Marina girando la cara hacia él para poderlo oler y sentir en la mejilla el roce áspero de su piel.

Le gustaba más que ninguna otra cosa esos reencuentros. El aliento de las palabras dejaba el deseo en el aire, en suspensión.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó Pau, besándola en el cuello.

—¡Sí, muy bien!

Cuando le vio abrir la maleta, Marina se extrañó pensando que fuera a deshacer el equipaje. Le colocó el pañuelo y ella lo recibió como una suave y fría carantoña, acariciándola, que siempre ha recordado como una explosión de colores empolvados y perfiles negros que olían a armario viejo.

La besó con deseo, sabía a café.

La empujó con dulzura sobre la cama para empezar sin prisas el juego del amor, se desnudaban despacio, mientras él le reseguía a besos la piel, como quien dibuja los caminos que le llevarán siempre de regreso a casa... Y ella se dejaba hacer.

—No te saques el pañuelo —le pidió con pellizcos de palabras que soltaba entre beso y beso. E hicieron el amor, sobre la sutil caricia de seda estampada, que los ardores habían entibiado.

Siempre que ha sentido perderlo eternamente, cuando le ha parecido que ya no recordaba sus facciones, ha buscado el rastro de los besos de esa mañana, entre los pliegues de ese antiguo pañuelo.

Como aquel día. Volteó la cabeza buscando su fragancia, intentando volver a sentir las caricias que ya no encontró.

No...

Noo...

Noooo...

No se lo creyó...

Le llamó al móvil una, dos, tres, cuatro y más veces.

Apagado o fuera de cobertura.

Sonó su teléfono, era Marcel... No respondió.

Corrió hacia el inodoro y vomitó todo lo que tenía dentro, no podía pensar, pero de lo más profundo de su ser le nacía el deseo de vaciarse entera, colarse por sus tripas e ir a encontrarse con él donde fuera que estuviese. Se quedó sentada en el suelo, abrazada al retrate. Fueron pasando las horas y la frigidez de las baldosas se le esparció por todo el cuerpo. El histérico timbrar del teléfono le recordaba que fuera había un mundo que continuaba funcionando sin él y que también lo haría sin ella.

Llegó la noche y con ella Marcel y Jordi que fueron a su encuentro. Sus hijos corrieron a su amparo lanzándose en los brazos aturdidos de la madre y, por primera vez, el abrazo de los hijos no obtuvo respuesta. Huérfanos recientes de padre, también se lo sentían de madre, no imaginaban como podían mantener a aquella mujer fuerte, ahora destruida, en un mundo sin él. Ella no ha sabido nunca de dónde le brotó el instinto de proteger a sus hijos y pudo levantar los brazos. Compuestos de carne, huesos, músculos y piel ausentes de cualquier ánimo. Pasaron la noche abrazados los tres, sobre el imperceptible frío del suelo del baño, anestesiados por la condena...

Hasta que salió el sol y un nuevo día los vino a encontrar.

Se fueron los tres hacia Albons, a cobijo de todo y todos.

No abrió la boca en todo el camino.

Al llegar, subió a su habitación, se desnudó para vestirse la camisa de cuadros vieja de Pau y se metió en la cama para no salir durante la siguiente semana. Marcel y Jordi subían por turnos. Se le acercaban y encendían la lámpara de la mesilla de noche, que ella esquivaba girando la cabeza, cubriéndose con la almohada. Le acariciaban los cabellos, le llevaban caldos calientes al mediodía y para cenar, e infusiones... que ella nunca tomó. Solo quería olerlo, encontrar en las sábanas su rastro y poder guardar su esencia. Para siempre jamás.

No quiso ir al funeral que las instituciones organizaron. Solo giró la cabeza negándose cuando Marcel le preguntó.

A la semana salió de la cama, sus hijos todavía estaban en la casa guardándola. Era mediodía y los encontró a los dos en la mesa de la cocina, sentados frente a sus ordenadores y tomando un café. Marina arrastraba los pies y con ellos el pantalón de pijama de Pau que se había puesto. Le habían caído muchos años encima. Al unísono sus hijos se levantaron y la abrazaron.

El primer mes, Marcel y Jordi se fueron turnando para quedarse con ella y con Manuela se aseguraban de que comiera algo, de que se duchara y se pusiera ropa limpia. Un día, ella les pidió a sus hijos que se fueran, que ya estaba Manuela con ella y que ellos debían retomar la normalidad, ahora mutilada de sus vidas.

Ella no quiso regresar a Barcelona.

Albons y Barcelona, 10 de noviembre de 2018

Ha salido a dar un paseo y cuando ya está cerca de la casa escucha el timbre del teléfono fijo. «Qué extraño», piensa, «¿quién debe ser que no me llama al móvil?» y acelera el paso, intrigada, para llegar a tiempo antes de que cuelguen.

—¿Hola? —saluda Marina al descolgar.

—[...]

—Sí, yo misma, ¿con quién hablo, por favor? —pregunta, intentando averiguar quién dialoga al otro lado del aparato, mientras se sienta en la butaca que hay junto a la mesita del teléfono.

—[...]

—¡Ahh!... Hola, Paquita, ¿ha pasado algo?

—[...]

—¿Y cómo está?, ¿se ha hecho mucho daño? —pregunta mirando el jarrón con flores que aún no se había percatado de que estaba. «Manuela está en todo», piensa.

—[...]

—¡Ostras! Bien. Pues... Ahora mismo llamo a mi hijo a ver si puede acercarse mientras yo llego a Barcelona. ¿Te puedes quedar con ella hasta que lleguemos uno de nosotros?

—[...]

—Gracias, Paquita, si hablas con cualquier otro médico, ¿me llamas, por favor?

Cuelga.

—¡Mierda, Carme!, ¿y ahora qué te ha pasado? —grita Marina revoloteando la idea que no podrá con más obstáculos.

Lo primero que le pasa por la cabeza es llamar a Jordi, a ver si está en Barcelona y le puede echar una mano.

—Jordi, hijo, ¿dónde estás?

—Hola, mamá, en casa, en Barcelona. ¿Qué pasa? —por el tono de voz de su madre ya ha adivinado que algo no va bien. La llamada lo ha encontrado medio adormilado en el sofá, mirando una película escogida para echar una siesta y no puede reprimir un bostezo.

—Carme. Según parece, se le ha descompensado el azúcar, me ha llamado Paquita. Se la han llevado en una ambulancia al Hospital de Barcelona, yo...

—¿Y está bien?, ¿es muy grave?

—Pues... Parece ser que ahora está mejor, pero le dolía mucho una pierna, a la altura de la cadera, no me ha quedado del todo claro. ¿Puedes ir tú hacia allí? Mientras yo me preparo una bolsa y voy —Marina no puede esconder el infortunio que le supone todo y pone los ojos en blanco.

—Sí. Claro, mamá, por supuesto, ya me organizo, no sufras que voy para allá y me espero hasta que tú llegues. ¡Y no corras!

—Gracias, hijo —dice soltando un suspiro.

Marina llega al hospital y su cara lo dice todo. Ve de lejos a Jordi que da vueltas cabizbajo frente la entrada del hospital. Se ha pasado el camino revolviendo pensamientos entre ella y Carme y Carme y ella. Está de mal humor. Llama a su hijo desde cierta distancia y él la acoge con una amable sonrisa. «Cómo se parece a su padre», se dice a sí misma. Viste unos vaqueros y una sudadera y en el cuello lleva atada una bufanda, como siempre las llevaba Pau.

—Jordi, ¿cómo estás, hijo?, ¿hace mucho rato que estás aquí afuera?, ¿has averiguado algo más? —Marina deja en el suelo la bolsa que se ha preparado con ropa para un par de días y levanta los brazos invitando a su hijo a un abrazo.

—¡Mamá! No seas dura con ella —le cuchichea al oído mientras se abrazan—, ha sido un accidente. Sí que he hablado con un médico. Se ha roto la cadera, se la tendrán que operar cuanto antes mejor, enseguida que la tengan estabilizada. Entre una cosa y la otra, dicen que se estará unas dos semanas en el hospital y después tendrá que hacer recuperación hasta que pueda valerse de nuevo por sí misma.

—¡Dos semanas! —Marina abre la boca, sorprendida y se tapa la cara con ambas manos.

—¿Y tú?, ¿cómo estás?, ¿por lo que veo no mejor que la última vez que estuvimos juntos? —le dice Jordi en un tono entre amoroso y paternalista.

—Perdona, hijo. No duermo muy bien últimamente, deben ser las hormonas. Pero, sí, sí, yo... sí, bien, ¡estoy bien!

—No hace falta que lo jures que no duermes bien. ¡Venga!, ¡ánimos, guapa! —le dice cogiéndole ambas manos.

—Venga. Vuelve a abrazarme, que te he echado de menos.

—Aiii. Siempre que te huelo vuelvo a casa, mamá —le dice inhalando profundo en el cuello de su madre.

—Escúchame una cosa y no me digas que no de entrada. Tengo días pendientes de vacaciones, muchos días, me pido unos cuantos y hacemos turnos aquí, ¿te parece?

—Ya hablaremos pero no. Por cierto, ¿has hablado con tu hermano?

—Pues no he querido llamarle, he pensado que si Paula está con él tampoco podrá venir... Y creo que con Carlota hay bastante mal rollo —contesta mientras hunde las dos manos en los bolsillos del pantalón y esconde la cara dentro de la bufanda al abrigo del frío.

—Mañana le llamaré, que hoy se ha hecho muy tarde ya. Venga, vete para casa a descansar que ya me quedo yo.

—Bueno... Vamos a cenar algo por aquí cerca, ¿no?

—Venga, sí, que si no ya me acostaré sin comer nada... Y así me cuentas cómo te va todo —le dice a su hijo cogiéndole del brazo.

Barcelona, 10 de noviembre de 2018

Gira el pomo y arrastra la puerta hacia adentro, lentamente, no quiere que Carme se despierte. Hace solo un momento que Jordi la ha dejado en la puerta del hospital para irse a su casa, han compartido una cena sencilla y él le ha contado sus planes más a la vista. Y la felicidad pegadiza de su hijo la ha regresado al mundo de los vivos, «soy una egoísta egocéntrica», piensa, «solo me miro el ombligo». Jordi y su ilusión por lo más mínimo y la facilidad que tiene por darle la vuelta a todo le han rehuido la angustia.

Rodando el pomo se siente acorralada por la pereza del momento, la de los próximos días...

En realidad le da pereza la vida.

La habitación está en penumbra y oye a Carme y su respirar de viejo, huele a desinfectante y medicamentos y le han preparado la cama supletoria. Entra en el baño para lavarse los dientes y no le gusta la mujer que ve al otro lado del espejo. Se ha reducido a una tez arrugada a cubierto de un puñado de canas. Intenta culpar de su aspecto a la tenebrosa luz de los fluorescentes del baño... «y mucho peor los de hospital», piensa. Y respira profundamente intentando silenciar la idea. «Marina, ¡estás hecha una mierda!», se dice a sí misma.

«La niña corretea hacia su madre, están en la playa y ella y su padre han hecho un castillo. La arena le quema en los pies y da saltitos para esquivarla y su madre se levanta para cogerla en brazos. La voltea y ella se ríe y van a sentarse al lado del padre a admirar el castillo. El padre besa a su madre. Uno de esos que a ella le gusta que se den, pero que le parece asqueroso. Le encanta el pañuelo que lleva en la cabeza para no echarse a perder el peinado, aunque no entiende que su madre no se zambulla nunca en el mar. Meter la cabeza debajo del agua y estar a escuchas del mundo a cámara lenta, a ella, le gusta casi tanto como hacer castillos de arena con su padre».

Marina soñaba.

Abre los ojos.

Algo la ha despertado, la boca le guarda el gusto salado pero delicioso del día de playa... Mientras se ubica, todavía le parece notar en la piel una

ligera brisa desenganchándole el calor. Se encuentra vestida, durmiendo en una cama estrecha y desconocida. No sabe dónde está. La ha desvelado una mujer entrando en la habitación, la sigue con la mirada hasta que consigue toparse con Carme y entonces lo recuerda todo. Solo es la enfermera del turno de noche que ha entrado a tomarle las constantes.

Y se le cierran los ojos de nuevo.

Pasará la noche mal durmiendo entre entradas y salidas de personal sanitario e imágenes turbias y extrañas que le revienen a la mente.

Vuelve a abrir los ojos. Esta vez la acompaña la luz incipiente que se escurre por la cortina... «Ya ha pasado la primera noche», piensa. No quiere que Carme la encuentre allí cuando se despierte y se enjuaga la cara. Esta vez lo hace sin acercar la mirada al espejo. Después, baja a buscar algún sitio abierto donde poder tomarse un café. En la calle todavía está todo cerrado y acaba sentándose en la cafetería del hospital donde están empezando a llenar los escaparates de bocadillos y dulces. «Debería comer algo». Y se da cuenta que con las prisas no se ha lavado los dientes. El insomnio es su peor enemigo, le demacra la piel y la arrastra al infierno de los vivos.

Ahora ya lo sabe.

Olisquea el café descubriéndole el amargor, demasiado para su gusto, pero agradece tomarlo sentada tranquilamente y servido en una taza de cerámica, no soporta los vasitos de plástico de las máquinas expendedoras. El cansancio le pesa muy adentro, se nota los hombros muy tensos y le parece verse bolsas oscuras debajo de los ojos. «Hoy será un día largo», se dice a sí misma, «si tuviera un pitillo sería el día escogido para volver a fumar. Pero no lo será». Le suena el teléfono, le han entrado algunos mensajes de Marcel preguntando por ella y por Carme. Ya le llamará más tarde. Cuando regresa a la habitación, Carme todavía está dormida. Se sienta a mirarla y se da cuenta que se ha hecho muy mayor en muy poco tiempo; quizás hacía ya un par de meses que no se veían.

Una chica joven con una sonrisa que a ella le parece forzada, entra en la habitación.

—¡Buenos días, Carme!, ¿cómo te encuentras hoy? Venga, empieza a espabilar que te traigo la bandeja con el desayuno.

—¡Hola, hija, qué bien que estés aquí! —saluda Carme a Marina.

Marina se estará las dos semanas siguientes haciendo compañía a Carme y Jordi y Marcel la sustituirán alguna noche para que pueda descansar.

Los días los pasa dando vueltas por Barcelona, a solas, yendo a sus museos preferidos, sentada en alguna librería curioseando novedades. También pasará largos ratos con sus hijos y alguna tarde irá a recoger a Paula al colegio y merendaran juntas.

En más de una ocasión se siente tentada de llamar a Joana, no sabe nada de ella desde que regresaron de Guatemala, pero no lo va a hacer. Todavía le guarda demasiado rencor por lo que sucedió.

Marina no puede darse cuenta, todavía, que Carme, en realidad, le ha hecho un regalo.

Barcelona, 11 y 12 de noviembre de 2018

—¿Qué tal?

—Muy bien, guapo, ¿y tú? —escuchar la voz de Jordi al otro lado del teléfono le arranca una sonrisa. Ha buscado a Carme con la mirada y la ha visto adormilada y ha salido de la habitación silenciosamente para hablar con su hijo sin estorbarla.

—¡Pues muy bien también!, a ver, ¿cómo lo tienes para escaparte a la hora de comer? He quedado con Marcel a las dos para almorzar juntos en el Bar Cañete, ¿te apuntas?, que sé que te encanta y hace un montón de tiempo que no vamos todos.

—Pues... —Marina recuerda la última vez que fueron a cenar, Pau estaba con ellos—. Pues, no sé, Jordi.

—Cómo te gusta hacerte de rogar. Les he pedido que me guardasen un rinconcito tranquilo en la barra y me han dicho que les acaban de llegar unas ostras espectaculares —le explica su hijo para convencerla.

—De acuerdo. Tengo ganas de veros —va paseando de una punta a otra del pasillo del hospital y la idea de cambiar de escenario unas horas y compartir una buena comida con sus hijos rápidamente la ha hecho decidirse a aceptar la invitación de Jordi.

—Hasta luego, pues. Te quiero, guapa.

Ella se ha quedado en el recuerdo de ese último día los cuatro. Iban al Liceu a ver y escuchar a los Wilco y habían quedado antes allá para una cena rápida y exquisita. Pau, como siempre, llegaba tarde pero insistió en pasar por su casa a recogerla. Barcelona estaba imposible, el taxi acabó en un atasco y ellos bajando del coche. La hizo subir corriendo por la Rambla de les Flors y ella llevaba puestos los Loubotin porque «Pau es de los que siguen pensando que al Liceu se tiene que ir bien arreglado». Además, un callo la martirizaba, cuando lo piensa todavía siente el pellizco en el dedo meñique del pie izquierdo. Pero eso sí, «no hagamos esperar a los niños...».

—Marina, preciosa, ¿no puedes ir algo más deprisa? ¡Vamos a llegar tarde!

—Pau, que llevo tacones y...

—Sí, sí, tu callo en el pie —le dice él confirmando con la mirada que no le valen sus excusas.

El local rebosaba de gente y griterío y Jordi y Marcel les estaban esperando al final de la barra. A medida que se acercaban, esquivando la multitud ociosa y sonriente, podía ver a Jordi cabizbajo y pensativo escuchando a su hermano, muy enfrascado en algo que le quitaba el sueño y lo tenía muy incordiado. Enseguida le vino a la mente Carlota.

—¡Ei, ya estáis aquí! —no recuerda a cuál de los dos vio primero.

—Ya sabéis, con vuestro padre siempre vamos tarde.

—No os preocupéis, que vamos muy bien de tiempo —aclaró enseguida Jordi apaciguando nuestros ánimos.

Pau estaba guapísimo, encontrarse con sus hijos le hacía vibrar de orgullo hacia ellos y le sentaba muy bien. Hacía un tiempo que se estaba dejando una barba raída que se le iba volviendo grisácea y le regalaba un aire entre misterioso, interesante y muy sensual. Qué bien que estábamos entonces.

Cuando Carme ha terminado de comer se ha vuelto a quedar dormida y Marina se ha marchado a su cita con sus hijos dando un paseo. Luce un soleado día de otoño. Barcelona está preciosa y le ha apetecido mucho caminarla.

«Ya los veo, como ese día al final de la barra. Hoy están los dos muy divertidos».

—¡Mamá! —le grita Jordi, tapándose la boca con la servilleta.

—¡Hola, venga, dadme un abrazo los dos!, aixxx, ¡cómo me gusta estar con vosotros! —la caminata le ha abierto el apetito—. ¿Qué?, ¿pedimos?

—Jordi ya ha escogido para compartir y les ha pedido que no lo marchasen hasta que estuviéramos los tres. ¿Cómo vas?, ¿cómo lo llevas con la abuela? —aclaró Marcel picando una aceituna de Kalamata de la tapa que han pedido mientras la esperaban.

—¿Y tú? —Marina también ha sucumbido a las aceitunas y tapándose la boca con una mano mientras con la otra cuelga el bolso debajo de la barra, contesta a su hijo con una pregunta.

—¿Con Carlota, bien? Paula me contó...

—Yo he preguntado primero, mamá —comenta Marcel—. Por cierto, que deberíamos ir pensando en el futuro inmediato, la abuela no podrá

quedarse sola durante la recuperación, ¿no?

—Bueno, pues... —Marina pone los ojos en blanco—, esta semana tengo que hablar con su doctora y esclareceré lo que tenemos que hacer. Se me hace muy cuesta arriba todo, la verdad. Seguro que al principio no podrá quedarse sola y tiene que seguir una dieta muy estricta, y ya la conocéis, como le gusta zampar. Pero no quiero avanzar acontecimientos —les dice con tono tranquilizador dando un sorbo a la copa de vino que Jordi le acaba de servir—. A ver qué me propone la doctora y entonces ya pensaré. ¿Y tú? —insiste ella a su hijo Marcel.

—Bueno —respira profundamente y toma un trago de vino— intentamos llevar la separación lo mejor que sabemos —a Marcel se le entristece la mirada explicando la situación— pero no es fácil. Es una persona muy complicada Carlota, cuando quiere, y yo... Pues, en fin... ¡No entiendo que le vi cuando me enamoré de ella!

—¡Pues te encoñaste bien, chaval! —le dice Jordi dándole un golpecito amistoso en el hombro.

—¡Jordi! —Marcel mira a su hermano con ojos de «ahora no quiero hablar de Carlota»—. ¿Y qué me cuentas que te dijo Paula, mamá?

Marina deja en el plato la concha de una ostra que se acaba de comer.

—Me comentó que os oye pelearos por teléfono. La vi un poco azorada, pobrecita.

—Sí, no está siendo nada fácil para Paula, pobrecita —dice bajando la mirada a los pies, intentando esconder la culpa de la que se siente responsable por las penas que está pasando su hija—. ¡Sí que están buenas estas ostras, Jordi!

—Ya os lo he dicho —Jordi no ha parado de comer mientras su madre y su hermano charlaban—. ¡Y la ensalada de tomates también! ¿Verdad, mamá?

—¡Está todo buenísimo, hijo!

«Qué extraño —piensa Marina—. No me acostumbraré nunca a esta nueva familia sin ti. ¿Te das cuenta que todavía hablo en plural? Ahora estarías aquí, peleándote con Jordi por escoger el vino y dando consejos a Marcel sobre qué hacer y qué no con Carlota. Y yo no sé hacer ni una cosa ni la otra».

—¡Mamá! ¿Dónde estás? —le dice Jordi sacudiéndole delicadamente el codo para sacarla de su encantamiento.

—¿Cómo? Me había alejado un poco de aquí —el recuerdo le ha dejado dibujada una sonrisa con sabor a melancolía—. Perdóname, ¿qué decías?

—Estos días hemos estado hablando con Jordi. Mamá, tienes peor aspecto que nunca y... —le dice Marcel.

—¡Mira que llegas a ser animal! ¿No podrías decir las cosas con un poco más de tacto? —dice Jordi mientras abraza a su madre por los hombros.

—Bueno. Sí. Perdóname, mamá, pero el hecho es el mismo —intenta arreglar Marcel, sin mucho éxito.

—¡Marcel! —le grita su hermano—. Lo que te queremos decir, es... Bueno, que ya hace más de tres años que murió papá. Y que sabemos que le añoras muchísimo —Jordi le agarra ambas manos—. Pero este verano estabas mejor que ahora, si incluso te has ido de vacaciones con Joana, que por cierto, no nos has contado nada de cómo os ha ido por Guatemala, bueno, ¡ahora no es el momento!, a lo que iba, que tienes que hacer un esfuerzo, mamá, cuidarte un poco, como siempre habías hecho. Ir a la peluquería y arreglarte estos pelos, vestirte mejor, siempre has sido una mujer que te has esmerado en cuidar tu apariencia.

—Chicos —Marina se suelta de las manos de su hijo y los mira a los dos condescendentemente—. Se me ha echado el tiempo encima y no me apetece nada el rumbo que está tomando esta conversación —les dice mientras busca su bolso.

—¡Cómo eres, mamá! —se queja Jordi.

—Sí, ¡qué cómo soy! Pero vosotros solo veis lo que queréis ver. En fin, adiós. Dadme un abrazo los dos.

—Venga, mamá, quédate un ratito más y nos cuentas como fue con Joana por Guatemala —le pide Jordi casi suplicando.

—Ufff... —Marina ya ha recuperado el bolso del gancho de debajo de la barra y ha sacado las gafas de sol y se está colocando ambas cosas para marcharse—. Necesito un rato largo para esto. De verdad que no puedo, chicos. Pero ¡bastante bien!

Barcelona, 15 de noviembre de 2018

«No podrá quedarse sola los primeros dos meses, como mínimo. Necesitará recuperación con un fisioterapeuta, a poder ser, un rato cada día. Se tiene que vigilar mucho la dieta, con la medicación le hemos estabilizado el azúcar, pero ella tiene que poner de su parte».

Marina ha bajado a la cafetería del hospital a tomarse un café después de hablar con la doctora y el diagnóstico le ocupa los pensamientos. «Mmmm... Qué bueno este café. Pero ¿qué voy a hacer con Carme? Por muchas vueltas que le doy, siempre termino en el mismo punto. Albons. ¡Y qué pereza! Ni de coña me voy yo a su casa. Aunque, podría ir ella si le contrato una enfermera que la atienda las veinticuatro horas No. No. No. Me veo yendo a Barcelona todas las semanas. Y un tercer piso sin ascensor, cuando pueda salir a la calle será un calvario subir y bajar tantas escaleras. No, no es un buen plan. Está claro que en Albons es donde estará mejor, es más espacioso y a pie de calle y cuando recupere un poco de autonomía podrá pasear por el jardín. Mucho mejor. También podríamos instalarnos las dos en el piso de Barcelona, yo estaría también en mi casa y hay ascensor. Pero es el piso franco de Jordi cuando está por aquí, y, a pesar de que no se quejaría en absoluto... Qué putada, ¿no? No, no. Barcelona tampoco es una buena elección. Siempre acabo en Albons. Puedo contratar un fisioterapeuta en l'Escala, me parece que hay un centro muy bueno y Manuela será de gran ayuda con todo, seguro que le da conversación y a mí me dejará más tranquila. Aunque, la idea de una residencia las sobrevuela todas. Para mí sería la mejor opción, al menos, la más cómoda. Pero no, esto no lo voy a hacer. ¡Ayyy! Pero meter a Carme en casa... Ay, Pau, si pudieras verme ahora... qué bien me irías, me darías ánimos y te ocuparías de todo. Voy a pedirme otro café antes de regresar a la habitación con ella...».

Después de estos días en el hospital, el personal ya la reconoce, se saludan y se desean buenos días y a Marina le despierta una sensación que acoge con agrado y que la hace sentir más cómoda cada día. Entra en la habitación y le parece encontrar a Carme un poco inquieta.

—¿Cómo te encuentras, hoy?

—Bien. Bueno, me duele un poco, pero con los calmantes lo voy soportando. ¿Has podido hablar ya con la doctora?

—Sí... —contesta Marina, todavía con la duda sobrevolando la decisión tomada.

—¿Sí?, ¿sí y ya está?, ¿qué me pasa alguna cosa más? —la voz de Carme suena llena de miedo y angustia.

—No, no. Tranquila. Lo que pasa es que vas a tardar bastante en recuperarte a tu edad, a volver a ser autónoma. En fin, que los próximos meses no podrás estar sola, vas a necesitar ayuda y deberías hacer rehabilitación, a ser posible, a diario. Y, pues, la única opción, después de barajarlas todas, es que te vengas conmigo a Albons y te instales allí los siguientes meses hasta que estés recuperada. Que, por lo que ha dicho la doctora, yo me haría haciendo a la idea de que van a ser tres o cuatro.

—Marina, hija. Yo no quiero ser un estorbo para ti —le dice llorosa.

—No, tú no te preocupes por esto —la mira tumbada en la cama y la encuentra tan débil y envejecida. Estos días en el hospital y tras la operación, parece que hayan pasado años. Y piensa que por muy mal que se haya portado con ella, es su hija, la única que tiene y es ella quien debe ocuparse de su madre.

—¿Todavía tienes ayudándote a aquella mujer en Albons? —pregunta Carme que poco a poco va haciéndose a la idea de su traslado temporal.

—Sí, Manuela. No sé que habría hecho sin ella. Ya verás como os entendéis muy bien. Es una maravillosa persona, muy trabajadora y cocina muy bien.

—Qué bien. Tendrás que ir a mi casa a por mis cosas. ¿Podrás?

—Sí, claro. Pero todavía te quedan unos días aquí. No te preocupes ahora por esto —contesta Marina mientras va ordenando las cosas de la habitación.

—¿Ya lo encontrarás todo? —pregunta insistente Carme.

—Si me lo cuentas bien, seguro que sí.

«Ya se está poniendo en modo mandona», piensa Marina, «sí que es buena señal, pero más me vale cargarme de paciencia».

Barcelona, 17 de noviembre de 2018

Abriendo la puerta ya la asalta un olor que no consigue ubicar en ninguna parte, que la mantiene inquieta mientras busca el interruptor de la luz. Se siente una extraña entrando en una casa desconocida. A tientas finalmente tropieza con el pulsador, y ya con la luz encendida solo hay penumbra, y corre hacia las ventanas, a abrirlas de par en par para expulsar el hedor. Quisiera volver a la casa de sus abuelos. De repente, la memoria le regala un recuerdo de ella con Marcel y Jordi, en ese piso y con ellos todavía vivos. De espaldas a la ventana abierta, sintiendo en el dorso el frescor otoñal se percata de que no es el rastro lo único que ha cambiado. Los muebles también son distintos, son modernos y más bonitos, reconoce. Y no sabe por qué necesitaba llegar a ese lugar íntimo y sencillo que fue su casa durante la niñez, la adolescencia, la que abandonó para empezar una nueva vida con Pau. Siente que la vida la excluye, que la expulsa de su zona de confort, para empujarla al caos desconocido del futuro, este que no sabe ni como imaginar.

Se da la vuelta para respirar el aire frío. Quiere poder empujar hacia abajo la piedra que le ocupa la boca del estómago, le percibe un regusto metálico que le humedece los ojos. En realidad, no quiere mirar el cambio, no quiere saber nada de lo que ha ocurrido allí. Pero la reforma la atrapa y tropieza con las fotos expuestas en el mueble aparador. Una respiración profunda mientras se acerca la lleva por unos instantes a su pasado, la foto del día que hizo la primera comunión, «¡qué pintas, por Dios!», ella y Pau cuando se casaron, y otra de ella con los niños y los abuelos. Recuerda el momento, la sacó Pau e insistió en no salir. «Yo puedo marcharme de la familia, pero lo que sois vosotros no lo cambiará nunca nada».

«Quién nos lo iba a decir, entonces, Pau...». «Venga», se dice a sí misma, «vamos a ponernos manos a la obra, Marina».

Carme se lo ha explicado todo bastante bien, le ha hecho una lista que ella sigue disciplinadamente para no dejarse nada. Sobre la cama, tiene una desbandada de pilas de ropa y artículos de aseo personal, todo lo que le ha pedido Carme.

«¿Y la maleta la encontraré?, en el armario trastero, seguro», se dice.

Allí sí que la abrumba el olor de antes. Se siente en la casa que ya no es la suya.

Sacando fuera del cuartito una maleta lo suficientemente grande para meter todo lo que le ha pedido Carme, ve escondida detrás la maleta de su padre. La que llevaba en sus viajes y la que les debieron devolver el día que murió. No puede frenar el impulso de abrirla, se le está haciendo tarde, pero le da igual. Se sienta en el suelo, está sucio y el espacio es estrecho, pero consigue hacerse un hueco. Acaricia el tacto del cuero que tiene muchas vivencias atrapadas, resiguiendo con la punta de los dedos los recuerdos apretujados en las grietas. Le cuesta abrir las hebillas que el óxido ha embrutecido a trozos, la humedad le enfría el culo y le arranca un escalofrío que le recorre la espalda. «Ya podría haber puesto parqué aquí también Carme, a veces tiene este punto de tacaña que me cuesta entender», piensa Marina. La sorpresa al abrirla vuelve a dejarle sin gravedad el estómago. Puede reprimir la bocanada que impertinente la asedia y le llena el paladar de amargura y café requemado. Pero no puede evitar que todas las lágrimas guardadas le atesten los ojos. Y derrama lágrimas muy antiguas. Y también muchas de recientes. Lloro por su padre y por su madre, por los abuelos, por todos esos momentos que no supo digerir y que la vida adulta le ha adjetivado. Empuja la maleta con una frágil patada, toda la fuerza le tiene presos el corazón y otras vísceras, se ha abrazado las rodillas para llorar a escondidas, como cuando era una niña y se avergonzaba de lo que no entendía y se quería hacer pequeña, que nadie la pudiese ver.

Y la asedian un cúmulo de recuerdos...

Ese día en la escuela tenía que hacer una manualidad para regalar el día de la madre, las monjas les dijeron que hicieran un platito de cerámica y que más tarde ya lo pintarían cada una como quisiese. Ahora llora más porque con la patada se le ha desportillado el cachivache. El día de la madre no se lo pudo dar, Carme no vino a casa y no regresó hasta dos días más tarde. «Cada día es el día de la madre» le acabó diciendo Carme, cuando se lo pudo regalar.

Una foto en blanco y negro la acerca a otro recuerdo, el mismo que soñó la primera noche que estuvo acompañando a Carme en el hospital. Carme la abraza en la playa, en la orilla, reconoce el pañuelo con que se cubría los cabellos y a su padre diciéndoles «!patataaaaa!, sonreíd a la cámaraaaaa...».

La vieja valija está repleta de momentos felices como el de la playa, están ella y su padre, y Carme y los abuelos. También hay dibujos hechos por ella en la escuela.

Lo que no encuentra es ninguna respuesta.

«¿Por qué Carme ha guardado todas estas cosas?».

Solloza todavía encolerizada, lágrimas que quedaron atrapadas por la incredulidad y la vergüenza y también la culpa. Le pesan pegadas a la garganta, como el sabor acre y asqueroso que te deja una bocanada de leche caducada.

Desde el día que leyó aquel maldito correo electrónico.

Albons, 23 de noviembre de 2018

Marina ha llamado a Manuela antes de partir de regreso a Albons. Cuando llegan ella les está esperando enfrente de la puerta de la casa. Verla allá afuera la hace sonreír. Viste una de sus batas floreadas que le alcanza hasta debajo de la rodilla. Hoy se ha calzado las deportivas que Marina le compró para que se moviera más cómoda por la casa y con las medias estiradas que le llegan hasta media pierna parece sacada de una película española de los años setenta. Pequeña y achaparrada, se ha abrigado con una chaqueta de lana que lleva remangada y al verlos llegar levanta los brazos, enérgica, saludándolos. Cuando el coche se detiene, corre hacia ellos feliz de su llegada.

—¡Señora Carme! ¡Bienvenida! Qué ganas tenía de conocerla.

Carme acoge con una sonrisa dulce y ambigua y con gran sorpresa el recibimiento de Manuela, mientras Marina se las mira a las dos con escepticismo. Carme se ha pasado todo el trayecto buscando pegas y dudas al hecho de trasladarse a Albons y ha conseguido importunar un poco a Marina. «Estaba demasiado tranquilita en el hospital. Está claro que esto quiere decir que se encuentra mucho mejor. Aiii, la que me espera», se dice, mientras pierde la mirada hacia el infinito alejándose de la escena y buscando algún indicio que la convenza de que todo irá bien.

Jordi baja la maleta de Carme del coche y abraza a su madre por la cintura, le da un beso en la mejilla —lo estás haciendo muy bien, guapa— le cuchichea al oído, que no les escuche nadie.

Están todos enfrente de la casa. Carme, haciendo grandes esfuerzos para mover la silla de ruedas y que no le caiga al suelo la bolsa que Marina le ha plantado en el regazo, se acerca sonriente y contrariada a Manuela.

—Usted debe ser la señora Manuela.

—A mí me hablas de tú, Manuela a secas —contesta la otra con una gran sonrisa.

—Mi hija me ha hablado mucho de ti. Encantada de conocerte finalmente. Pero, por favor, tutéame tú también, Manuela —le dice Carme, agradecida por el recibimiento.

—Bueno, bueno. Le he preparado la habitación de abajo. Me voy llevando sus cosas para allá. —dice a Carme mientras busca a Marina con

la mirada.

—¿Ya pasará esta silla? —pregunta Carme frunciendo el ceño y recuperando el tono cargante que ha llevado todo el viaje.

—Sí, Carme —Marina respira profundamente y cuenta hasta diez antes de continuar—. Cuando hicimos la reforma, Pau ya advirtió que nos hiciéramos mayores aquí y pudiera pasar una silla de ruedas por todas las puertas y pasillos. La habitación de abajo es de las más caldeadas y espaciaosas, y bastante separada del resto, para que no te estorbe nadie, ningún ruido, me refiero.

—Gracias, hija. Es verdad que Pau siempre estaba en todo. Pobrecito... Y seguro que pensó que yo pudiera venir algún día.

Marina vuelve a contar, pero esta vez prefiere ni contestarle.

Jordi intenta suavizar la escena.

—Venga, señoras, todas para adentro que os prepararé la comida. Manuela, a ver, enséñame qué tenemos en la nevera. Y, abuela, para ya de refunfuñar un poquito, que te saldrán arrugas.

—Ay, nene. Mira que llegas a ser bobalicón cuando quieres —le dice Carme poniendo los ojos en blanco.

—Pues tengo un pollo del campo echado en adobo con limón y hierbas del jardín que iba a cocinar al horno con unas patatitas y alcachofitas, ¿qué te parece, Jordi?

—¡Ya me llega el olorcito! Ya sabes que, en esta casa, si tú estás en la cocina, yo soy tu pinche —le dice guiñándole el ojito.

—Venga ya, anda, que me sacas los colores. Y para acompañar, una buena ensalada de tomates y cebolla. ¿Os parece bien? —acaba de contarles Manuela humildemente orgullosa de que le reconozcan sus dotes culinarias.

—Fantástico —le dice Jordi.

—Pues, Manuela, si tú te encargas de acomodar a Carme mientras se calienta el horno, yo empiezo a poner la mesa —dice Marina—. Y después ya acabáis con Jordi la comida, ¿os parece bien?

Carme ha estado muy pocas veces en Albons. No regresaba desde antes de la muerte de Pau y nunca se ha quedado a dormir. Pau siempre organizaba sus idas y venidas con alguno de sus hijos. Le aterra un poco pensar como irá todo cuando se queden ellas dos solas. Le gusta mucho la casa, se respira paz y quietud y tiene que darle la razón a su hija en que es

la mejor opción para pasar su convalecencia. Pero sabe que no lo hará. «¿Ah, y a ver si es capaz de encontrarme un buen fisioterapeuta?, que los del hospital tenían unas manos de oro», piensa Carme, «¿quizás sí que tiene razón Jordi cuando me ha dicho que no me queje tanto?».

La casa muestra un perfecto equilibrio entre un espacio antiguo, la esencia de un habitáculo de más de trescientos años, con todas las comodidades de la vida actual. Pau puso todas sus intenciones al hacer la reforma y lo hizo muy bien. La decoración es también una delicia, una mezcla de muebles tan antiguos como la casa, recuperados y restaurados, y combinados en ambrosiaca armonía con muebles modernos y piezas de las que Pau coleccionaba. Carme no reconoce ninguno de estos muebles, pero mantenía largas charlas con su yerno y él le explicaba de dónde eran uno y el otro, y cómo las había encontrado y las había ido a comprar.

«Era su pasión. Y su pasión le mató», piensa.

Albons, 23 de noviembre de 2018

A Jordi le encantan las siestas en Albons.

Han encendido la chimenea antes de tumbarse a ver una película y ahora arden las brasas, escucha lejano su crepitar, el que le advierte que el invierno prometido está a punto de llegar. Se estira perezoso, su madre también está adormilada. Dormir en esta casa de paredes de piedra le reconforta. En el exterior ya empieza a oscurecer. Percibe un leve hormigueo en todo el cuerpo. Está muy relajado, aquí se encuentra lejos de las carrerillas de la cocina, de las disputas entre compañeros que tanto le quitan el sueño y del estrés de las redes sociales. Qué hartito está de los me gusta. Le apasiona su trabajo, pero le gustaría abrir un pequeño restaurante en algún pueblecito alejado y dejar de viajar por toda España persiguiendo una excelencia que sabe que no llegará. «Hay tantas variables que no controlo» piensa Jordi.

Le da la sensación que el sofá lo va a engullir. Su padre tenía un gusto exquisito pero la funcionalidad y la comodidad siempre por delante. Se incorpora vago y lento; y una vez en pie vuelve todavía a estirarse y a bostezar y le echa al fuego un buen leño. «Este nos acompañará toda la noche».

—Hola, cariño. Me he quedado dormida —le dice su madre despertándose perezosa y dejando escapar un bostezo.

—Yo también, mamá, qué lujo las siestas en esta casa —dice Jordi tomando el relevo al bostezo de su madre.

—¿Carme sigue durmiendo? A veces me saca de quicio... —se justifica Marina, movida por un sentimiento que baila entre la culpa y el enojo.

—Tengo que reconocer que esta vez te mereces la razón. Pero solo esta vez —le dice guiñándole el ojo a su madre—, ¡vaya viajecito nos ha dado mi señora abuela!

—Calla, calla —se tapa la cara con ambas manos— que tú mañana te vas y me quedo sola con ella. Bueno, suerte que tengo a Manuela que me parece que se van a llevar bastante bien.

—Marina, hija, ¿puedes venir un momento a ayudarme? —vocifera Carme desde su habitación.

—¿Quieres que vaya yo? —le pregunta Jordi a Marina en voz baja.

—No hace falta, gracias... ¡Vengo! —contesta mirando a Jordi— me tengo que ir acostumbrando —le dice dibujando con boca y ojos una mueca divertida.

Jordi las escucha mascullar a las dos desde la habitación donde se ha acomodado Carme. Lo que dicen queda amortiguado por las paredes y el murmullo que le llega lo traslada a su niñez.

Era domingo y Carme había ido a almorzar a su casa. Su padre la había invitado y le escuchó discutir con su madre a razón de esto. Casi nunca se enfadaba su madre con su padre. Él debería tener doce años o quizás once y fue un día muy extraño.

—Nena, he estado hablando con Jordi antes de comer. Oye, que me ha soltado una que me ha dejado de piedra —le dijo su abuela a su madre, con una cara que ahora puede ubicar entre la sorpresa y la decepción.

Él que salía de la cocina e iba a su habitación a jugar se quedó escondido detrás de la puerta, llevado por la curiosidad.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó su madre pensando que le saldría con cualquier niñería.

—Pues he ido a charlar con él un rato —le empieza a explicar la abuela— a preguntarle por el colegio y por si le gusta alguna niña. Y va y me suelta que a él no le gustan las niñas. «No me gustan las niñas, abuela, me gustan los niños», ¿qué te parece?, me he quedado sin palabras, ¿tú te crees que un chiquillo que hace cuatro días no levantaba dos palmos del suelo tiene que saber de estas cosas?

Jordi recuerda que este comentario puso a su madre de muy mal humor.

—A ver, Carme —increpó Marina en un tono endurecido—, ¿y por qué no lo iba a saber? Siempre ha sido un niño muy maduro y...

—¿Y qué vamos a hacer?, ¿qué te parece si lo lleváis al médico?

—Si hacemos, seremos su padre y yo, tú no tienes que inmiscuirte por nada aquí. ¿Quieres dejar de meterte con mi familia? Y claro que no vamos a llevarlo a ningún médico. ¿Pero qué tienes en la cabeza? —dijo su madre a su abuela ya gritando.

—A ver, hija. Qué también son mis nietos.

—Pues a ver...

—Pero ¿qué son esos gritos? —su padre llegó a tiempo de que la disputa fuera a mayores.

—Voy al baño. Quédate tú tomando el café con tu suegra.

Dejando atrás el comedor, su madre lo encontró en el suelo acurrucado y cabizbajo. Él le levantó lentamente la mirada, dulce y cargada de culpa, que la hizo arrodillarse para abrazarlo fuertemente.

—¿Os habéis peleado por mi culpa, mamá? —preguntó afligido por la responsabilidad.

—¡No, no, hijo! Nooo... No te puedes equivocar cuando dices la verdad.

—La abuela me ha dicho...

—No le hagas caso, que a veces no sabe lo que se dice. La abuela te quiere mucho, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, mamá.

«La abuela te quiere mucho...».

El recuerdo le dibuja una sonrisa agridulce.

No volvió a hablar nunca con su abuela de aquel asunto hasta que fue adulto y, por otro lado, su madre le defendía y alentaba a sentirse único en el mundo de los diferentes. Y, en cierto modo, ante él también disculpaba a Carme.

Y todo lo hacía solo por él.

«La abuela te quiere mucho, lo sabes, ¿verdad?».

Jordi, que todavía era un niño cuando el incidente en el piso de Barcelona, no le tuvo nunca en cuenta a su abuela las palabras que le escuchó decir. Carme continuó con el tema y Pau la dejó decir. Se oyeron palabras como gay y mariquita, que Jordi y Marina escucharon abrazados, llorando en silencio, todavía detrás de la puerta.

Todo lo que sucedió le mordisqueó el corazón y lo que a otro niño le hubiera dejado como si un ratoncillo se lo fuera comiendo poco a poco, hasta no dejar ni una migaja, a él lo volvió un poco más valiente. Cuanto más charlotteaba Carme, más fuerte lo abrazaba Marina y las palabras que su madre le había pronunciado hacía solo unos instantes, «no te puedes equivocar cuando dices la verdad», se le repetían en bucle dentro de la cabeza.

Ensordeciendo las de su abuela.

Albons, 24 de noviembre de 2018

—¿Qué estás haciendo, nene?, ¿preparas el desayuno? —Carme se ha acercado a la cocina a ver a Jordi. Está un poco malhumorada por la falta de comodidad con que todavía se mueve y se encuentra en casa de su hija y también porque está muerta de hambre.

—Abuela, no me llames nene, que no me gusta —le contesta él mostrándole una sonrisa conciliadora.

—¡Claro está que eres hijo de tu madre! ¡Ya ves tú qué tontería! —contesta ella enfurruñada.

—¡Buenos días, abuela! ¿Cómo has pasado la noche? —dice ahora ya sonriéndole de manera amorosamente amenazante.

—Papanatas. ¿Con qué me sales tú ahora?

—Es que estás muy guapa cuando estás de buen rollo, abuela —se acerca a la mesa donde Carme se ha sentado para darle un beso y le trae un café con leche y un trozo de pastel de manzana que le ha cocinado especialmente para ella.

—Tienes razón. Es que todo el santo día en esta condenada silla, dando trabajo a tu madre, me cuesta mucho estar de buen humor. Y tienes razón, llevo unos días que soy como un carcamal quejumbroso.

—Ja, ja, ja... —los dos estallan una carcajada al unísono.

Marina los está viendo desde lejos, ajena a la conversación, no los escucha, pero la memoria la lleva al recuerdo de cuando eran pequeños, de cuánto les gustaba a ellos visitar a la abuela y de como ella nunca propició el contacto. Ahora puede comprender por qué Pau quería siempre fomentar el vínculo entre las dos. Él no tenía padres, habían muerto antes de que nacieran Marcel y Jordi. A él no le importaba el pasado. Salvo en lo referente a su colección de muebles. Nunca quiso conocer del todo lo que había sucedido entre ellas. Marina se lo fue soltando en cuenta gotas. Y siempre acababan igual. «Deja ya el pasado a un lado y mira hacia adelante, no se puede hacer camino hacia atrás. Tu madre solo nos tiene a nosotros. Olvida ya de una vez por todas lo que te hizo o dejó de hacer y construye hacia adelante. El odio, a quien más atormenta es a quien lo siente...». Sabias palabras las de Pau.

«¿Quizás sí que alguien me está brindando una oportunidad?», se pregunta Marina, viendo a Jordi y a su madre juntos mientras recuerda las palabras de Pau. Se da cuenta de como, a pesar de su rencor, sus hijos han aprendido a querer a la abuela y ahora Paula también está como loca con ella. Le encanta ir a visitarla. «Es bien cierto que Carme cuando está de buenas es muy divertida. Incluso Carlota, con lo rara que es, y lo que llegó a separar a Marcel de todos nosotros cuando estaban juntos, siempre ha querido propiciar la relación de la niña con su bisabuela...». La conciencia la regresa al momento presente y tropieza de nuevo con su madre y su hijo charlando muy divertidos. «Todos han lanzado puentes a nuestras diferencias y no los hemos sabido sostener. Yo no los he sabido empuñar».

De repente a Marina la invade la necesidad de disfrutar y exprimir el momento presente e intenta hacerse un hueco en la conversación entre Jordi y Carme.

—¿Qué pasa aquí, que lo estáis pasando tan bien?

—Hola, hija. Jordi, ¡qué parece que hoy está de guasa!

—¡Qué morro tienes, abuela!, ja, ja, ja.

Albons, 27 de noviembre de 2018

Luce una radiante mañana de otoño. El sol todavía calienta bastante y Marina se ha sentado a tomarse un café en una terracita de l'Escala. Antes, a primera hora, cuando Carme todavía dormía, ha salido a dar un paseo. Y cuando ha visto brillar, tímido y anaranjado el sol en el horizonte, se ha sentido recompensada por la vida como hacía tiempo no se sentía. Ha notado como se le dibujaba una sonrisa, y se le deslizaban por las mejillas frías, unas lágrimas tibias y apocadas que le llegan a los labios como centellas de plenitud. Aunque no llega a comprender el porqué. De nuevo en casa se ha duchado y se ha escogido ropa, ha pensado que iba a ponerse... Como siempre hacía antes. En cuanto ha llegado Manuela, Carme seguía durmiendo, y con las listas para la compra que ha estado preparando con Jordi de los menús de la semana, ha salido a comprar.

Ahora, sentada en una cafetería de l'Escala, terminando el periódico de ayer y rematando el café que le queda en la taza, saca las listas para organizar dónde comprar cada cosa.

No ha querido beber a solas estos días. Se da cuenta de que algo le está pasando. ¿No ha podido o no lo ha echado en falta?, «tanto da». Ahora se da cuenta del desprecio que se profesa, cuando sola, mira el fondo de la copa, de otra y de otra más mientras las va vaciando. Esto y las caminatas que ha retomado cada día desde que han regresado a casa, llegadas del hospital. No entiende con certeza el porqué, pero está durmiendo mejor. «Será también el cansancio acumulado de tantos días», se dice. Está mejor, pero no ve en ella a la mujer guapa y cuidada de antes. «¿Regresará esta algún día?», se pregunta.

Y la verdad es que sin él lo está llevando bastante bien, quizás será verdad lo que tantísimas veces le ha insinuado Joana, le ha dicho, y ella se ha molestado y se lo ha callado avergonzada... ¿Porque sabe que tiene razón?, ¿porque no quiere desmontar la imagen idílica que todo el mundo tiene de su pareja? ¡Todo el mundo! ¿Importa de verdad, todo el mundo? Ahora que conoce lo que Pau le hizo y como vivía ella, felizmente engañada y eclipsada por sus encantos, ya no quiere averiguar qué importa y qué no.

Pero hoy se descubre valiente, fuerte.

Y, quizás sí, algo más guapa.

Albons, 27 de noviembre de 2018

Marina se acaba de sentar en la mesa de la cocina. Manuela está frente al fregadero limpiando verduras para la comida y Carme se le ha acercado arrastrando el caminador. Ni se han dado cuenta de que Marina ronda por ahí, están absortas entre sonrisas y carcajadas en una conversación de vete a saber qué. Dobla el periódico por la mitad y mete el oído en la cháchara de las dos mujeres.

—Es un chico muy majo, Marc. Y me hace reír mucho. El otro día le estaba contando que me cuesta mucho ir al baño —Carme se tapa la cara con las dos manos— y él me dijo que enseguida que empezara con este caminador endemoniado que ya utilizo mejoraría muchísimo, que me tengo que esforzar en recuperarme, que ya no soy una jovencita. Pero entonces me dijo, «ahora relaje bien la panza» y con estas que él empieza a hacerme un masaje, siguiendo la dirección de los intestinos, me dijo. ¿Y sabes qué me pasó? Válgame Dios, qué vergüenza pasé —saca un pañuelo del bolsillo de la bata y se enjuaga el sudor que ha imaginado acumular.

—¡Pero chiquilla, explícame!, ¡que me tienes aquí en un sin vivir! —le pide Manuela insistente.

—Pues que se me escapó un pedo...

Carme se tapa la boca con una mano que suelta con cierta dificultad del caminador.

¿Un pedo? ¿Una ventosidad?

—Sí, sí... A mí, que ni mi difunto marido me había oído nunca soltar ninguno. Me quedé bien sonrojada.

—Pero, mujer, que más da. Que los gases se tienen que soltar... Pues ya está, ja, ja, ja. Pero ahora que te estoy imaginando... La verdad es que es pa' mearse, ¿eh?, ja, ja, ja —contesta entre carcajadas Manuela.

—Venga, venga. Que fue relajarme y soltar dos o tres más, ja, ja, ja. No sabía donde mirar, pobre de mí, a mis años —explica entre divertida y avergonzada.

¡Anda ya, mujer! —la tranquiliza Manuela.

—No, no. Y, además, ese día, después de comer, lo vacié todo —dice Carme, buscando hacia arriba con la mirada la aprobación de quién sabe quién.

Marina no puede evitar una sonrisa traviesa. Será porque ya empiezan a quedarse sordas, pero todavía no han advertido que ella está sentada en la mesa de la cocina. Se da cuenta de que le tienen el corazón dividido. Hace tan solo cuatro días que Carme está en casa y se ha metido a Manuela en el bolsillo como quien no quiere tal cosa. También es verdad que ella no se ha esforzado nunca para acercarse a Manuela, no conoce casi nada de su vida, sabe que tiene un hijo en alguna parte. «Madre mía, Marina», se dice a sí misma, «con todo lo que esta mujer me ha llegado a cuidar. Ha recogido mis pedazos cada día y los ha puesto en orden, me ha dado de comer. Nunca ha preguntado ni juzgado cuando me he lanzado de cabeza al fondo del abismo. Siempre amorosa conmigo, siempre dándome ánimos diciéndome “el tiempo lo cura todo, señora”».

Ella todavía no lo tiene claro. ¿De verdad algún día su recuerdo no le dolerá?, ¿ni el recuerdo de lo que le hizo? No quiere continuar por este camino. Se retuerce en la cabeza para expulsar esta pena, esta incertidumbre. Y se vuelve a centrar en este par de mujeres. ¿Quién le iba a decir que se avendrían tanto? Es verdad que Carme es muy divertida cuando quiere y muy sociable y charlatana.

Tampoco ha querido nunca escucharla a ella.

«Al final se han encontrado las dos almas a quien nadie atendía en su casa», se dice a sí misma, entre avergonzada y conformada.

Marina finalmente se decide a participar en la conversación.

—¿Qué es todo esto que os tiene tan entretenidas que no os habéis ni percatado de que estoy aquí?

—¡Ay, hija!... ¿Y hace mucho que has llegado? —contesta Carme entre risas.

—Pues, ¡lo suficiente, creo! Me habéis hecho reír mucho con la historia de Marc.

—Calla, calla. Que vergüenza. Pobre muchacho. Y él venga a repetirme que era tan normal.

Las tres arrancan a coro una carcajada.

Albons, finales de noviembre de 2018

«Pescado al horno con verduritas y una ensalada de escarola y granada».

Marina entra en la casa por la puerta de la cocina con la mente ocupada en el almuerzo de hoy. Deja el capazo sobre el mármol y la bolsa con el pescado en el fregadero. Se le ha pasado la mañana volando, entre las compras y pararse a leer el periódico mientras se tomaba un café. El sol de hoy se merecía detenerse a disfrutarlo.

De la habitación de Carme le llega un rumor de voces ensordecidas e indescifrables, le parece escuchar su nombre en boca de su madre. Todavía no se ha acostumbrado a vivir en compañía. Se acerca a la habitación y, a medida que se aproxima, el ruido se convierte en palabras y estas acontecen inteligibles. Silenciosa, se para detrás de la puerta a escucharlas.

—Tu hija está mucho mejor desde que estás aquí. Desde que murió el señor Pau, en paz descanse —no puede verla, pero se la imagina santiguándose— no levantaba cabeza, todo el día andando por la casa, con uno de sus pijamas viejos, del señor Pau, me refiero, uno de cuadros... Los últimos meses, justo antes de que te operaran, ha estado fatal del todo. En verano, con los chicos y la Paula por la casa, parecía que empezaba a mejorar una mijita y después se fue con su amiga de viaje y a la vuelta, a los pocos días, ea, otra vez... —baja la mirada hacia el suelo y se acerca a Carme para susurrarle flojito al oído—. Yo no quiero hablar más de la cuenta... Pero... Al poco de regresar de las vacaciones, otra vez como al principio de que muriera el señor... Pobrecito mío. ¡En paz descanse!

—Mi hija no me perdonará nunca que... —dice Carme con un tono de voz donde Marina puede denotar arrepentimiento, pero el estupor que la situación le profesa solo le despierta cólera.

—Señora Carme —intenta tranquilizarla Manuela, sin dejarla acabar.

—Ay, ¡Manuela, que no me llames señora! ¡No sé cómo no le molesta a mi hija tanta tirantez!

—Sí. Perdona. Hija, la costumbre... A lo que iba, que les está yendo muy bien que usted, vaya, que tú estés aquí. Ha vuelto a darse sus paseítos por las mañanas y va a sus mandaos y se arregla un poquito. ¡Si se ha puesto a dieta y todo, que nos hace comer verduras todos los días!

—Bueno, esto de la dieta es por mi diabetes —se excusa Carme.

—Sí, sí, eso es verdad, pero... —parece que Manuela no sabe de dónde sacar argumentos que ayuden a superar las diferencias que a pesar de no entender, adivina entre Marina y Carme.

—Como te decía. Cuando murió Narcís, mi marido, ¿sabes?, casi la dejé al cargo de mi madre, ella era pequeña y yo no supe...

—No se atormente, señora Carme. Carme, quiero decir. Ahora están las dos aquí y su hija la necesita y...

—No lo sé, Manuela. Me tiene con ella porque no tengo a dónde ir ni nadie más que me pueda cuidar. Y no ha querido que me vaya a una residencia, pero... Yo no me he portado como lo hace una buena madre con ella. De joven tenía muchas inquietudes, quería estudiar y ver mundo. Cuando conocí a su padre, me enamoré y todos mis sueños se ahogaron con ese gran amor que con los años resultó no serlo tanto —Carme habla flojito y avergonzada, le cuesta mirar a Manuela a los ojos—. Cuando murió, bien, yo esperaba otras cosas de la vida. Y en lugar de arreglarlo, lo estropeé todavía más. Nunca más atendí a sus cuidados, al menos como debe de hacerlo una madre.

¿Y cómo es que lo tiene que hacer una madre, Carme? —pregunta Manuela con los ojos cargados de dolor.

—Pues... no lo sé, pero dejé que fueran mis padres quienes la cuidaran, de ella y de mí. Con los años me volví a enamorar y no pude hacerla partícipe de esa relación, lo mantuvimos en secreto porque él era...

—Todas las madres lo hacen lo mejor que pueden... —responde Manuela cabizbaja.

Carme todavía no sabe nada de la historia de Manuela con su hijo y Manuela, ha sufrido mucho por este tema, la excusa, para en cierto modo, perdonarse a ella misma.

«Su hija la necesita, ¿dice?», Marina no puede permanecer allí. «Me voy para no escuchar más... Su hija la necesita, su hija la necesita... Manuela a veces parece mear fuera del tiesto. Y no es para nada chismosa pobrecita. Es Carme, que posee el don de hacer hablar hasta a los difuntos». Las palabras de Manuela le retumban dentro de la cabeza acelerándole el corazón, que lo escucha latir insano y loco, como si quisiera escapar de su cuerpo.

«¿Y quién me manda a mí, moverme dentro de casa sin hacer ruido? ¿Y qué quiere hacerle creer Carme? Qué cara dura, encima que me la meto en casa y la cuido como ella no ha hecho nunca conmigo. Ella venga a hacer la cizañera a mis espaldas». Marina mueve cuerpo y pensamientos aturridos por la indignación.

«Me marchó.

Me marchó.

Me marchó bien lejos un buen rato».

Manuela entra en la cocina y no lo hace canturreando como siempre. La mente se le ha quedado en la habitación de Carme, recogida todavía en la conversación que han tenido. Sintiendo que quizás ha traicionado la confianza de su patrona, se va repitiéndose a ella misma «es que estas mujeres se tienen que arreglar». Se percata de que en el fregadero está la bolsa con el pescado... y las verduras dentro del capazo encima del mármol «Qué extraño que la señora Marina no haya guardado la compra en la nevera. ¿Ni el pescado?». Y de repente advierte que ha estado en la casa.

¿Habrá venido y se ha vuelto a ir? —Manuela emprende una conversación con ella misma, muy angustiada con lo que imagina que puede haber pasado—. ¿Mira que si nos ha escuchado hablar de ella, a sus espaldas y es que se va a pensar que estoy yo de parte de la madre?

A Manuela se le desencaja el rostro. Corre como puede arrastrando las alpargatas que lleva para faenar, sale al jardín a ver si Marina está allí. Pero no. Ni ella ni el coche.

—¡Aiaiaiaia...! ¡Qué coraje, válgame Dios!

Se ha marchado apresurada y muy incordiada, conduciendo con brusquedad. «¿Qué quiere explicarle Carme a Manuela?». La pregunta le resuena en el interior curiosa y atemorizada. No sabe si quiere conocer las razones de su madre. No ha estado suficientemente atenta cuando ha advertido el hecho de que hablaban de ella a escondidas y en su casa. Ese hecho la ha mortificado tanto que se ha perdido dentro de la emoción, fría y cruel y no ha estado más atenta a lo que decían. ¿Le ha parecido que Carme se disculpaba? ¿Qué está buscando? ¿Por qué no me lo dice a mí que lo hizo tan mal como supo?, que me dejó de lado, me ignoró, me excluyó, me cambió por un amante, le prefirió a él antes que a mí, su hija.

Se ha acercado a la playa. Hace un precioso día de otoño y la arena está bastante tibia todavía. Este es su lugar cuando está perdida, aquí, palpando la tierra y con los pies en remojo... El agua fría parece aclararle las ideas. Cuando ha llegado era con la intención de no regresar. Bueno, sí. De irse a su casa a preparar una bolsa y marcharse a Barcelona unos días. No hace ni una semana que están solas en Albons y Carme ya conspira a sus espaldas.

«Es injusto y muy feo».

«Pero... yo no he querido nunca escucharla».

«Tampoco le he dejado que me agradezca que la haya acogido».

«Me la saco de encima, no la soporto».

Barcelona, febrero de 2008

Un domingo de febrero como cualquier otro, Marina y Pau han invitado a almorzar a Joana. Se encuentran en su piso de Barcelona y la mesa del comedor donde están sentados disfruta de unas espectaculares vistas al Mediterráneo.

—¿Joana, todavía estás saliendo con el tipo ese, el abogado de urbanismo que yo conozco? —le pregunta Pau con un deje chismoso en la voz.

—¡Ui, no! ¡Qué individuo más aburrido! —le contesta con una sonrisa burlona—. Salimos un par de veces y ya tuve bastante. Este pollo con cigalas te ha quedado buenísimo, Marina —a Joana no le apetece hablar con Pau de su vida amorosa y cambia de tema.

—Gracias. Lo cociné ayer y se nota que ha reposado —explica Marina.

—¿Y en qué estás trabajando ahora, nos puedes contar algo?, ¿o es *top secret*? —pregunta Pau con cierta sorna.

—Bueno —Joana recoge la servilleta de su regazo y se limpia los labios antes de continuar—. Mejor no os digo nada. Incluso os aburriría. Por cierto, Marina, tengo una proposición indecente que hacerte —le dice mientras le guiña el ojito—. A finales de mes tengo previsto un viaje a Lisboa para hacer una entrevista. Cae en viernes y he pensado en quedarme el fin de semana y que podríamos ir juntas, ¿qué te parece?

—¡Ah!, ¡pues muy bien! —contesta Marina encantada con la propuesta.

—Marina, no puedes, mi amor, que ya tenemos planes... —le dice Pau.

—Ah, ¿sí?, ¿cuáles? —pregunta ella, frunciendo el ceño y buscando en la memoria lo que sea que ya han acordado—. ¿No podemos posponer esos planes, los que sea que tengamos? —le pregunta a Pau buscando apoyo en la mirada de Joana—. Sí que me gustaría irme de fin de semana con Joana. Y nunca he visitado Lisboa.

—Pues claro que sí, pero el hecho es que ya hemos acordado otra cosa y...

—A ver Pau, que solo te la voy a secuestrar tres o cuatro días —dice Joana con tono burlón y mirando a Pau a los ojos interponiéndose en la conversación entre sus amigos—. Prometo devolverla sana y salva.

—Joana, guapa, que tú vives sola y haces lo que quieres con tu vida —Pau levanta un poco el tono de voz—, pero la gente normal, con vidas normales, hace planes con la familia.

—Ya estamos con la gente normal y sus... —Joana prefiere no continuar al ver que Marina ha bajado la cabeza y se ha puesto a jugar con las migas que hay en el mantel.

—A ver, chicos, dejáis esto, por favor —les pide Marina con un tono de súplica poco elocuente.

—¡Vale! —Pau se levanta con rotundidad de la mesa arrastrando fuertemente la silla—. Por mí haz lo que te parezca —no tiene ganas de empezar una disputa con Joana y mucho menos con su mujer—. Me voy a preparar los cafés y a recoger un poco —les dice incordiado yéndose hacia la cocina y llevándose ya un par de platos de la mesa.

—Tu marido siempre hace lo mismo. Tira la piedra y esconde la mano. No vendrás, ¿verdad? —le pregunta Joana con una voz cargada de censura.

—Joana, no me agobies. Él tampoco ha viajado nunca a Lisboa. Y ya sabes que nos gusta descubrir lugares juntos. Y los niños... —se excusa Marina.

—Marina, ¿en serio? ¡Los niños! ¿Cuántos años tiene Jordi? Pero si a los dos les ha salido el bigote hace días. Di que no quieres venir y ya está —replica.

—¿Quieres una copa de cava? El vino ya se ha terminado —pregunta Marina sin atreverse a mirarla a los ojos.

—¡Eso es!, cambia de tema. ¡Qué ya tienes una edad, eh! Y tus hijos también. A ver si empiezas a... asumirlo. En fin, me callo... —le dice Joana mientras dobla la servilleta que tenía en el regazo y la deja sobre la mesa al lado de los cubiertos.

—Pues sí, mejor —contesta Marina.

A Marina le ha quedado mal sabor de boca. Sabe que Joana tiene razón. Se ha acomodado a la forma de ser de Pau. Pero ya le va bien. Es verdad que tanto Marcel como Jordi ya son mayores, que podría marcharse perfectamente, vaya. Pero siempre le ha funcionado, cuando eran

pequeños, que él hiciera y deshiciera con todo lo que no tenía que ver son sus hijos. Le fue cediendo concesiones que ahora ya es tarde para recuperar. ¿Pero quiere?, en realidad ya le va bien así. Él la conoce mejor que nadie y le organiza la vida a la perfección. O casi.

«Joana sigue hablando, de hecho no se calla nunca esta mujer...». No la está escuchando, sigue absorta en la conversación de antes. «¿Qué le pasa a Joana?», se pregunta en silencio.

Del extremo opuesto de la vivienda, el golpe seco de la puerta al cerrarse, seguido de un repicar de llaves y el sonido de unos pasos acelerados ayuda a suavizar un poco el ambiente del comedor.

—¡Joana! ¿Cómo estás? —Jordi ha llegado a la casa y se acerca a la mesa a saludarla.

—¡Jordi!, ¡muy bien, guapo!, ¿y tú? ¡Madre mía, pero qué alto estás! ¿Pero hasta cuándo crecéis los tíos?

—Ja, ja, ja... Qué fina eres, Joana —contesta él, risueño, mientras se acerca a darle dos besos.

—¿Sigues estando convencido de estudiar cocina? —le pregunta Joana.

—¡Totalmente!... ¿Qué te ha parecido el pollo? Le quise dar un toque al guiso. ¿Lo habéis notado?

Jordi se acerca a su madre y la abraza por la espalda.

—¿Cómo está mi mami guapa? Tengo que deciros que el pollo lo ha hecho ella. Yo solo le di...

Marina siente un nudo en la garganta que le aprieta en la boca del estómago y le agrieta el recuerdo sabroso que le ha dejado el pollo con cigalas. Baja la cabeza. Quisiera no estar allí ahora mismo. Se ahoga en cuatro lágrimas que no puede reprimir, silenciosas y temerosas, que la empequeñecen todavía más. Su mundo la abandona, la excluye, dejando solas, al alcance de todos, sus carencias.

Llora sin saber ciertamente porqué.

—Marina, mujer. ¿Qué te pasa ahora? —le pregunta Joana.

—Nada, nada. No me hagáis caso.

Albons, finales de noviembre de 2018

—¡Niña! Qué no hablamos desde que regresamos de Guatemala — dice Joana jovial con un tono que Marina interpreta como victorioso.

—Bueno... Tú tendrás algo que decir a eso, ¿no?

—¿No me dirás ahora que todavía te dura el cabreo?

—¿Qué te cuentas? Tú no me llamas para preguntar solo como estoy —contesta, ya más amistosa, Marina.

—Vale, vale. Ya veo que no estamos de muy buen humor... ¿verdad?

Cuando ha visto que quien la llamaba era Joana, el corazón le ha dado un pequeño salto y se le ha dibujado en el rostro una sonrisa encogida. Tenía muy claro que esta vez no lo haría. No sería ella quien llamase como siempre que Joana la putea. Después de lo sucedido en Livingston, ¡no!

Se ha ido a por una botella. Hace ya muchos días que no se deleita con un buen vino. «Quizás demasiados», piensa. «Y hoy, la ocasión se lo merece». Carme hace un rato que ha ido a echarse una cabezadita a su habitación y todavía seguirá durmiendo. Le parece escuchar a lo lejos su ronquido entrecortado. «Podremos charlar tranquilas». Se da cuenta de que Joana no sabe nada de todo lo sucedido con Carme. «Claro, no hablan desde Guatemala». Echa de menos las conversaciones con su amiga y los mensajes pasándose el parte, aunque sea.

—Que no, mujer. Perdona, ya te contaré. Tengo un poco de ajeteo en mi vida últimamente. Por cierto, Joana, ¿yo ronco?

—Pues no, vaya, no lo sé, yo duermo como un lirón. Pero ¿con qué me sales tú ahora?

—Nada, nada, no me hagas caso. Tú primero. Cuéntame. Que te añoraba la voz —toma un sorbo de la copa y lo detiene en el paladar saboreando el vino.

—¿Qué te parece si pasamos juntas el puente de diciembre?, podrías venir a mi casa y hacemos las compras de Navidad y comemos, bebemos y charlamos —Joana suena más seductora que nunca.

—Ostras... Me apetece mucho el plan... ¡Cuenta con ello! —le contesta Marina, ya sin ningún deje de rencor en su voz.

—¡Nena! ¡Marina! Ay, hija, perdona, no me había dado cuenta que estabas al teléfono... —dice Carme que se ha despertado y se ha acercado

a Marina para decirle algo.

—Un momento Carme, que termino y vengo —respira profundamente y le da otro trago a la copa.

—Oye, ¿que tienes a tu madre en casa?, ¿y eso? —pregunta extrañada Joana.

—Sí, calla, calla. Ya te contaré. Ahora te tengo de dejar. Pero cuenta conmigo, ya te estarás imaginando que me hace mucha falta —le dice medio cuchicheando a Joana, que Carme no la pueda oír.

—Sí, bien, cuéntame por whats.

—De acuerdo. Adiós.

Carme se ha vuelto a marchar y Marina le agradece el gesto en favor de su intimidad. Todavía guarda puesta una sonrisa cuando empieza a recordar el incidente de Livingston.

Ella estaba durmiendo cuando mucho alboroto en la habitación la despertó. De primeras se asustó, pero cuando abrió los ojos y vio a un tipo que le pareció estar borracho o colocado, se aterrorizó. Le dio la sensación que el corazón le iba a explotar de cuan acelerado le latía y le quedó rígida toda la musculatura del cuerpo.

—¿Qué haces?, ¿qué haces aquí? —preguntó ella atemorizada.

El tipo se reía y bamboleaba lentamente, era un nativo. Apenas llegaba a los treinta. De repente, detrás de él, Joana, morreándose con otro hombre. ¡No entendía nada! Pero no estaba soñando.

—¿Qué coño estás haciendo, Joana?

—Ay, Marina, disculpa si te hemos despertado... —contestó la otra atropellando palabras.

—¿Despertado?... ¡Pero tú de qué vas, tía!... Me has dado un susto de muerte...

—Oye tú... vente aquí conmigo. ¿Quieres que papi te dé? —intervino muy desafortunadamente el primero de los hombres que Marina había visto en la habitación.

—Pero ¿qué dices?, ¡loco! ¡¿Qué papi y qué mierdas?! ¡Fuera! ¡Fuera!

—Tú... Deja a mi amiga... Déjala que esta es una estrecha. Vente a la cama con nosotros.

—¿Estrecha? —le grita, incrédula, Marina—. ¡Serás cabrona, Joana! ¡Hoy te has pasado!

Recuerda vestirse con lo primero que encontró a los pies de la cama, agarró una chaqueta y se marchó deprisa. Estaba muy cabreada con Joana, tanto, que la exasperación le abrumó la tristeza que sentía por el desdén recibido. Corrió hasta la calle y siguió precipitada hasta llegar al cementerio. Y allí se paró. Lo habían visitado la tarde anterior y entonces le dio una sensación de alivio. El calor era muy sofocante a esas horas y allí casi todas las tumbas reposaban bajo las sombras de los árboles, un despropósito de colores, cada sepultura de uno diferente y los niños jugando al escondite. Contrariamente a lo que había sentido siempre visitando un cementerio, a los que ya no iba desde la muerte de Pau. No quería acercarse a la energía de los difuntos. Le daba miedo.

Pero aquel era diferente.

Se sentó sobre una tumba, como les había visto hacer a los niños la tarde anterior y esperó allí sentada a que saliera el sol y se llevara el recuerdo de lo vivido hacía unos instantes. Pasaron las horas, esperando digerir el incidente poco a poco. Con el día todo se ve diferente. Esto ella lo sabía muy bien.

Pero no fue a mejor. Del sobresalto paso al cabreo y después al desprecio y al desconsuelo. «¿Cómo su amiga le hacía esto?».

«¿Cómo ella lo permitía?».

Lloró y lloró, allí, sobre los restos de otro humano, algún desconocido que bien seguro sentía que había sido más feliz que ella. Cuando el día empezó a insinuarse se fue a playa Capitanía que la recordaba cerca y se tumbó en la arena a seguir lamentándose. Hasta que el calor se hizo insoportable y decidió ir a desayunar. No tenía hambre, pero no quería volver a la habitación, no tan temprano y se percató que no llevaba consigo nada de dinero.

Subió a la habitación a buscarlo y su vista tropezó con el trasero.

Y esa imagen.

Y todo lo que le sugería su imaginario de viuda, quizás sí, estrecha y de un solo hombre, la seguía persiguiendo.

Ya no tiene tan claro que quiera irse con Joana de fin de semana.

Joana, la que la llama estrecha.

Joana, su amiga.

Albons, principios de diciembre de 2018

«[...] Otra cosa [...]

[...] Estudiar y ver mundo [...]

[...] Casar... muy enamorada [...]».

Las palabras de su madre le van resonando dentro de la cabeza.

Alterándole el latido.

Le hacen daño todas las preguntas, le duelen en todos los poros de la piel y tampoco sabe con certeza que las respuestas le mitiguen el sufrimiento. Quizás le llevarán más todavía. Las primeras horas de la noche han sido un infierno. Cuando la oscuridad se apodera del espacio lo hace también de su alma, se le han hecho largas horas de dar vueltas en la cama, más fría que caliente y demasiado vacía. Finalmente se ha tomado una pastilla para poder dormir, es como el indulto hacia el paraíso temporal, este hecho de mentiras y que hoy le tiene la cabeza como una nube de borrasca. Hacía muchos días que no le hacían falta somníferos.

Se hubiera quedado en el sofá, acurrucada, con una manta y un buen té, sumergida en una lectura en la cual no podría profundizar porque el rencor le tiene la mente ocupada, como algo parecido al odio.

Pero no puede odiar a su madre. «¿Sería mala?».

La rabia voltearía y le tocaría asumirla como una bofetada cargada de vergüenza y desprecio.

Le ha costado mucho, pero con el primer guiño de claridad que le ha parecido ver, todavía dentro de la cama, se ha armado de coraje y ha salido a andar, bien calzada y muy abrigada. Es una mañana muy fría, más de invierno que de otoño, que promete un sol fantástico en apenas pocas horas. El aire le duele al respirar, entrándole gélido por la nariz. La escarcha viste los campos y la acompañan en su llanto cuando el sol empieza a calentarlos.

«¿Por qué no puse más atención a las palabras de Carme?», como un rompecabezas le bailan por la cabeza, sabiendo que las que le faltan podrían hacerle menos dolorosa la tortura, «¿o quizás más?».

La mente le acerca el recuerdo de su padre, del día en que murió. Los abuelos fueron a recogerla al colegio por la tarde para llevarla a casa. Ella no acostumbraba a almorzar en la escuela, pero aquel día la señorita le dijo

que se tenía que quedar, que su madre les había llamado para tal cosa. El abuelo la abrazó muy fuerte y la abuela estaba muy extraña. De nuevo en casa, su madre le explicó que su padre ya no regresaría, que había tenido un accidente y estaba muerto. «Vale, mamá. ¿Pero cuándo va a venir papá?», recuerda haber preguntado ella. Su madre la abrazó fuertemente y no respondió a su pregunta. Ese día la abuela se quedó a dormir en la casa con ellas y lo hizo muchas noches más. Su madre no salía de la cama y su abuela la llevaba a la escuela y la iba a recoger. Tiene un vago recuerdo de aquellos días, de aquellos meses.

Terminaron por ir a vivir a casa de los abuelos y ellos se hicieron cargo de todo. De ella y de su madre. «Mamá no se encuentra bien...», esta era la respuesta que recibía siempre al preguntar, hasta que dejó de hacerlo. La casa de los abuelos quedaba muy lejos de la escuela y no tardaron mucho en cambiarla a otra que les quedara más cerca. «Ya tanto daba», debieron pensar, «la niña se acaba de quedar sin padre y la madre hace como si no existiera, dejémosla también sin amigos». Ahora puede poner palabras a la tristeza que vivió esos meses.

«La tristeza que tiene nombre de culpa».

El primer día que fue a la nueva escuela tenía mucho miedo, pero se había acostumbrado a preguntar poco y a explicar menos. Cuando entró en el aula y le presentaron a sus nuevos compañeros, sentía hervirle las mejillas. La sentaron junto a una niña que a la hora del recreo le enseñó todo el colegio. Vestía un peto vaquero y un jersey a rallas de colores y llevaba dos coletas que le recogían una cabellera, oscura y rizada resaltándole unos enormes ojos verdes que le ocupaban la cara. Marina no abría boca, pero tampoco hizo falta, ella parloteaba por las dos sin cesar.

Igual que ahora.

Era Joana.

La única cosa buena que sacó de todo eso.

Albons, 6 de diciembre de 2018

El ruido metálico que las huellas dejan al pisar el camino engravado la alejan de lo que acaba de pasar. El frío le ha abofeteado el ardor con que la disputa la ha hecho salir de casa. Va cargada con la bolsa y la lanza con fuerza dentro del maletero y golpea fuerte el capó del coche al cerrarlo. Y vuelve a cerrar con más fuerza todavía una vez sentada al volante.

—¡Ahhhhh!!!! —grita Marina.

Y unos segundos de quietud. Silencio casi absoluto, solo estorbado por el latir del corazón y su respirar acelerado.

—¡Buaaa!... ¡Qué frío hace aquí dentro! —vuelve a gritar.

Se va y estará dos días fuera, se aleja de la prisión en la que muchos días se ha convertido su casa.

«¿No tenía que ser mi refugio?», piensa.

«¡Marina, no corras!».

—¿Por dónde andas? —pregunta Jordi, que ha adivinado que está conduciendo.

La llamada la aleja temporalmente de la obcecación que la tiene enojada.

—Estoy yendo a Barcelona —contesta Marina intentando esconder su estado.

—Ah, ¿sí?, ¿y eso?

—Ah, no te había contado, ¿no? Me voy a pasar el puente con Joana, a Barcelona, a charlar y de compras.

—Muy bien, ¡vaya plan! ¿Estás bien? Te noto un poco apretujada de mente —insiste su hijo.

—¡Tu abuela, que me saca de quicio! Si me lo llego a imaginar la meto en una residencia —le suelta a su hijo con despecho.

—¡Mamá!, ¡no digas eso!, ¿qué te ha hecho ahora?

—Tanto da, no te quiero agobiar a ti con mis problemas, ¿y tú?, ¿dónde estás? —contesta ella invitándolo a cambiar de tema.

—Pues también en Barcelona... tengo cuatro días de vacaciones, me quería haber ido a algún lugar, pero finalmente he decidido quedarme en casa y descansar que me hace falta. ¿Crees que nos podremos ver?

—Me encantaría, hijo. A ver qué me ha organizado Joana y te digo, que ya sabes que no le gustan mucho los cambios de planes. ¡Vaya otra! Salgo del fuego para meterme en las brasas. —dice Marina, medio risueña.

—Venga, mamá, sé un poco positiva, que lo pasarás mejor.

—Tienes razón, hijo. ¿Sabes algo de tu hermano? Todavía no hemos podido concretar nada de Navidad, de si podrá venir con Paula algún día.

—Bueno, con Carlota tienen días de todo, pero ya hablarás tú con él. A ver si te puedes organizar y nos vemos un ratito alguno de estos días —a Jordi no le gusta hablar de su hermano con terceras personas, ni siquiera con su madre.

—De acuerdo, vamos hablando. De hecho, estoy pensando que igual lo alargo un día y así hago enfadar más a tu abuela, ja, ja, ja. —dice Marina, ya con una carcajada.

—¡Así me gusta, buena actitud! ¡No corras con el coche! ¡Te quiero! —y le lanza un beso.

—Yo más —contesta ella, echándole también un beso al aire a su hijo.

La llamada de Jordi le ha hecho darse cuenta de lo absurdo de la discusión con su madre y le ha perfilado una sonrisa que la ha acompañado hasta Barcelona.

«Si fuéramos una familia normal», piensa Marina, «pero ¿qué es una familia normal?».

Albons, 6 de diciembre de 2018

—Manuela, ¿qué opinas tú que lo has visto desde fuera? —le espeta Carme a Manuela sin espacio a la no respuesta.

—Carme, a mí no me pongas en un compromiso. Ustedes sabéis que yo os quiero mucho a las dos y...

—Venga, Manuela. Te lo pido por la confianza que te tengo, ya sé que no te gusta chismear a ti. Pero, por favor, dime lo que piensas, valoro mucho tu opinión.

Manuela está cocinando un caldo de huesos muy potente, la carnicera le ha dicho a Marina que va muy bien, ya no recuerda para qué, y la cocina huele a invierno y especias. Carme se ha sentado en la mesa y se hacen compañía, pero no puede sacarse de la cabeza el incidente con su hija.

—Pues, yo... Yo la veo muy cansadita a la pobre y yo creo que va a estar a gustísimo si se va con su amiga en el fin de semana.

—Pero... a ti te obliga a quedarte en la casa conmigo, también se lo he dicho por tú bien —se excusa Carme.

—Pero a mí eso me da igual, ya lo sabes y tu hija también. Y además no me lo pediría nunca si supiera que no me va a venir bien. Si a mí en casa no me espera nadie.

—Ya... —contesta Carme, cabizbaja.

—Pero bueno, ¿y por qué no la llamas y hacéis las paces?

—Pues... ahora estará todavía conduciendo, quizás más tarde. Voy a salir al jardín a pasear un poco con el caminador que me irá bien que me toque un poco el sol y el frío me ayudará a aclarar las ideas.

—¡Abrígate bien, que hoy el día esta muy frío!

«No aprenderé nunca a morderme la lengua», se dice Carme a ella misma, «¿quién me manda a mí meterme en que si Manuela tiene que trabajar o no estos días?».

La discusión con su hija le ha dejado un mal sabor de boca y mientras se pelea con el caminador, también lo hace con sus pensamientos. «Manuela es una persona muy prudente y conciliadora, con lo que me ha dicho, deja muy claro que opina que la que me he equivocado he sido yo. ¿Tendría que llamarla y disculparme?».

Sabe muy bien que no lo hará.

Barcelona, 6 de diciembre de 2018

Joana llega tarde y enganchada al teléfono en una conversación que tiene ganas de acabar. Mira a través de la fachada de cristal del restaurante para ver si Marina ya ha llegado mientras examina su aspecto. «Sí, bastante bien». Vaqueros ceñidos con botas de tacón hasta debajo de la rodilla, jersey de *jaquard* floreado con toques de lurex dorado y abrigo de pelo de cabra, «todavía no hace suficiente frío para los pelos», piensa, pero ella se siente explosiva con su cabellera salvaje reposando sobre tanta opulencia y escondiendo, a ratos, unos pendientes de aros dorados, un poco grandes.

Han quedado en El Japonés y Marina la está esperando en la barra.

«Mírala, qué bien acompañada, qué individuo más elegante. Me espero a entrar a que este hombre se marche. Marina, hija, que pintas me llevas hoy, querida».

Marina no se ha recogido los cabellos y se ha marchado de casa con lo que llevaba puesto, unos vaqueros viejos y un jersey de lana rojo. Saliendo por la puerta, apresurada, ha cogido el primer abrigo que ha encontrado en el perchero y unas botas camperas planas. Sobre la cama ha dejado la ropa que había escogido para hoy, para verse con su amiga.

—Niña, ¿qué tal? —la saluda Joana con una gran sonrisa y los brazos abiertos.

—¡Joana!, ¡qué bien te veo!, ¡estás radiante! —le dice Marina mientras se estrechan en un fuerte abrazo.

—¿Quién es ese tipo con el que hablabas que se acaba de marchar?

—Ahh, nadie, bueno, sí, un excompañero de Pau en la escuela donde daba clases.

—¿Y? —le dice guiñándole el ojito.

—Y... ¡Nada! —los ojos de Marina caen con gesto despectivo y su tono de voz se ensarta levemente—. Es un estirado, lo has visto ¿no?, ¿te has fijado?

—De acuerdo, de acuerdo... —Joana se ha percatado enseguida de que Marina no tiene muy buen día—. ¿Está lista nuestra mesa?, ¿o me pido algo para tomar?

—Sí, sí, está lista.

—Bien, ¿y qué me cuentas?, ¿cómo es que tienes a Carme en tu casa?
—pregunta Joana.

—Buaa, resumiendo. Se cayó después de descompensársele el azúcar y se rompió la cadera, estuvimos bastantes días en el hospital y ahora, bueno, que se quedara en mi casa fue la mejor opción. Y hoy es el día que más me he arrepentido de no ingresarla en una residencia o contratarle una enfermera veinticuatro horas y que se hubiera quedado en su piso, pero, en fin, ahora es lo que hay. Y debo de tener, yendo muy bien, para tres o cuatro meses más. Pero no quiero aburrirte, cuéntame tú.

—Pues será por esto que me llevas estos pelos. ¿Es que te han cerrado la peluquería de l'Escala a la que vas ahora?, ¿o es que les han robado todas las tijeras? —pregunta sarcástica Joana.

—Joder, Joana, dame un poco de cancha, guapa... —le responde recogiendo la melena en un moño mal hecho.

—¿Compartimos? —Joana se coloca las gafas, mira la carta y empieza a recitar lo que van a pedir. Marina la observa sin ninguna expresión en el rostro, resignada—. Sashimi moriawase, edamame, nigui de toro, ensalada de algas y tataki de atún, ¿te parece bien? Y para beber, estás tomando el blanco de Costers del Segre, ¿no? ¿Seguimos con este? Estás de mal rollo hoy, ¿verdad?

—Sí a todo.

Pasan la tarde de compras y llegan al piso de Joana, muy entrado el anochecer, muertas de cansancio. Mientras Joana se está duchando, Marina se acomoda en el sofá para llamar a su casa.

—Manuela, ¿cómo habéis pasado el día?

—¡Hola! Pues hija, estupendo, ¿y tú?, ¿cómo estás? Tu madre ya se ha ido a dormir.

—Muy bien Manuela, no sufras por mí. Qué pases una buena noche. Ya volveré a llamarte mañana, a ver qué tal estáis.

—Como tú quieras.

—Por cierto... Manuela, ¿te he hecho ir mal pidiéndote que te quedes en casa...?

—¡Anda ya, mujer! Tu quédate tranquilita y pásatelo bien. ¡Y muchos recuerdos a la Joana!

Al poco rato, Joana, que lleva el cabello recogido en una toalla de rizo fucsia, está abriendo una botella de vino.

—¿Te duchas mientras yo preparo un poco de cena? —pregunta mientras se dirige a la cocina a por un par de copas.

—De acuerdo, aunque yo no tengo mucha hambre, —contesta Marina, que se ha recostado en el sofá después de hablar con Manuela.

—Poca cosa, cuatro quesos y un poco de jamón para picar, ¿te parece bien? Y te he comprado un blanco de Nueva Zelanda que te encantará. Toma, ¡pruébalo! —le dice Joana acercándole una copa de vino.

—Gracias, estoy intentando beber menos, últimamente me estaba pasando un poco... Ahora mismo me está dando una pereza terrible ir a ducharme.

Marina se incorpora en el sofá para agarrar la copa y estira los brazos y bosteza. Le da un trago al vino que pasea por el paladar y saborea con placer.

—Ah, pues, cuéntame, venga, ¿que te ha pasado con Carme, hoy? —Joana, que ya se ha puesto ropa cómoda para andar por la casa, se deja caer en el sofá.

—Pues, la muy... Me suelta que si me parece bien marcharme contigo todo el fin de semana tal y como ella se encuentra... Y que Manuela tenga que quedarse y no pueda hacer sus días de descanso y bla, bla, bla... y que tenga que pasar las noches en casa... ¿tú te crees? Después de metérmela en casa y de todo lo que, en fin... —baja la mirada cansada de estar peleando todo el día con el mismo pensamiento.

—Ya sabes como es Carme, ¡no le hagas caso! —le dice Joana mientras se incorpora y se va hacia la cocina para terminar de preparar la cena—. ¿Te parece bien que cenemos en la mesa del sofá?

—¡Claro! Esto lo dices porque tú eres igual de entrometida que ella, siempre acabo rodeada de gente que hace conmigo lo que se le antoja —le recrimina dejándose caer otra vez en el sofá.

—Marina, ¡estás exagerando! —contesta Joana, con una condescendencia atípica en ella.

—¡Mira, tú! ¡Que lo de Livingston no te lo voy a perdonar tan fácilmente, guapa! ¡Te pasaste mucho!

—Esto es lo que te pasa, ni Carme ni hostias, sigues cabreada por lo que pasó. Reconozco que estuvo muy feo, muy mal —mira a Marina y las dos saben que si se le presentara otra vez la ocasión volvería a hacer lo mismo— pero habíamos bebido mucho y... ¿tú viste que tipos? ¡Eran espectaculares!

—¡Joana! Lo que yo vi es que podían ser tus hijos, y sí vale, estás muy bien para tener la edad que tenemos pero a mí me pareció un poco ridículo.

—Ya está... Ya ha salido la moralista de turno —le dice Joana mirándola fijamente a los ojos.

—¡Moralista no, pero es que a veces no te entiendo! Tuviste los santos cojones de decirles «dejad a esta que es una estrecha». ¿No pensaste por un momento que nos lo podían haber robado todo?, ¿o incluso violado? — Marina se levanta del sofá y muy alborotada por la conversación va gritando por la casa y cambiándose de ropa, entrando y saliendo de la habitación, primero sin pantalones, después en sujetador y finalmente ya con un pantalón de pijama y una camiseta de manga larga remangada—. ¡En fin! —suelta un suspiro dejándose caer en el sofá.

—Eres tan exagerada, Marina —le dice Joana, sin mirarla.

—¿Exagerada? ¿Perdona? Tú escuchas las noticias, ¿no? ¡Claro que sí! ¡Eres periodista! Sinceramente, ¡me pareció una imprudencia digna de una adolescente con las hormonas a mil!

—¡Moralista y sexista! —le reprocha Joana levantando la voz y añadiendo un tono irónicamente burlón.

—¡De verdad que no te entiendo! —ya vuelve a estar sentada en el sofá y toma un buen trago de la copa de vino—. ¡Este afán por ir de flor en flor! No has querido nunca dar ninguna oportunidad a ningún hombre, a la que alguno te gusta más de la cuenta, le das carpetazo sin ningún miramiento. ¿No has pensado nunca en...?

—No estoy dispuesta a sufrir otra vez por ningún otro hombre —Joana baja la mirada mientras pronuncia estas palabras y olisquea el vino antes de tomar un trago que deja al paladar lentamente saborearlo, como si las palabras que acaba de pronunciar la aligerasen de un peso muy cargante y molesto.

—¿Estás hablando de Oriol? Pero si tenías, ¿qué?, ¿veinte años?

—Da igual la edad que tuviera, sabes tan bien como yo como sucedió todo aquello. Tú recogiste los trocitos de mí que dejó el muy imbécil. Ahora, a esto, se le llamaría maltrato.

—¡Eres tan exagerada, Joana! —dice Marina retomando la frase de su amiga.

—¡Y tú, una arcaica!, que tienes a tu Pau idealizado y te piensas que todos son como él...

—Joana, cariño, deja a los muertos reposar tranquilos, está muy feo usarlos como metralla...

—Además, no creo en las relaciones de pareja a largo plazo, ¡y menos en el matrimonio! —Joana no ha querido escuchar estas últimas palabras de Marina, sabe que se ha propasado. Mira a mis padres, todo parecía muy bonito, ¿verdad?, pues todo ello era una puta mentira, puta fantasía... ¿Y podríamos tener la fiesta en paz?— Joana se levanta buscando sosegar un poco.

—¿Pero qué dices? ¡Tus padres eran una pareja ejemplar! —replica Marina, incrédula.

—Tú solo veías lo que querías ver, Marina —Joana toma aire y termina de un trago su copa—. Los idealizaste, necesitabas una figura familiar y adoptaste la que yo tenía. Igual que cuando conociste a Pau, buscaste en él al padre que te había faltado. Te adoraba, te cuidaba, te enseñó mundo. ¡Sííííí!, al módico precio de hacer siempre lo que él quería. Yo no te estoy cuestionando ni juzgando, ¡solo faltaría! Pero respeta mis decisiones, no es pedir tanto, ¿no? Y, de hecho, si yo fuera de otro modo y le aguantara a algún tipo algo..., que no es el caso, quisiera tener una relación como la que tenías tú con Pau, os equilibrabais muy bien y a ti ya te ha ido siempre bien que te digan lo que tienes que hacer. Te volcaste en tus hijos para darles la familia que nunca tuviste o que perdiste bien pronto y... ¡Si por ellos incluso renunciaste a tu carrera! Ser arquitecto era tu sueño desde muy pequeña... en fin —Joana ha bajado el tono es estas últimas palabras y ahora habla más pausada y amorosa.

—¡Joana, te estás pasando! —Marina ha aprovechado que se relajaba un poco para intentar cambiar el rumbo que estaba tomando la conversación—. Pero, quizás sí que tengas razón... ¿Me pones otra copa de vino? Sí que está bueno este Cloudy Bay, ¿de Nueva Zelanda has dicho que es?

—Sí. Voy a abrir otra, no sabes como agradezco el invento este de los tapones de rosca.

—¿Ya nos hemos acabado una? —pregunta sorprendida Marina.

—Sí, niña. Pero es todo culpa del vino, que entra solo —le contesta Joana risueña.

—¡Madre mía, cómo le damos cuando nos ponemos!

—Perdona, Marina, he estado muy brusca, ¡demasiado! Y perdona también lo de la última noche en Livingston —ahora sí que Marina le

detecta el arrepentimiento.

—¿Livingston? En fin. Si te mando a la mierda me quedo sin amiga y eres la única que tengo. De verdad que me has dejado de piedra con esto de tus padres. Nunca...

—Bueno, es un tema del que no me gusta hablar, cuando era pequeña me dolía mucho, y me avergonzaba incluso, supongo. Tú sentías verdadera adoración por mi familia y a mí esto me hacía sentir, en cierto modo, superior a ti y... También pienso que ha marcado desde entonces y para siempre mi manera de ver y entender las relaciones de pareja. En fin, ya que estamos de confesionario... —se explica Joana, con mucha incomodidad—. ¡Oye, que no has tocado los quesos!

—¡Claro que sí!, y me he comido todo el jamón, la que no se ha callado y no ha tocado la comida has sido tú. Este vino te está haciendo de suero de la verdad. Pero sigue —insiste Marina.

—Sí. Pues yo siempre pensé que mi padre tenía una amante, o varias, ¡quién sabe! De hecho, lo empecé a pensar cuando ya era adolescente. Y me sentí enormemente estafada, me habían vendido, y yo compré a precio de oro, el sueño de la familia perfecta y cuando fui un poco mayor y empecé a atar cabos, pues... En casa pasaban cosas que no me cuadraban. Y mi madre que estaba al tanto y se lo aguantó siempre y... Pues supongo que le soporté a Oriol tanta mierda porque es lo que me habían enseñado en casa y... —A Joana se le llenan los ojos de lágrimas—. He bebido demasiado... Me voy a dormir.

Barcelona, madrugada del 7 de diciembre de 2018

«¿Te has dado cuenta, Pau? Si Joana quisiera una relación de pareja, la querría como la nuestra. Que engañados los teníamos a todos, ¿verdad?».

La habitación de invitados de Joana es un puro reflejo de ella misma, opulenta, ostentosa y un poco llamativa.

«Con tanta floritura me va a costar conciliar el sueño».

«No quiso contarme nunca el conflicto que existía entre sus padres, ha dicho que la hacía sentir superior a mí. Yo que toda la vida me he visto como el patito feo y mudo a su lado. Me ha gustado esta noche de confidencias. Me he quedado un poco más sosegada. Tiene razón con lo de que idealicé a su familia. Cuando entraba en su casa, encontraba todo lo que faltaba en la mía. Su madre. Me acuerdo de estar sentada a su lado en el canto de la bañera mientras ella se peleaba con los cabellos rizados de Joana para hacerle aquellas trenzas larguísimas que siempre llevaba». «— Va, ahora te toca a ti, Marina —me decía. ¿Quieres trenzas también?, ¿o quizás, coletas?, era fantástica y dulce».

«Y su padre, pues también era lo que yo quería y no tenía en casa y cada día recordaba un poco menos.

Yo era feliz en esa casa.

Me cuesta mucho creer todo esto que me ha contado Joana.

¿Quién sabe Pau? Quizás con el tiempo tú y yo...

Hoy me percibo valiente. Me he enfrentado a Carme y a Joana el mismo día. Y no me escucho ahora como me hubiera sentido un tiempo atrás».

Barcelona, 7 de diciembre de 2018

—¡Buenos días! —Joana entra alegre en la habitación de invitados y abre de par en par las cortinas para que Marina se despierte—. Nenaaaaa, que se nos han pegado las sábanas hoy.

—Mmmmmm... ¡Buenooooosss díassss!, ¿qué hora es? que entra ya este maravilloso sol por la ventana.

—Las once pasaditas —contesta Joana.

—¡Ostras!, qué bien he dormido. Mira que con tanta florecita en las sábanas no sabía si iba a ser capaz.

—¡Tú siempre tan minimalista! Venga, levántate y a la ducha, que tenemos mesa a las doce en La Cuina d'en Garriga. He preparado café, ¿te acerco una taza? En el armario encontrarás toallas limpias, tú misma.

—Sí, mmmmm, graciasssss, el café con un poco de leche, ¿tienes alguna que no sea de vaca? —Marina bosteza, todavía dentro de la cama—. Sí que te has levantado activa, yo necesito cinco minutos para desperezarme y ya me voy para la ducha.

—Para mí el mejor *brunch* de Barcelona —confirma Joana, orgullosa de su elección.

Tras tomarse un café, un zumo de naranja y una ducha rápida, un taxi las ha dejado delante de la puerta del restaurante.

—Veníamos con Pau a cenar muy a menudo, a él le encantaba. Siempre nos sentábamos en la mesa grande, en una esquina y aprovechábamos para comprar alguna de las *delicatessen* que vendían. Qué recuerdos...

—Escúchame —Joana se tapa la cara con las dos manos—. Ayer bebí un poco demasiado y, en fin, me fue muy bien dejar volar a algunos fantasmas.

—Me gustó mucho la conversación que mantuvimos ayer por la noche. Después no podía dormir, no podía dejar de pensar en algunas de las cosas que me habías dicho.

—Dije muchas cosas... —contesta Joana bajando la mirada, intentando esconder la turbación y procurando retomar la conversación de la noche pasada. Pero no sabe por dónde empezar—. ¿Pedimos?

—Por mí puedes elegir tú lo que te parezca, Joana, todo me apetece —le dice Marina.

—De acuerdo pues —Joana levanta la mano para llamar la atención del camarero.

—¿Ya lo tenemos, señoras?

—Pues, sí —Joana le recita la selección—, será todo para compartir. La sobrasada con miel, los huevos estrellados, un hummus y doble de pan con tomate, y para beber, agua y una botella de Brut Salvatge de Cavas Nadal. ¡Muchas gracias! —le entrega la carta al camarero y le guiña el ojo a Marina.

—Joana, me quedé muy sorprendida con lo de que te sintieras superior a mí por el echo de que tus padres parecieran la pareja perfecta. Yo siempre me he visto inferior a ti por todo. Tú siempre tan explosiva en todos los sentidos y cuando empezamos a hacernos mayores... Nena, tus pechos eran la envidia de todo el instituto. Y tú, tan decidida para todo. Yo en cambio, siempre tan poca cosa, constantemente a tu sombra. De hecho, pasé de ir a remolque tuyo para ir a remolque de Pau —las últimas palabras la hacen emocionar y le acercan a los ojos unas lágrimas amargas y pesadas que le escuecen en las entrañas.

—Pero ¿qué dices? —Joana no puede compartir lo que está escuchando—. Tú abanderas la elegancia de la discreción. Siempre tan delgada y delicada, si no te has engordado ni con la menopausia, maldita... Con unos vaqueros y una camiseta estás siempre fantástica, no necesitas nada más. Bueno, no podemos decirlo de últimamente, pero todavía estás en tiempo de descuento por todo lo que ha pasado —la mira con afecto y le agarra una mano cuando ve que Marina pone los ojos en blanco por su comentario—. Y cuando conociste a Pau, ¡ah!, entonces él acabó de pulir el diamante. Es verdad que vivías bajo su paraguas, quizás sí, pero también hacías lo que querías. Pudiste dedicarte a criar a tus hijos sin tener que preocuparte de nada más que de ellos y de la casa. Y él se ocupaba del resto. No me hagas caso de lo que te dije ayer, en realidad siempre me ha despertado mucha envidia vuestra relación —busca en el bolso que ha dejado colgando de la silla, inconscientemente necesita desviar la atención de Marina hacia otras cosas que no sean sus palabras—. No me malentiendas —continúa Joana— es solo envidia sana que se dice. Yo soy incapaz de crear un vínculo así —Joana baja la mirada y sigue rebuscando en el bolso quién sabe qué—. Tienes una familia

fantástica, tus hijos te adoran y Pau, bueno. Lo que os ha pasado es una mierda, una verdadera injusticia del destino. Mira que llega a haber parejas indeseables para destruir y va y os toca a vosotros. Entrañables por todos lados, para mí, representáis la imagen del amor verdadero y...

—Calla, Joana..., para, ¡no sigas por ahí! Pau y yo no estábamos tan bien últimamente, ¿sabes?

—Señoras —el camarero se les acerca a servirles la bebida con cuidadosa elegancia—, ¿les sirvo una copa de cava? —Joana y Marina no han dejado de mirarse fijamente a los ojos, despertadas por la curiosidad, intentando averiguar en los ojos de la otra a dónde les llevará la conversación.

—¡Por favor! —contesta Marina dirigiendo una sonrisa al camarero.

—Marina —continúa Joana después de que les sirvan el cava—, a ver, ¿qué entiendes tú por no estar bien? Yo siempre os había visto...

—Las cosas habían cambiado... ¡Mucho! Mmmm... Qué bien que entra este cava, Joana. —Marina quiere explicarse, pero le cuesta encontrar las palabras.

—Pues chica, no me habías dicho nunca nada —le increpa Joana.

—Bueno... Para mí fue una etapa difícil... Yo, supongo que me acomodé en Albons y me daba pereza venir a Barcelona. Él no dejó de trabajar nunca del todo, consiguió que donde daba clases se las juntaran en dos días y así pudo continuar dándolas. Él y su pasión por los muebles del siglo XX y su obsesión por coleccionarlos. Cuando no estaba dando clases, estaba buscando muebles y hablando con restauradores... Al principio, yo le acompañaba y aprovechaba para visitar exposiciones y por las noches salíamos a cenar, pero me harté de hacer y deshacer maletas y de pensar qué ponía dentro cada semana. En cierto modo, en Albons, descubrí una nueva comodidad, de hacer y estar, que me encajó a la perfección y bien... Tuvimos una fuerte discusión por esta razón. ¿Recuerdas la verbena de Sant Joan?

—¿La última que celebramos juntos en Albons? —intenta concretar Joana.

—Sí, esa. Al día siguiente, cuando ya os habíais marchado todos, yo estaba muy enfadada con él. Esa noche me había dado cuenta que Pau me había arrastrado a su sueño de reformar una masía en l'Empordà e irnos a vivir y que a la hora de la verdad la única que se había trasladado al cien por cien era yo. Aquella noche, con todos nuestros amigos en casa, me

sentí como una lugareña insípida y aburrida. Todos vosotros con vuestra exquisitez urbana tan bien llevada. Comentando los últimos restaurantes que se habían abierto en Barcelona, a la mayoría de los cuales habíais ido con Pau, hablando de conciertos y obras de teatro y de todas las cosas que yo había abandonado en Barcelona para acompañar a Pau a su quimera para arrojarme de cabeza y quedarme sola. A partir de ese momento empezamos a estar mal, yo nunca me había enfrentado a él, ya me conoces. Y él no sabía como encararse a mí en ese nuevo formato.

—Bueno, que quieres que te diga, ya me parece bien que finalmente te enfrentaras a las buenas maneras de hacer de Pau.

—Joana... —Marina baja la cabeza dejando acabar a Joana su típico discurso aleccionador.

—Es verdad, él siempre políticamente correcto y tú siempre a merced de tu amado esposo...

—¿Me dejas continuar? —le increpa entre súplica y molesta.

—¡Perdona, chica!

—Poco antes de que muriera intenté arreglar un poco las cosas, y di un paso adelante. Entendí que tenía más sentido que yo volviera a hacer cosas que me gustaban a que él dejara de hacer lo que más le apasionaba, que eran sus clases. Total, se trataba de acompañarlo a Barcelona un par de días cada semana y disfrutar de mi ciudad añorada, por eso me encontraba allí el día que murió. Poco a poco estábamos empezando a construir de nuevo.

—Marina, todas las parejas pasan por malas rachas. Yo, como bien sabes, no tengo experiencia en relaciones estables, pero vaya, esto no quiere decir nada.

—¡Espera! —le dice ahora, levantando el tono de voz de tal manera que ha conseguido desviar la atención del resto de mesas hacia la suya—. ¡No he terminado!... —Marina se tapa la cara con las dos manos, no tiene muy claro que sea capaz de acabar con esta parte de la historia, pero respira profundamente y expulsa hacia fuera todo el aire que ha atrapado tomando fuerzas para continuar.

—¿Marina? —le dice Joana, sorprendida con su actitud.

—Poco después de que tú y yo regresáramos de Guatemala, me llamaron. Ya no recuerdo de dónde. Pero tuve que buscar unos documentos en su ordenador, en su correo electrónico. Y no había manera

de encontrarlos. Me dijeron que buscara en el buzón de la papelería por si él los había eliminado y yo venga a rebuscar. Y...

Se le humedecen los ojos y se le quiebra la voz.

—Marina, ¿y qué?, me estás asustando —insiste Joana.

Marina vuelve a tomar aire y de un solo trago vacía la copa.

—Pues que encontré una serie de correos electrónicos de él con una antigua colega donde quedaba muy claro que habían tenido una aventura.

—Nooo... eso sí que no me lo creo, de Pau, ¡no! —exclama tapándose la boca con las manos.

—¡Qué me engañó, Joana! ¡Qué nada de pareja perfecta! ¡Una buena mierda es lo que éramos! Que te estoy diciendo que lo leí, yo misma, con mis ojos, en un puto *email* que encontré en su ordenador...

—Ostras... Marina... Eso sí que no me lo hubiera esperado nunca de Pau... ¡Es que todos son iguales! Al final, no se salva ni uno... Pero, perdona, perdona... Perdona, Marina. A ver, Pau estaba enamorado de ti, yo os vi juntos poco antes del accidente y, entre vosotros, todo estaba como siempre.

—Ya lo sé que me quería... —tiene los ojos rojos de llorar, habla en voz queda y mira de reojo a su alrededor para asegurarse que no vuelve a llamar la atención de todo el local.

—¡Pues no le des más importancia! —a Joana se le ha quedado el tenedor delante de la boca, que no se atreve a meter dentro, no puede masticar, tranquilamente, con todo lo que le acaba de explicar su amiga—. Quédate con el resto, con todo lo que compartisteis, no dejes que esta pequeña mancha en su expediente haga sombra a vuestra relación. Es más, no habéis podido hablar, no sabes de cierto que pasó, él no se ha podido defender.

—Al principio —no ha querido escuchar las palabras de Joana, ella ya se lo ha repetido demasiadas veces— enloquecí, leí y releí la cadena de correos electrónicos y quedaba muy claro que fue un rollo de una noche —con estas palabras se le agrieta la voz y vuelve a tomar un trago de cava—. Ella le insistió en que volvieran a verse y él le dijo que no. Que quería a su mujer. Que me quería. ¡A mí! Y que todo había sido un error... Esto lo pude leer. Era una compañera de la escuela universitaria donde daba clases. Más joven y muy atractiva, me parece haber coincidido con ella alguna vez. ¡Pero me da igual, Joana! Después de sobrevivir a toda la mierda de perderlo, ¿de verdad hacía falta esto? Volví a sumergirme en el

abismo de después del accidente. He pasado una temporada muy mala, y para postres, el accidente de Carme y tenerla en casa.

—De verdad, Marina, que no sé qué decirte. Se me hace muy difícil de asimilar esto de Pau.

De un tirón, Marina se saca del cuello el pañuelo de Hermès que Pau le trajo de París y que hoy se había puesto. No quiere sentir cercana su presencia y ahora mismo le parece que la está oprimiendo.

—Ya... Al principio yo no me lo podía creer. Cuando me despertaba, tenía la sensación que lo había soñado. Estuve tentada de llamarla. A ella. Quería que me explicara qué había pasado, con sus palabras. Pero cuando me miraba al espejo, me decía, ¿dónde pretendes llegar con esta cara, Marina? Estuve buscándola en Facebook e Instagram, no podía dejar de mirar sus fotos, las imágenes de su vida perfecta. Le tenía mucha envidia, envidiaba los momentos que lo tuvo, las palabras que le dijo a ella y no a mí. Todos los besos y todas las caricias... me los imaginaba juntos... riéndose a la vez, haciendo el amor, porque no podía estar conmigo. Porque yo le dejé alejar. Sé que no fue amor, pero yo lo había perdido por siempre jamás y ella lo había poseído unos segundos, unos instantes que pudieron haber sido míos y me dejé robar. Canalicé todo mi odio hacia ella. Me dolía demasiado hacerlo hacia Pau y todavía más hacia mí — Marina saca del bolso un pañuelo de papel y se suena, fuerte, y se nota un poco aliviada—. ¡Ahhhhh! Al final, lo que le ha pasado a Carme y tener que llevármela a casa me ha salvado de la situación en que me quedé atrapada. De día, con Manuela por la casa, no tenía más remedio que hacer de tripas corazón pero cuando ella se marchaba, empezaba a beber y a llorar, me ponía música que me lo recordara y me bebía su vino. Y después para poder conciliar el sueño me tomaba somníferos, estaba empezando a entrar en un bucle autodestructivo muy peligroso. Fue como si volviera a morir. Otra vez el luto y sus putas fases.

—Ostras, Marina, ¡qué mal me sabe!, así hace muy poco de todo esto —le pregunta Joana mientras calcula mentalmente cuando pudo suceder.

—Sí, fue la semana siguiente a que regresáramos de Guatemala.

—Y yo sin ni siquiera llamarte, ¿no? Como siempre esperando a que dieras tú el primer paso —Joana se saca las gafas que lleva puestas y dirige la mirada hacia arriba dejándola perdida en el mueble aparador repleto de deliciosa cerámica. Se da cuenta de lo egoísta que ha sido, otra

vez, y necesita, avergonzada, alejarle la mirada unos instantes—. No haberte llamado me sabe peor que todo lo que hice.

—¡Déjalo ya, Joana! Ya hemos hablado de esto. Y el diez de noviembre Carme se cae y se rompe la cadera, en fin, ya te he contado esto también... Ya empiezo a repetirme como el ajo. Debe ser que ya hago cangilones como mi madre.

—Ja, ja, ja, —las dos rompen el momento estallando la misma risotada.

—¡Es que te me haces mayor, niña!

—¡Míratela, la adolescente con espinillas!

Joana recoge la sonrisa y recupera el tono serio al que habían dado tregua para recuperar el aliento.

—Marina, he estado dando muchas vueltas a todo esto de Carme. Y de verdad que pienso que te lo tienes que tomar como un regalo del universo.

—Ahora me he perdido... —contesta Marina tapándose la boca mientras acaba de tragar una mini zanahoria con humus—. No te entiendo.

—¿Sabes qué daría yo por poder hablar con mi padre? —ahora es Joana quien termina de un solo trago la copa de cava—. ¿Y preguntarle por qué le hizo todo lo que le hizo a mi madre? ¿Y a ella?, que lo aguantó todo siempre, estoicamente y sonriendo a todas horas. Siempre me he arrepentido de no hablarles de todo el resentimiento que tengo hacia ellos y su falsa historia de amor.

—¿Y eso, habría cambiado algo?, ¿aparte de hacerles daño a ellos?

—No lo sé. Pero ahora ya nunca lo sabré. Marina, aprovecha el tiempo que todavía tienes para resolver con Carme todas vuestras diferencias. Tú todavía puedes. Yo no lo hice, no supe encontrar nunca el momento y ahora ya es demasiado tarde. Y cuando alguien muere, las palabras que más duelen son las que nunca se han dicho. Y que ya punzarán por siempre jamás.

Las dos amigas están sentadas una enfrente de la otra, cogiéndose las manos, con fuerza, y mirándose profundamente. Y son los brillantes ojos verdes de Joana los que rompen el momento.

—Basta ya de penas y confidencias por este fin de semana. ¡Esta sobrasada con miel está exquisita! —dice, terminando de masticar.

Marina había quedado por unos instantes embelesada, con el pensamiento en las últimas palabras de Joana y mirando una última lágrima derramándose dentro de su copa.

—Sí, y los huevos, ¡y todo! —dice.

—¿Pedimos otra botella? —le pregunta Joana guiñándole el ojito.

—Madre mía, cuánto bebemos cuando nos ponemos. Sí, pide, pide. Llamaré a casa que hoy también me quedo a dormir en Barcelona. Viniendo hacia aquí me llamó Jordi que está pasando unos días en la ciudad, de vacaciones. Le llamo a él también a ver si puede cenar con su madre.

Barcelona, 7 de diciembre de 2018

Estos dos días de llantos, risas y confidencias tienen a Marina exhausta, pero le ha apetecido quedar con Jordi para cenar y pasar la noche con él en el piso de Barcelona.

—¡Hola, mamá! —es Marcel quien le abre la puerta sonriente.

—¡Qué sorpresa! A ti sí que no te esperaba. ¡Abrazame, que me hace mucha falta! —Marina deja la bolsa en el suelo y abre los brazos a su hijo invitándole a un abrazo.

—¿Y eso?, ¿no ha ido bien el fin de semana con Joana? —pregunta Marcel extrañado.

—¡Sí, muy bien!, pero los tuyos son los mejores abrazos del mundo y te he echado mucho de menos —le dice mientras lo estrecha con fuerza.

—Es verdad, no nos vemos desde la comida en el Bar Cañete. Yo también te he añorado. Vamos para dentro que Jordi nos está preparando una merienda cena que nos gustará demasiado.

—Yo con estar un rato con vosotros ya quedo satisfecha —le dice sonriente—. Y no hemos parado de comer y beber en todo el fin de semana. Joana ya me ha dicho que hasta las Navidades solo va a comer pechuga de pavo y pepino, ja, ja, ja.

—¡Mamá!, ¡qué bien que estés aquí! Iros sentando que os traigo un vinito —Jordi se acerca a recibirla con el delantal puesto y enjuagándose las manos en un paño de cocina que le cuelga atado en la cintura, enfrente de ella la abrazarla y le da un beso.

—¡Hola, guapo!

«Todavía se me hace extraño, estar todos en casa, sin ti». El recuerdo de Pau la atrapa siempre que llega al piso.

—Vosotros os estáis aquí tranquilos y charlando de vuestras cosas que yo voy haciendo. ¿Os parece bien cenar en la mesa del sofá? —pregunta Jordi mientras les va sirviendo el vino.

—¿Y Paula?, ¿cómo está? —pregunta Marina a Marcel mientras dirige una agradecida sonrisa a Jordi.

—Pues le está resultando un poquito difícil todo el tema este de la separación. Nunca ha sido una niña muy comunicativa y cuesta que explique cómo se siente. En el colegio nos han dicho que está mucho más

introvertida que nunca y que la ven muy cansada, que quizás no esté durmiendo del todo bien. Y ahora acabo de saber que es muy probable que Carlota se marche seis meses a California.

—¿Y eso? —Marina, que le está escuchando apoyada en el sofá, se incorpora y se acerca a su hijo.

—Bueno, en realidad es una muy buena oportunidad en el ámbito profesional, pero quizás, ahora, no es el mejor momento. Le han ofrecido una beca, muy interesante, en una universidad americana de mucho prestigio. En fin, por lo que hemos ido hablando, estoy seguro que lo va a aceptar.

—¿Y Paula? —insiste Marina.

—Ella se quedará conmigo. Todavía no le hemos contado nada, vamos a esperarnos a que sea definitivo —Marcel se ha quedado cabizbajo y con la mirada perdida mientras pronuncia estas ultimas palabras.

—Tenéis que intentar no pelearos delante de ella. Ya me imagino que es complicado, pero tenéis que hacer un esfuerzo... —Marina busca las manos de su hijo y las sostiene agachando la cabeza, buscándole los ojos, como cuando era un niño.

—Es muy complicado, tú lo has dicho. Espero que el tiempo lo ponga todo en su lugar. Todavía es reciente la separación y todos estamos aprendiendo a convivir con esta nueva normalidad.

—Venga chicos, que voy sacando platillos. ¿Cómo vais de hambre? —Jordi deja sobre la mesa una ensalada de pulpo con verduras, una de tomate Raf con cebolla tierna y un poco de pan de coca de vidrio tostada y untada con tomate. Les mira feliz de pasar juntos esta velada.

—¡Mmmm, qué pinta tiene todo! ¡Qué hambre! —dice Marcel.

—¿Qué os parece el vino?, ¿seguimos con este? Ahora os traeré un *carpaccio* de ternera con virutas de *foie* y unos huevos a baja temperatura con boletus y una reducción de Oporto —les detalla Jordi.

—¡Todo fantástico, Jordi! —le dice Marina también feliz.

—Nene, está todo malísimo —le dice Marcel con la boca llena y soltándole una sonrisa cariñosa y burlona a la vez.

Jordi regresa con los platos que faltaban y se sienta en una esquina del sofá.

—Venga, cuéntenos cómo te ha ido con Joana, ¿qué habéis hecho? —pregunta.

—Comer, beber y charlar, sin cesar. La verdad es que me ha ido muy bien, hemos hablado mucho, como hacía años que no hacíamos y, dejar a vuestra abuela unos días, pues que os voy a decir, me hacía mucha falta. ¡Qué bueno que está todo, cariño!

—La verdad, a pesar de que todavía no te has hecho nada en la cabeza, es que tienes mucho mejor aspecto que la última vez que nos vimos —le dice Jordi mientras se dirige de nuevo a la cocina.

—¿Sí?, quizás sí que estoy mejor. Y mi pelo dejarlo estar, ¡qué ya me ha metido suficiente caña Joana!

—De acuerdo, mamá. Vamos a dejar el tema de los pelos en *stand by* hasta la próxima vez que nos veamos. ¿tú no te cansas nunca de cocinar, chaval? —pregunta Marcel a su hermano con la boca llena—. A mí me gusta muchísimo mi trabajo, ya lo sabéis, ¡pero cuando estoy de vacaciones no quiero ver una pantalla ni en pintura!

—En realidad, yo, ahora, cada día cocino menos, voy todo el día de aquí para allá entre Madrid y Barcelona, sobre todo. Y añoro un poco los fogones —Jordi deja los últimos platos en la mesa y se sienta con ellos.

—¿Y algún noviete a la vista?, ¿vendrás con alguien estas Navidades? —pregunta Marcel.

—Nada serio, de momento —les contesta guiñándoles el ojo.

—De momento, ¿esto quiere decir que ya hay algo?, venga, cuéntanos un poco —insiste Marcel.

—Todavía no. Tengo ganas de tener una relación estable y sin fin, de una vez por todas. Ya estoy harto de rolletes de una noche o tres o cuatro días. Toda la vida rodeado de unos padres tan enamorados, que erais incluso empalagosos. Yo quiero una historia así.

Las palabras de Jordi incomodan mucho a Marina y siente la necesidad de marcharse.

—Chicos, yo estoy agotada. Y ya no puedo comer ni beber más. Me voy a la cama, ¿desayunamos juntos mañana?

—¿Me dejas dormir contigo, mamá? —pregunta Jordi, como cuando era pequeño y su padre se marchaba de viaje.

—¡Ya sabes que sí!, buenas noches, me ha hecho muy feliz pasar este rato con vosotros.

Les da un beso a cada uno y se retira a su habitación.

«Esta habitación, con estos ventanales gigantes, como una balconada al mar, siempre me han tenido el corazón robado. Sabes, Pau, por primera vez aquí, desde que tú no estás, he podido estar con los chicos y no sentir una angustia ahogándome, he estado muy a gusto y serena.

Sin ti.

Me llega desde el comedor un murmullo acogedor, me lleva al recuerdo de los días siguientes al de tu muerte, cuando ellos se quedaron conmigo en Albons. Los primeros días yo solo quería estar sola y empaparme de todo el aroma tuyo que todavía quedaba en las sábanas y guardarlo para siempre. Su cuchicheo amable era lo único que me mantenía conectada al mundo de los vivos.

Me sabe mal haberlos dejado solos, ahora. Pero ha sido sentarme en el sofá y dejarme abrumar por una quietud sanadora.

Hacía demasiado tiempo que no me sentía bien sola conmigo.

Y no podía, no quería, escuchar de sus palabras, la maravillosa pareja enamorada que formábamos. Me siento estafada. Robada por ti.

Y no quiero estafarlos yo a ellos.

Y Carme... Las palabras de Joana me resuenan en bucle en la mente, me he desvinculado de un peso fatigoso que de tan constante ya no percibía, como una piedra en el estómago que puedo constatar que estaba ahora que me he liberado.

No me había planteado todo lo que está pasando como una oportunidad de resolver las diferencias con ella.

¿Lo sabré hacer?

¿Y sabrá, ella?

Nos hemos hecho tanto daño que me cuesta imaginar una relación sincera entre nosotras».

Paseando por sus pensamientos, disfrutando de Pau en su imaginario, Marina se ha quedado dormida luciendo un gesto que insinúa cierta plenitud.

«Cruasanes de mantequilla. Mmmmm... me llega su dulce olor desde la cocina y ya percibo en el paladar su tacto esponjoso».

Se ha despertado poco a poco, dejándose llegar a la conciencia por el goce de algunos pequeños placeres. El sol, que apocado ha empezado a

mimarle el rostro, el meloso murmullo de sus hijos que se le acerca desde la cocina y un tierno aroma a mantequilla y azúcar se le reúne en el estómago para abrirle el apetito. Le da la sensación que por unos instantes ha olvidado que Pau ya no está con ellos. Este pensamiento la levanta de la cama, no sabe como encajar esta sensación de felicidad en un mundo sin él. «¿Quizás sí será verdad que el tiempo lo cura todo?» se pregunta mientras se sacude las legañas con un chorro de agua fría, se lava los dientes y se recoge los cabellos para ir a reunirse con sus hijos.

—¡Buenos días, chicos! —Marina no puede aguantarse y mordisquea un cruasán, todavía tibio.

—¡Buenos días, mamá! —contestan ambos a coro.

—Jordi, ¿viniste a dormir conmigo? —pregunta ella masticando un trozo de cruasán y dejando los ojos en blanco de placer.

—Claro, creo que estabas a punto de roncar de lo profundo que estabas durmiendo —dice él mientras se le acerca a darle un beso.

—¿Yo ronco? —pregunta ella.

—No, mamá, era broma. ¿Has podido descansar? —confirma Jordi dirigiéndole una sonrisa.

—¡Mucho!, ¡me siento renovada! Marcel, nos has ido a buscar un desayuno delicioso. Me ha despertado este olorcito y me ha reavivado el hambre al instante. ¿Habéis preparado café? —pregunta Marina mientras se acerca a Marcel y lo abraza por la cintura y le da un beso.

—Marcel me estaba contando esto de que Carlota quizás se marche seis meses a California —dice Jordi mientras saca del armario de la cocina una taza para prepararle un café—. Tú siéntate que ya te lo llevo yo a la mesa. ¿Y si finalmente acepta, cuando se marcha?

—Pues en primavera. Estoy casi convencido que lo va a aceptar, yo en su lugar lo haría, es una muy buena oportunidad —Marcel se frota la cara con ambas manos.

—Personalmente, y por lo que me cuentas —Jordi se acerca atento a su hermano—, pienso que a Paula, a pesar de que echara mucho de menos a su madre, le va a venir muy bien alejarse de esta relación que lleváis ahora. Y claro está que, si uno de los dos se marcha, el contacto será telefónico o por video llamada y no creo que os peleéis así delante de Paula. Es que como vosotros llevéis vuestra separación, a Paula la marcará para toda la vida. Tengo muchos amigos de padres separados, de padres mal separados, que digo yo, que son incapaces de establecer relaciones de

pareja respetuosas y estoy convencido que los patrones que han heredado de sus padres son en gran parte responsables —se explica Jordi.

—Sí, tienes razón tío, pero Carlota cuando quiere es muy cabrona y yo un bobo que caigo de cuatro patas en la trampa. Cuando lo pienso, me da tanta pena. Que dos personas que nos hemos querido tanto ahora podamos maltratarnos de este modo. En fin... —Marcel no tiene ganas de hablar de Carlota.

Marina se siente muy incómoda con el discurso de Jordi, que toma como modelo a seguir su relación con Pau. No quiere. No puede seguir participando del engaño a sus hijos.

—¿Vendrá Paula algún día de las vacaciones de Navidad? —pregunta.

Albons, entre el 10 y el 15 de diciembre de 2018

Es una fría mañana de finales de otoño y Marina está sentada en la mesa de la cocina, todavía en pijama y tomándose una taza de té. Manuela entra por la puerta de la cocina, muy abrigada y con las mejillas rojas por el frío.

—Buenos días, Marina. Ay, que no te esperaba yo aquí.

—Buenos días, Manuela, no te habré asustado, ¿verdad?

—No, mujer, no. Solo que no te esperaba —contesta Manuela mientras cuelga el abrigo en el perchero que está justo al lado de la puerta.

—¿Quieres un café o un té? Estoy empezando a preparar las listas para las comidas de Navidad y tú me ayudarás.

—Pues sí, un cafelito con leche, gracias, Marina.

Carme, tumbada en la cama, hace rato que se ha dado cuenta de que Marina está en la cocina. Todavía se siente incómoda a solas con su hija por todo lo que pasó hace unos días y da vueltas en la cama. Tiene hambre y ya no sabe cómo ponerse. Y cuando ha oído entrar a Manuela y que se sentaba en la mesa con Marina se apresura a ir a la cocina ella también. No han hablado nunca de lo que pasó aquel día. De hecho, no han hablado nunca de nada que les haya pasado.

—¿Y un café con leche para mí podrá ser? —dice Carme que aparece abrigada con la bata acolchada y se sienta en la mesa.

—Buenos días, Carme —le dice Marina dirigiéndole una tímida sonrisa.

—Buenos días, hija —responde Carme con tono amoroso.

—Pues claro, tú siéntate aquí tranquilita que ahora te lo traigo yo. ¿Te preparo una tostadita con algo?, ¿con un poco de pavo o queso? —pregunta Manuela.

—Gracias, Manuela —a Carme se le escapa un gran bostezo—. Pues si me acercas cuatro galletas de la mías te lo agradeceré.

—Qué bien que te mueves ya con las dos muletas, ¿cómo te notas, tú?, ¿segura? —le pregunta Marina intentando acortar distancias.

—Bueno, no del todo, pero Marc me dice que es normal, que no tenga miedo y que me mueva todo lo que pueda. Pero ¡ostras, como cansa! —

respira profundamente, como si ahora mismo el esfuerzo la estuviera dejando agotada—. Hija, ¿ya tienes claro quienes seremos en Navidad?

—Más o menos. Manuela tu comerás con nosotros, ¿verdad? —le pregunta Marina.

—Pues no lo sé, yo creo que este año sí que puede venir mi niño.

—Claro que sí, mujer, y si tu hijo viene, que se venga también a casa con nosotros —le propone Marina.

—Ay hija, muchas gracias, Marina. Pero si viene nos quedaremos en casa, que hace mucho que no le veo y lo quiero para mí sola —mira sonriente a Marina mientras le agarra las dos manos—. Pero de verdad que te lo agradezco, ¿eh?

—Ay, Manuela, ¡qué buena noticia que el chico venga! —le dice Carme.

—Sí, Carme, lloré y todo cuando me lo dijo.

Marina se da cuenta de la complicidad que han logrado Manuela y su madre en tan poco tiempo. Se avergüenza de no haber cuidado más ella de Manuela, de no haberse preocupado lo más mínimo, ni siquiera preguntado nunca por su hijo sabiendo de su existencia y que ella vive sola en el pueblo. Carme sí que sabe hacerlo bien esto. Se da cuenta que se mete a la gente en el bolsillo con mucha facilidad, y siempre ha pensado que era cosa del azar y en estas semanas conviviendo con ella ha podido advertir que es porque sabe mostrarse empática y preocuparse por los otros de una forma muy sincera y amorosa.

Se levanta de la mesa a buscar más galletas para acompañar el café con leche. Ha visto comerlas a Carme y le han apetecido a ella.

—Pues vamos a ser, nosotras, Joana, Marcel y Jordi. Y por San Esteban, Marcel irá a Barcelona a buscar a Paula. Y ese día cagaremos el Tío con ella y supongo que se quedarán un par de días más.

—Ay, Joana, que ilusión, hace muchísimo tiempo que no la veo. Me gusta tanto esta chica. Tan decidida e independiente siempre.

«Tan diferente de tu hija, ¿verdad?», piensa Marina mientras escucha palabras sordas, ahogadas en elogios hacia su amiga.

—Joana me ha dicho que va a llegar el veintitrés, Jordi el veinticuatro y Marcel el veinticinco.

Los chicos, Manuela, que duerman en su habitación y a Joana le preparamos el estudio de Pau, ¿de acuerdo? —dice Marina.

—Sí, claro, eso me pongo yo y un par de días antes de que lleguen lo dejo más limpio que una patena.

Albons, 23 de diciembre de 2018

«Ha sido llegar Joana y ya no ve a nadie más.

Qué bien que se lo pasan, no sé cómo se aclaran si ninguna de las dos para nunca de hablar. Son como dos cotorras chillonas.

En fin, vale más que aproveche este momento, hacía muchos días que no disfrutaba de uno así, conmigo misma, sola en el sofá, leyendo tranquila y arropada por el fuego de la chimenea. Marina, no te engañes, si estás todo el rato con la oreja en la cocina.

¿Es envidia esto? Carme le ríe todas las gracias y la otra gozosa como una gallina ponedora.

Venga, Marina, déjate estar de lo que hagan y disfruta del momento que mañana ya se habrá acabado la tranquilidad.

Míralas, ahora se abren una botella de vino, no dirá que no Carme, ¡no! Venga a beber y a gastar saliva, vaya plan que se han montado.

¿Serán capaces de no ponerme una copa a mí?».

—Marina, ¿qué estás haciendo aquí tan tranquilita? —Joana, que ha llegado a Albons esta mañana, se acerca donde Marina simula que lee y se toma una infusión que hace mucho rato que se ha enfriado—. Venga, vente con nosotras, que acabo de abrir un vinito y te he servido una copa.

—Gracias, Joana, pero voy a ir preparando la cena. ¿Os apetecen unas tortillas y un poco de crema de verduras que ya tengo hecha? —Marina cierra el libro y se acerca a la cocina con la taza en las manos.

—Me parece muy bien, hija —le contesta Carme, tan risueña que todavía incordia más a Marina.

—Carme, que las fiestas apenas empiezan mañana, no te pases con la bebida, a ver si tendremos un disgusto —el comentario de su hija le detiene en seco la copa en los labios, justo cuando iba a tomar un sorbo.

—Venga, Marina, que una copita de buen vino no le hace daño a nadie, no vengas tú ahora a estropearnos la fiesta —le contesta Joana dirigiéndole una mirada matadora.

—Si Marina tiene razón. Me estoy portando muy bien y suerte de ella que está cuidando tan bien de mí y de lo que como y dejo de comer. Y el médico esta vez ha sido muy severo.

—Venga, Carme, que como dice Joana, una copita no te va a hacer daño —contesta Marina regalándole una sonrisa, avergonzada de que los celos la hayan hecho comportarse así con ella—. ¿Cenamos aquí? Voy a poner la mesa.

Albons, 24 de diciembre de 2018

Carme y Joana están sentadas en el sofá charlando y Jordi, que ha llegado a Albons después del almuerzo, se les acerca limpiándose las manos en un paño de cocina.

—¡Venga, señoras! Todas a la mesa, que empiezo a sacar platitos. Abuela, ¿estarás cómoda en el sofá para cenar? si no, ¿ponemos la mesa del comedor?

—Es muy moderno esto de comer en el sofá —Carme se recoloca las almohadas que tiene detrás de la espalda para evitar que el sofá la engulla—. No te preocupes por mí que un ratito lo resisto bien. Y yo voy a retirarme pronto que estoy muy cansada.

—Es que no habéis parado de trajar en la cocina todo el día y tú Carme con las muletas de un lado para otro.

—Bueno, yo de ayudanta. Sentada en la mesa y a las órdenes de Jordi —contesta Carme.

—¡Eres la pinche más guapa que he tenido nunca! —le dice Jordi cogiéndole la cara con ambas manos y dándole un beso en la frente.

—¡Venga va, bobalicón! —contesta ella feliz.

Marina, que ha bajado por las escaleras desde el piso de arriba donde estaba terminando de arreglar la habitación para Paula y Marcel, se encuentra con la escena desde la cocina. De lejos los mira, hacía mucho tiempo que no tenía gente en casa y se sentía tan bien. Le gusta escuchar sonrisas a todas horas y detrás de las puertas e ir encontrando prendas de ropa ajena repartidas por todas partes. «La casa vuelve a estar viva», piensa ella sonriente.

Jordi se ha pasado el día en la cocina preparando el caldo y el pollo guisado para la comida de Navidad y Carme ha estado con él, sentada en la mesa, pelando verduras y charlando con su nieto. A Marina no para de voltearle por la cabeza lo que le dijo Joana. Y está decidida a intentarlo.

—¿Qué tal, mamá? —le pregunta Jordi, que ha regresado de la cocina a terminar de preparar la cena.

—Bien, muy bien, ¿y tú, cariño?

—Muy divertido con este par de cluecas chillonas —le contesta guiñándole el ojito—. Ja, ja, ja... Es bien verdad que la abuela está en su

salsa con Joana. A ti te encuentro mucho mejor que la última vez que nos vimos, a parte de que hayas ido a la peluquería, quiero decir —le manifiesta lanzándole un beso al aire.

—Sí, fui a la peluquería el jueves pasado. Con la lata que me llegasteis a dar con esto los dos y Joana. ¡Qué pesados! Y también llevé a Carme, solo me faltaría que me dijerais que no la cuido suficientemente bien.

—¡Venga, mamá!, Carme está fantástica, le sientan de fabula los aires de l'Empordà. Pero volviendo a ti, de verdad que te veo muy bien, te esperaba más atacada de tener a la abuela en tu casa.

—Bueno, Joana me hizo reflexionar sobre este tema y me lo estoy tomando de una forma muy diferente —le contesta poniendo los ojos en blanco.

—Pues me parece súper acertado. No sé qué te dijo Joana, pero es evidente que os está yendo muy bien a las dos. Quizás estás siendo compasiva con tu madre, yo nunca he sabido con certeza que pasó entre vosotras, pero siempre te he percibido muy alejada y hostil con ella. Estás empezando a perdonarle lo que sea que sucedió y te sienta de fábula.

Ella no tiene ganas de hablar de Carme con Jordi, ahora no.

—Venga, va, que voy a poner la mesa mientras tú acabas —le dice excusándose.

Al poco, Jordi ya tiene la cena terminada y se acerca a ver como van las tres mujeres sentadas en la mesa del sofá, charlando y disfrutando de la chimenea encendida.

—¿Qué nos has preparado para cenar, nene? —pregunta Carme.

—Pues aunque sea Nochebuena una cena ligerita, que mañana empiezan las comilonas. Y como vamos a cagar el Tió el miércoles, hoy toca una cena navideña pero *light*, señoras. Crema de calabacín y manzana de primero y un pastel de tortillas de verduras para continuar. Y de postres, una selección de quesos y cuatro turrónes. Y para beber os he traído un vino blanco orgánico de Alta Alella.

—Me parece estupendo, Jordi —dice Joana.

—Pues venga va, ir acabando con lo que estéis haciendo que en cinco minutos llega la cena —expone Jordi a las tres.

—Es tan detallista y cariñoso este hijo tuyo, Marina —le dice Joana.

—Sí que lo es —contesta Marina mientras le mira alejarse hacia la cocina.

Ya en la cama a Marina le cuesta conciliar el sueño.

Pero hoy es distinto a las otras noches. Las palabras de Jordi le retumban en su interior acercándose a lo que Pau había intentado hacerle entender toda su vida y su amiga, unos días atrás. Se da la vuelta buscándole, sabiendo que no estará, intentando, todavía, captar su olor y alarga la mano buscando el calor que hace ya tanto tiempo que se marchó. Y se encuentra con su reflejo en el espejo, se descubre derramando lágrimas a las que no puede poner nombre. Se da cuenta de cómo le añora todavía, sabe que para siempre va a echarle de menos, pero hoy le parece que ya no le duele tanto.

Albons, 25 de diciembre de 2018

Hace frío, pero va a lucir un soleado día de Navidad.

Hoy, Marina, ha salido tarde a dar su paseo matutino. Cuando se ha levantado todavía estaban todos durmiendo y se ha quedado disfrutando de la quietud, con hora de caducidad, con la que podía complacerse en esos momentos en la casa. Se ha preparado un té y ha prendido el fuego. «Se lo dejaré listo para cuando se levanten» ha pensado, y se ha sentado en su butaca, su rincón escogido de la casa a deleitarse plácidamente. Escuchar el crepitar de la hoguera, dejar la mente en blanco, perdida en el danzar de las llamas mientras saborea el primer té del día sabiéndose a cobijo del frío de afuera. La complace tanto como ver salir el sol y dejarse acariciar por los estrenados y gélidos rayos de sol de invierno.

Los últimos años la Navidad le ha dado mucha pereza, no la consolaba ni la mirada de ilusión que podía leer en los ojos de Paula. Pero este año se percibe diferente. Ha recuperado el anhelo por tenerlos a todos en casa y, de hecho, le apetece mucho. Se ha acercado andando a Sant Martí d'Empúries y muy abrigada se ha sentado en la arena de la playa, a gozar de la serenidad que le ofrece el mar. Cuando la humedad ha empezado a colársele por los pantalones ha decidido regresar, tranquilamente, deshaciendo el mismo camino.

Solo llegar a casa, ya escucha desde fuera a Carme y a Joana entretenidas y un poco vocingleras haciendo y deshaciendo con no sabe qué. Al abrir la puerta se encuentra con Carme sentada en la mesa guiando a Joana que remueve entre los armarios de la cocina engarzada en una silla.

—No, Joana, esta no, nena, esa otra, la de más atrás —le indica Carme, un poco crispada.

—¿Esta? —Joana le muestra un plato de porcelana blanco con un ribete plateado y florecillas de colores pintadas.

—¡Sí! ¡Esta! Qué bonita es, no tenía ni idea de que estaba aquí —contesta Carme, feliz con el hallazgo.

—¿Y todo este alboroto? —pregunta Marina—. ¡Buenos días a todos! Ha intentado contar hasta diez cuando las ha podido escuchar, pero se ha quedado en cuatro.

—Buenos días, hija, ¿has ido ha caminar hoy también? —pregunta Carme—. Y feliz Navidad.

—Feliz Navidad, Carme. Sí, sí que he ido a andar. ¿Y vosotras que hacéis removiendo armarios tan temprano? —pregunta ya un poco mosqueada.

—Carme, que me tiene rebuscando la vajilla para comer —dice Joana bajando de la silla donde estaba ensartada.

—Nena, he encontrado la de mi madre, ya la daba por perdida y resulta que la tenías tú —contesta Carme.

No soporta que la nombre nena, ni que haga y deshaga como si estuviera en su casa.

—La tengo yo porque la abuela me la regaló cuando nos casamos Pau y yo, pero tampoco deberías estar ese día. Voy a darme una ducha.

Un silencio gélido se apodera de la cocina, caldeada por los fogones navideños y a Carme se le desmenuza el corazón en la mirada. Solo Jordi, que ha llegado a la cocina para ver como su madre le echaba un moco a su abuela y marcharse enfadada, es capaz de recoger los pedazos.

—Abuela, ¿qué quieres que te prepare para desayunar? —le pregunta, mientras le acaricia la mejilla y le da un beso en la frente.

—Nada, nene, nada. Bueno, ¿quizás queda un poco de ese pastel de manzana que hiciste, del que yo puedo comer?

—Creo que un poco sí queda, guapa, ahora te acerco un trozo con un café con leche. Y enseguida que tenga esto listo te prepararé uno de zanahoria para mañana, ¿qué te parece?

Carme le contesta con una sonrisa entristecida.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Jordi a Joana gesticulando con el cuerpo y sin llegar a pronunciar las palabras en voz alta.

—Bueno, creo que tu madre hoy no tiene muy buen día. Se ha enfadado con Carme por la vajilla. Bueno, muy bien no he acabado de entender qué ha pasado.

Poco después, la llegada de un coche vuelve al ambiente la serenidad robada.

—¡Este debe de ser Marcel! —dice Carme con la alegría de quien ha sido liberado de una falta que no se daba cuenta que cometía.

—¡Feliz Navidad a todo el mundo! —Marcel entra por la puerta cargado de bolsas.

—Hola, nene, ven y dame un abrazo. ¿Y la niña?, ¿no la traes contigo?

—¡Hola, abuela! A Paula iré a buscarla mañana por la mañana. Hoy pasa el día con Carlota y su familia.

—¡Ah, muy bien!, sí que lo dijo tu madre. Voy a vestirme que todavía voy con la bata de andar por casa.

—¡Feliz Navidad, Marcel, guapo! —Joana se le acerca y le da un beso —. Yo también voy a cambiarme.

—¿Cómo vas, chaval? ¡Feliz Navidad! ¿Qué, cómo tienes el gallinero? —pregunta Marcel a su hermano.

—¡Feliz Navidad, tío! Pues llegas en buen momento. La verdad es que hasta hace muy poco todo andaba como una seda, pero no sé qué ha pasado hace un rato que mamá y la abuela se han enganchado por no sé qué coño de vajilla antigua. Me parece que mamá se ha levantado con mal pie hoy... En fin. ¿qué tal tú?

—Bastante bien —Marcel se ha servido un café y mastica un trozo de pastel de manzana—. Mmmm... qué malo está esto, ¿de qué es, de manzana?

Marina acoge el agua que le derrama caliente en la cara y le fluye por el cuerpo como el bálsamo del perdón. «¿Pero qué ha pasado hace un rato en la cocina?» se pregunta. No puede comprender la paradoja de sus actos y razonamientos. «¿Dónde ha ido a parar la Marina de ayer?, ¿la de esta mañana?, ¿la que quería acercar distancias?». No se entiende y se enfurece con ella misma por lo que ha permitido que pasara. Está claro que hoy no tiene un buen día y habiéndolo empezado muy bien. «Menos mal», piensa.

Se promete a sí misma que va a hacer un esfuerzo para dar la vuelta a la situación.

—¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad!

El centro de la mesa acoge las copas que casi todos los comensales acompañan con alegría y esperanza. Marina lo hace con cierta aflicción, una que la ha mantenido ensimismada prácticamente toda la comida. Salvo ella, están todos risueños dejándose llevar por la fiesta y las botellas que la adornan.

—Mamá, ¿cómo es que Manuela no ha venido a comer con nosotros? —pregunta Jordi, más para intentar alejar a su madre de donde sea que se ha ido su pensamiento e intentar que regrese a la mesa, que para cualquier otra cosa—. ¿Mamá?, ¿Mamá? —insiste.

—Perdona, hijo, pues al parecer su hijo venía a visitarla y han preferido comer los dos juntos en su casa.

—Pobre Manuela, la lleva bien de cabeza ese hijo suyo —sentencia Carme.

Este comentario molesta a Marina. No ha sabido lidiar con el ademán de ofendida que lleva Carme desde el incidente con la vajilla. Y ahora, no sabe si por la poca envidia que le tiene a su madre que se ha metido a todos en el bolsillo en menos de nada o por el hecho de que salga ahora con la historia de Manuela y su hijo que a nadie le importa y de la que ella misma tampoco tienen ni idea —cotilla— cuchichea flojito, que no la escuche nadie.

—Jordi, cuéntame esto de ese chico que he oído que le comentabas a tu hermano —pregunta Carme.

—Abuela, ¡eres una chismosa sin remedio! —le contesta Jordi guiñándole el ojo.

Marina, que ahora si estaba atenta a la conversación, ha esbozado una sonrisa sarcástica y maliciosa.

—¡Venga, va! Yo solo me intereso por la vida de mis nietos —contesta dedicándole una sonrisa.

—Pues abuela, de momento nada serio. Si las cosas cambian ya te pondré al día —le dice Jordi.

—De acuerdo, de acuerdo. A ver si cuajáis y nos lo presentas bien pronto.

—Entendido, abuela, no sufras, que serás la primera en conocerle —le contesta mandándole de nuevo un guiño de ojo.

—Carme, ¡quieres dejar de una vez por todas de remover los armarios y la vida de los demás! —le dice Marina utilizando un tono muy inflexible.

—A ver, hija, ¿ya me contarás qué te he hecho yo hoy? —contesta súbita Carme.

—Pues nada, esto es lo que has hecho, ¡nada! Ni hoy ni ningún otro día —le contesta Marina, con la mirada baja, consciente de que no ha sabido controlar la situación.

—A ver, mamá, tienes un mal día, de acuerdo, pero el resto no tenemos la culpa —le dice Jordi, molesto por como Marina está maltratando a Carme.

Jordi es siempre conciliador, pero se ha hartado de la absurda discordia que hay entre las dos y de la que hoy le parece que su madre es la responsable. «¿Dónde han ido a parar las buenas intenciones de que me hablaba ayer?», se pregunta a sí mismo.

—Bueno, voy a descansar un rato.

Marina se marcha hacia su habitación y con ella las risas que hace unos minutos reinaban en la mesa.

Albons, 26 de diciembre de 2018

«Hoy no tengo un buen día.

La pastilla de medianoche me va a pasar factura.

Es uno de esos días en que siento que la tierra me empuja hacia adentro, como si me quisiera engullir. He aprendido a tomar distancia a esta sensación, me pasa más a menudo desde que Carme está aquí conmigo.

Todavía deben estar todos durmiendo.

Escucho a Manuela abrir la puerta.

El olor a café me invade. Marcel lo debe haber dejado listo antes de irse a Barcelona. ¿Cómo puede gustarme tanto su aroma y tan poco su sabor?, no debería de tomarlo hoy. Percibo un nudo en la boca del estómago y los brazos y las piernas entumecidos. Debería prepararme una infusión, salir al jardín a por un poco de maría luisa, hacer una infusión y tomarla después dejándome acariciar por este tímido sol de invierno. Pero me deleito en mi estado, me aflijo más malestar y me tomo el café dejándole que me queme la garganta».

—¡Buenos días, Marina! ¡Hoy va a hacer un día precioso! —Manuela entra por la puerta de la cocina, muy abrigada y frotándose las manos por el frío—. Pero ahora mismito corre un airecito que vaya tela, congelado.

—Buenos días, Manuela. Hoy es festivo, no hacía falta que vinieras —le dice Marina, entre sorprendida y agradecida.

¡Anda ya, si es que no me cuesta ná! Y así arreglo un poco la casa, que con tanta gente por medio, ¡tiene que estar todo hecho un lío! ¡Y hoy viene la niña y tengo muchas ganas de verla! —contesta Manuela.

—Gracias, Manuela ¡no sé que haríamos sin ti!, ven y siéntate a tomarte un café conmigo. ¿Cómo fue ayer la comida con tu hijo?

—Aiiiii. Al final, el pobre, no ha podido venir —a Manuela se le ha agrietado la sonrisa.

—¿Y eso?

—Se le complicó el día. No sé. El trabajo, digo yo. Ya hace no sé cuántos meses que no le veo.

«No puedo evitar sentir alejarme de la persona que nos cuida a las dos y que me ha salvado del ahogo tantísimas veces cuando su única

presencia, su cantar endeble faenando por la casa era el único contacto humano que me permitía. Y casi no sé nada de ella».

—Cómo lo siento, Manuela, seguro que hay una buena razón que lo explique —le dice mirándola cariñosamente.

Pues claro que sí. O a lo mejor no, ¿eh? —Manuela se remueve los bolsillos de la bata y saca un pañuelo para secarse las lágrimas que finalmente ha podido reprimir—. Yo, a mi hijo, lo tuve sola, estaba yo saliendo con un chavalito y cuando supo que estaba embarazada se fue por ahí y si te he visto no me acuerdo. Entonces claro, la gente del pueblo, que tú sabes como son, pues ya me decían que yo era una mujer que no valía pa ná. Y claro, no me daban trabajo. Entonces yo me vine a Cataluña y lo dejé con una prima mía, que me lo ha criado como si fuera su hijo. Yo todo el dinero que he ganao, siempre se lo he mandado para allá para que pudiera vivir mejor que yo. Pero yo sé que él no me va a perdonar nunca que lo dejase y yo no se lo puedo pedir. Es que yo no podía traerlo conmigo, bien lo sabe Dios, pero ya no le voy a dar más vueltas. Lo hecho, hecho está. Me voy a poner una lavadora y así no despierto a nadie.

—¿Hoy sí que te vas a quedar a comer con nosotros? Va a ser divertido, haremos cagar el Tió con Paula —le dice Marina sonriéndole con complicidad.

—Pues sí. Muchas gracias, Marina, vosotras sois mi familia —se acerca a darle un beso en la mejilla y se va hacia el cuarto de lavar sin decir nada más.

Marina la mira mientras camina por el pasillo, sentada en la mesa y cogiendo con ambas manos la taza de café que se está tomando.

«Ver a Manuela así de afligida me trae a Carme al pensamiento», piensa. «Pienso en mí. ¿Cómo puedo sentir compasión por Manuela y creer que su hijo es injusto y egoísta con ella y, en cierto modo, estar haciendo yo lo mismo con mi madre?».

—Manuela, me voy a dar un paseo —me despido mientras me abrigo para salir afuera. La oigo de lejos despedirse, flojito, para no despertar a nadie, incluso hoy, alegre.

Tomo el camino que me llevará a San Martí d'Empúries, un paseo tranquilo me ayudará a aliviar esta angustia. A estas horas la ruta es tranquila y voy haciendo, sin prisas, hacia el mar. El sol empieza a calentar la escarchada que la noche ha derramado sobre los campos y hierbas del

camino. Sí que parece que vamos a tener un día espléndido. ¿A ver si soy capaz de hacerle justicia?

Sentarme frente al mar y dejar los pies desnudos al capricho de las olas me aleja casi de todos mis malestares. El agua está helada y me dejo llevar sintiendo el frío recorrerme por las piernas, todo el cuerpo, provocándome un escalofrío que acojo dejándome mimar por el suave arrumaco de mi abrigo. Llevo puesto el pañuelo que me regalaste ese día regresando de París y busco en él tu recuerdo. Hoy me vas a hacer mucha falta, Pau.

Venir hasta aquí, a reencontrarme con el paraje que griegos y romanos eligieron para establecerse, siempre me hace sentir acompañada. Percibiendo que no estoy sola en mi soledad.

El paseo y el perfume salado del Mediterráneo me han abierto el apetito. Voy a acercarme hasta el Hostal para desayunar. Cómo te gustaba a ti venir aquí. Qué placentero andar hacia el paseo tranquilamente sintiendo la arena tibia y húmeda en los pies, ahora que no quema como en verano. Respaldada en la barandilla, me limpio la arena de los dedos con la prisa que me contagia el hambre, me calzo y subo a la terraza del Hostal Empúries. Me siento en una mesa y hojeo el periódico de ayer. Voy a tomar un buen desayuno con huevos. Tú te los comías fritos y con *bacon* «de vez en cuando no le hacen daño a nadie, ¿recuerdas? Me lo decías siempre antes de pedirlos, bien pensado, podrías haberte hartado... No tenerte, hoy, me duelo mucho».

Levanto la mirada y a tres mesas de distancia veo una pareja sentados. Deben de ser unos huéspedes que están pasando aquí las vacaciones de Navidad. Él me acerca de nuevo tu recuerdo, su forma de vestir, lleva unos vaqueros muy envejecidos y jersey grueso, y una bufanda que se parece mucho a la tuya de cashmire que tanto te gustaba. Los dos son muy atractivos, ella parece más joven. Seguro que son extranjeros, de esos europeos que a la que ven medio rayo de sol enseguida se desabrigan.

—¡Mierda, Marina! —me digo muy flojito y muerta de vergüenza hacia mí misma, intentando que nadie me escuche. Ya la he liado, todo el café por el suelo y la taza rota.

Me agacho a recoger los trocitos de cerámica esparcidos por el suelo. Mierda, Marina, ¿qué hago ahora limpiando el suelo con la servilleta?

—No se preocupe, señora, ya nos encargamos nosotros de recogerlo —se acerca a decirme el camarero muy educadamente y ofreciéndome la mano para ayudarme a levantar del suelo.

—De acuerdo, ¡gracias! Ahhhh!... Lo que me faltaba, ahora me golpeo la cabeza con el bajo de la mesa, aixxx... ¡Cómo duele! ¿Y a mí quién me manda mirar al extranjero este guapo cuando estoy haciendo el ridículo más espantoso de mi vida? Me he vuelto a encontrar con su mirada y ahora él me sonríe, qué vergüenza, Marina. ¡Pero qué guapo es! Decididamente, hoy tampoco será mi día.

El foráneo atractivo, de repente, me ha vuelto a mirar, ¡no me extraña con la que he armado! y nos hemos cruzado las miradas unos instantes de segundo, otra vez. Ella, en cambio, no ha levantado la cabeza de donde sea que la debe tener. Qué guapa es y que bien vestida también. Me he sentido ruborizar y he desviado la vista enseguida. Con la cabeza baja se me dibuja una sonrisa, que boba, pienso. Y me sobresalta una sensación de tristeza, me inunda, me doy cuenta de que no me había fijado en ningún hombre desde que tú no estás conmigo. La pena me ahoga regresándome ese nudo del estómago, pienso en ti y te añoro. Anhele tenerte aquí, sentado conmigo. Querría haber recorrido el camino juntos y sentarnos los dos en la orilla a remojar los pies.

Siento penetrante la mirada de este hombre y me incomoda como a una adolescente. Siempre había atraído miradas y era algo que me enorgullecía, percibir las seducidas al llegar a cualquier sitio y cruzarme con algunas, buscadas como si fueran encuentros azarosos y esquivarlas con cierta soberbia. Entonces era una mujer que hacía girar, cuidaba mi apariencia y me enorgullecía que me lo reconocieran. Entonces, cuando tú estabas conmigo todavía. Me levanto y lo percibo mirándome. Pero no voy a girarme.

Ya voy de regreso. El camino a casa se me hace fatigoso a trozos, una parte de mí no quiere volver, no tengo ganas de enfrentarme al fantasma de ayer. Mis pensamientos se pelean con la Marina que quiere ser mejor hija, mejor persona y poder evitar otra escena como la de ayer. Y la otra... saboreando el recuerdo de esos ojos que he sido capaz de atraer. Hacía tanto tiempo que no era consciente de algo así.

Hablaré con todos para disculparme del incidente de ayer. Bueno, con Carme no voy a hablar.

Se me amontonan en la boca del estómago la angustia de ayer en la mesa con tu recuerdo y la mirada de ese hombre. Ahora quisiera hacerme escurridiza al llegar a casa y subir a nuestra habitación a dormir lo que queda de día, hasta mañana. Llegando a casa, ya veo aparcado el coche de

Marcel, ya ha regresado de buscar a Paula, la idea de tenerla hoy con nosotros me hace muy feliz y siento añorarte más todavía, que contradictorias son las emociones a menudo. Sonríó a este pensamiento ambiguo cuando veo abrirse la puerta y a Paula salir, debería estar esperando en la ventana a verme llegar.

—¡Abuela, abuela! ¿Le has dado mucha comida al Tió? —me pregunta Paula mientras corre hacia mí. La mirada se le funde en una sonrisa y la coleta le baila al ritmo de sus pasos acelerados.

Me agacho a recogerla en un abrazo, que en recibirla se lleva todo el despotismo acumulado. Y olisqueo a esta niña que huele a limpio y a esperanza.

—Este Tió es un tripero, no ha aparado de comer. Vamos para adentro que le haremos cagar.

Agarro la mano a Paula y las dos nos encaminamos hacia la casa. Y, me parece, que quizás sí, será un buen día, hoy.

—Paula, has crecido muchísimo desde que no te veía, ¿verdad?

Albons, 2 de enero de 2019

Hace ya un par de días que la casa ha recuperado la quietud que normalmente la habita. Marina y Carme descansan en el sofá desde después del almuerzo, medio adormiladas y deseosas ellas también de recuperar el sosiego perdido.

—Marina, hija, voy a prepararme una infusión. ¿Quieres una, tú? — Carme se levanta del sofá y va hacia la cocina, ahora ya con una sola muleta, se mueve con lentitud y cierta inseguridad.

—Deja, Carme, que ya voy yo —le contesta Marina que sufre de verla así.

—Tranquila, hija, si ya me he levantado. ¿No sabes si queda algún trocito de los pasteles de fruta que ha cocinado Jordi? —pregunta Carme mientras busca con la mirada por encima de la cocina un plato que pueda guardar algún resto.

—Pues, me parece que queda algún trozo de zanahoria. ¡Mira que llegas a ser golosa!

—¿Quieres que pongamos una película de las antiguas de esas que hacen en Filmin? —propone Carme. Ha regresado de la cocina y mastica una migaja del pastel que ha quedado en el plato de donde ha sacado un pedazo.

—Me parece muy buena idea. ¿Cuál te apetece ver?

—Me da igual, elige tú una, hija.

Marina escoge una de las películas preferidas de su madre, El apartamento, y pasan la tarde divertidas con Jack Lemmon y Shirley MacLaine.

—¡Qué entretenida esta comedia! ¡Y qué bien que lo hacen los dos!

—Sí, mucho.

—¿Sabes, hija? Me ha hecho muy feliz pasar estos días aquí, todos juntos.

—A mí también, Carme.

—Estoy tan acostumbrada a vivir sola que a menudo me cuesta respetar tu espacio —dice Carme con la mirada baja, a su manera, pidiendo disculpas.

—Yo también estoy demasiado acostumbrada a la soledad.

Un silencio ensordecedor se apodera del salón.

—Hace días que quiero comentarte algo que se me revuelve en el interior —dice Marina haciendo el gesto de colocarse bien en el sofá como quien busca una base donde apoyar algo importante.

—Dime, hija.

Carme no puede disimular cierta inquietud, ni en la voz ni en la mirada.

—El día que fui a tu piso a preparar todas tus cosas para venir aquí, buscando una maleta donde ponerlo todo, me vino a las manos la vieja maleta de papá. Y no es que quisiera curiosear, ¡está claro que no! Pero la abrí y estaba llena de recuerdos de cuando yo era pequeña y un montón de fotos de los tres, de cuando papá todavía estaba vivo. Me quedé muy sorprendida al encontrar todo aquello —Marina traga saliva, intentando reprimir todas las emociones que le amenazan el equilibrio—. Y también me gustó mucho —sigue explicando al ver que Carme no dice nada.

No sabe de dónde ha sacado el valor para hablarle a su madre de aquel día y al instante se siente capturada por una sensación singular que la tiene bailando entre el arrepentimiento por lo que puede haber provocado esta puerta que acaba de abrir y un profundo alivio que está buscando donde ubicar.

Carme se incorpora todo lo rápido que su cuerpo le permite.

—Marina, hija, yo soy consciente que lo hice muy mal. Y me lo has hecho pagar toda la vida. Y ahora, en cambio, me abres las puertas de tu casa y me lanzas a los brazos de tu familia, y yo, no sé cómo... —le da la espalda escondiendo la dificultad que le traen sus palabras excusándose en el gesto de colocar bien las almohadas.

—También son tu familia, Carme.

Se ha tenido que tragar saliva cargada de orgullo para pronunciar esta frase y está satisfecha.

—Sabes... Yo era una chica joven y ambiciosa antes de conocer a tu padre y con muchas ganas de comerme el mundo. Era muy buena estudiante, incluso las monjas hablaron con mis padres para que me dejaran estudiar con una beca. Pero tu abuela decía que no. Que lo que tenía que hacer era casarme y tener hijos y que ya se me marcharían los pajaritos de la cabeza —mira hacia arriba como si buscara recriminar algo a su madre muerta—. Cuando conocí a Narcís me enamoré perdidamente. Tu padre era muy guapo y muy atento, me trataba como a una princesa de

cuento de hadas y, bien, los abuelos enseguida se encargaron de que nos prometiéramos y nos casásemos.

—Carme, pero... tú querías a papá, ¿verdad? —pregunta Marina adoptando un tono de súplica.

—Sí, hija, muchísimo... Y en el fondo, todas las chicas de mi época soñaban con una boda con vestido blanco. Cuando naciste tú ya ni me acordaba de mis delirios de juventud —a Carme se le escapa una lágrima, Marina no puede aguantarle la mirada y siente la necesidad de desviarla—. Tu padre y yo fuimos muy felices esos primeros años. Yo continuaba muy enamorada. Me pasaba el día cuidándote, sí, aunque te cueste creerlo. Y esperando la hora en que él llegase a casa. Y él, poco a poco dejó de mimarme, solo tenía ojos para ti y para mí ya era suficiente. Lo amaba y mucho, pero el hombre que se había ganado mi corazón ya no estaba y poco a poco me fui desamorando. Y me resigné a vivir aquella vida. Porque en los tiempos que corrían poca cosa más podía hacer. Y fueron pasando los años y nosotros vivíamos conformemente felices. Entonces sucedió el accidente. Tú solo tenías diez años.

Aquí Marina ya no puede aguantar más el llanto que le desliza tembloroso y concentrado en un par de lágrimas espesas y pesadas que la aplacaran. Le hacen percibir esponjoso el sentimiento acumulado de tantos años.

—Me sentí estafada por la vida —continúa Carme—. Me había dejado llevar donde los otros quisieron porque era lo que se debía hacer y así me lo pagaba el destino. Con los años, he llegado a pensar incluso que enloquecí un poco. Nunca habíamos tenido dinero nosotros, pero el seguro de la empresa donde trabajaba tu padre nos dejó la situación económica resuelta. Y empecé a pensar solo en mí. Y de verdad creía que estarías mejor a cargo de la abuela que al mío. Nunca creí que esto te podría haber hecho daño. Me daba la sensación que con diez años ya no me necesitabas. Estaba muy equivocada como con tantas otras cosas. Es algo que con el tiempo he ido comprendiendo al verte a ti tan amorosa con tus hijos, incluso ahora que ya son adultos. Estoy muy orgullosa de la madre en que te has convertido.

Carme se encuentra muy relajada entre confidencias, pero Marina necesita huir de allí, irse, tomar distancia con las revelaciones de su madre.

—Carme, voy a ir preparando la cena, ¿una tortilla de calabacín te apetece?

No sabe asumir el derroche de sinceridad de Carme y se marcha a la cocina, reprimiendo unas lágrimas que le lloran hacia adentro.

Quisiera volver con su madre y abrazarla fuerte.

Pero no puede.

—Me apetece mucho, hija.

Albons, 12 y 13 de enero de 2019

La cocina todavía conserva el aroma del conejo con gambas que dejaron ayer casi listo. Fuera hace mucho frío y mientras Carme está en la cocina pelando almendras para la picada que le falta al guiso, Marina acarrea con platos y vasos para poner la mesa del comedor.

Lluís Llach las acompaña con su Abril 74 y en la casa se respira un placentero ambiente afectuoso, acogedor y despreocupado. Hoy celebran el día de Reyes ya que Paula el seis de enero estaba con su madre en Barcelona. Jordi llegó ayer a media mañana y no tardó mucho en percibir el buen ambiente que se ha instaurado entre las dos mujeres.

—Marina, nena, ¿qué has hecho al final con el regalo de Paula, cómo lo has envuelto? —pregunta Carme mordisqueando frutos secos.

—Le he puesto un lazo rosa gigante y la he dejado al lado de la chimenea con el resto de regalos. ¡Carme! Qué las almendras son para el guisado. Y además estas están tostadas —le reprocha Marina afectuosamente.

—Lo sé, nena, es que no puedo parar de comerlas, ¡están buenísimas! Qué fantástica idea, hija. Adornarla con un lazo rosa. No deberían de tardar mucho en llegar, ¿verdad?

—¡Seguro que están al caer! —contesta Marina.

A los pocos minutos se escucha llegar un coche, pararse enfrente de la casa y tras el cerrar de puertas oyen a Paula.

—¡Abuela, abuela! —Paula, risueña y peinada con dos trenzas, entra deprisa a la casa por la puerta de la cocina buscando el abrazo de las abuelas y los regalos de los Reyes Magos.

—¡Hola, princesa! Ven a darme un beso. ¡Qué guapa estás! —le dice Jordi.

—¿A quién tenemos aquí? —pregunta Carme invitando a Paula a un achuchón abriéndole los brazos.

—¡Hola, abuela! —la saluda Paula lanzándose al regazo de Carme para acoger el abrazo.

—¡Qué olorcito más bueno!, vengo muerto de hambre —Marcel, que ha entrado detrás de Paula cargado con una bolsa llena de paquetes envueltos, busca tropezar con algo para masticar.

—¡Hola, cariño! —lo saluda Marina.

—¡Hola, mamá! ¡Hola, abuela!, perdonad que lleguemos casi a mesa puesta, pero nos hemos ido entreteniendo y al final hemos salido tarde de Barcelona —se excusa Marcel mientras agarra un puñado de almendras tostadas de las que Carme ha ido despellejando.

—No pasa nada, ¿queréis ver qué han traído los Reyes antes de empezar a comer? —dice Marina guiñando el ojo a su hijo.

—¡Sí, sí, sí! —emocionada, Paula no puede dejar de moverse y mirar por todas partes intentando descubrir algún regalo.

—Pues a mí me parece que dejaron algo para ti, a ver, ¿vamos a mirarlo?, esperemos a que llegue la abuela Carme —le dice Marina mientras la acompaña hacia el comedor cogiéndola de una mano.

—Sí, esperemos a la abuela... ¡Abuela! ¡Abuela!... Abuela, Carme, ¿qué no vienes? ¡Abuela! ¿Abuela? —grita Paula nerviosa y emocionada.

—Ya vengo, ya vengo —Carme aparece arrastrando los pies detrás de la muleta.

—¡Oh!, ¡una bicicleta!, ¡y de color rosa! —Paula, inquieta, intenta subir a su nueva bicicleta.

—¡Es una bicicleta de niña mayor!, mira que por aquí hay algún regalo más con tu nombre —le dice Marina.

—Es verdad y también hay para papá y para el tío Jordi —les descubre Paula atareada en buscar su nombre en todos los paquetes.

En la cocina, Jordi y Marcel se han servido una copa de vino y charlan mientras preparan la ensalada y Carme y Marina se han quedado jugando con Paula en el comedor.

—¿Quieres que te ayude? —pregunta Marcel a su hermano.

—No, ¿pero podrías preparar un poco de aperitivo?, estoy muerto de hambre —contesta Jordi.

—Claro, oye una cosa, ¿no crees que están muy bien este par?, no recuerdo nunca haberlas visto así —dice Marcel mientras las observa a las tres desde la cocina.

—Pues ahora que lo dices, sí. Sí que las veo como demasiado de acuerdo en todo, ¿no?

—Sí, sí. ¿A ver qué les dura? Oye una cosa —Marcel abre y cierra armarios mientras va charlando—, quería preguntarte algo, ¿a ver qué te parece? Pero primero, dime de dónde saco el aperitivo.

—En la segunda puerta de la despensa, en el estante del medio encontrarás berberechos y aceitunas rellenas y debajo hay bolsas de patatas fritas, ahhh..., y en la pared encontrarás algún fuet colgado. Y en el estante que tienes detrás encontrarás boles para ponerlo todo —le explica Jordi.

—Gracias, maestro... Escucha, lo que te decía. Carlota finalmente ha aceptado la beca y a finales de marzo se marcha como mínimo seis meses. Y he pensado que Paula podría pasar el verano aquí con mamá y la abuela. ¿Qué te parece?

—¡Ah! Pues me parece un planazo para Paula y a mamá le encantará la idea, estoy seguro. Y a la abuela también. Bueno, no sé si seguirá aquí en verano, en principio era para unos cuatro meses. Pero, claro está, si lo de hoy no es un espejismo igual se establece. La verdad es que estaría muy bien que arreglaran lo que sea que esté malogrado entre ellas —contesta Jordi.

Carme y Marina están bien divertidas jugando con Paula y sus juguetes nuevos en el comedor.

—Jordi, el caldo está preparado en la nevera, ¿lo pones en el fuego y le echas la pasta en cuanto arranque a hervir? Y al conejo solo le falta la picada. ¿Te ocupas tú de todo, cariño? —le dice Marina levantando el tono de voz para asegurarse que le escucha desde el comedor.

—Sí, mamá.

—Nene, la picada la tengo medio lista encima de la mesa —añade Carme.

Albons, inicios de primavera de 2019

Manuela canturrea mientras plancha ropa agradeciendo el calorcito que le llega de un estrenado sol primaveral cuando tropieza con el ventanal. Carme y Marina hoy han madrugado para ir a Barcelona al médico donde Carme tenía a primera hora una visita de revisión. Llegadas a Albons, Marina ha dejado a su madre en casa y se ha ido al pueblo a hacer unas compras.

—¡Manuela, buenos días! —Carme, que ya camina muy bien, tan solo llegar a casa ha ido en busca de Manuela.

—¡Hola, Carme! ¿Qué?, ¿cómo ha ido en el médico? —la saluda Manuela, risueña.

—Pues me han visto muy bien, tanto el traumatólogo como el del azúcar —contesta ella con un tono que a Manuela le parece que no se ajusta nada al mensaje y cara de malas pulgas de Carme.

—¿Y esa cara entonces?, no te veo yo muy entusiasmada con la noticia. ¿Has vuelto a discutir con tu hija?

—No, no, pero me han dicho que me muevo muy bien sin muletas y que puedo regresar a casa en cuanto quiera.

—¡Eso es muy buena noticia, Carme! —contesta Manuela levantando los brazos hacia arriba.

—Pues mira que he llegado a anhelar este momento, pero cuando el doctor me lo ha dicho me he entristecido mucho y llevo todo el camino de regreso dándole vueltas y... Es que estoy muy bien aquí.

Manuela no entiende a dónde quiere ir a parar Carme.

—Pues mucho mejor, ¿no? Entonces, ¿qué es lo que pasa?

—Manuela, por favor, dime con sinceridad que piensas tú, ¿crees que soy un estorbo para mi hija?

—Mujer, Carme, yo creo que no. Al revés, yo veo que os hacéis mucha compañía y yo creo que cada día os lleváis mejor. Además, que este verano, con la niña por aquí, le va a encantar tenerte, que le vas a poder echar una mano con la Paula. ¡Pero, habla con ella, mujer! —se explica Manuela sacando hierro al asunto.

—Sí, esto es lo que debería hacer, pero tengo miedo que me diga que prefiere que me marche —le contesta Carme.

Manuela la mira con cara de incredulidad.

—Y, sí, sí, calla. ¡Calla! Que la escucho llegar, ya hablaremos Manuela
—le dice flojito Carme cuando oye que se cierra la puerta de la casa.

—Vale, vale, cuando tú quieras.

—¡Hola! ¡Ya estoy en casa!

Albons, 21 de junio de 2019

La gratitud con que la tierra ha acogido las aguas primaverales se muestra en el jardín como una exultante explosión sensorial de colores y aromas. El equilibrio exterior, que va floreciendo de manera natural, va adentrándose poco a poco en la casa. Ha habido días de todo, pero cada vez los buenos son más y mejores y van dejando atrás el rencor amargo de las almas que la habitan. Madre e hija hacen un gran esfuerzo para ir reencontrando el amor de los momentos no vividos y los recuerdos no compartidos. Hoy están terminando de arreglar la habitación donde dormirá Paula que está a punto de llegar para pasar las vacaciones de verano. Le han comprado unas sábanas blancas con florecitas de colores bordadas y unos almohadones de colores. Marcel les ha mandado unas fotos que han puesto en marcos de colores y repartido por la habitación, han colocado alguno de sus juguetes y Marina le ha preparado un jarrón con flores que ella misma ha recogido del jardín esta mañana. Las dos mujeres están muy emocionadas por la llegada de Paula y van topando con cada cosa que se dicen. Desde la ventana pueden ver que ya han llegado y como Marcel descarga bolsas y la bicicleta del coche. Las dos bajan a recibirles.

—¡Hola a todo el mundo!, ¡ya hemos llegado! —saluda Marcel entrando en la casa.

—Hola, abuelas —las saluda Paula un poco mustia.

—Venía adormilada en el coche, hoy ha terminado el curso y ha sido un día repleto de emociones —les cuenta Marcel.

—¿Quieres merendar?, ¿tienes hambre?, ¿o quieres que vayamos a ver tu habitación? —pregunta Carme a su bisnieta.

—Carme, déjala, que su padre está diciendo que se acaba de despertar —dice Marina y Carme se retira cabizbaja y cuchicheando algo que nadie alcanza a descifrar.

—Bueno, ¡ya parecéis un matrimonio bien avenido! —les dice Marcel, sonriendo, contento de percibir ya más amor que malicia en sus palabras.

—¡Serás bobo, tú, también! —le dice Marina—. A Paula le hemos preparado tu habitación, nos ha parecido que le haría gracia. Cuando tú estés aquí puedes dormir con ella o en el estudio de tu padre. Si me subes

sus cosas ya las voy acomodando. Y después podemos cenar, ¿os apetece una buena ensalada y pan con tomate y jamón?

Marina, que ya estaba subiendo las escaleras, retrocede unos peldaños para hablar con su hijo.

—Escúchame, Marcel, ahora que Paula no está por aquí, sí que la he visto un poco amodorrada, ¿cómo lo lleva todo? —le pregunta asegurándose con la mirada que la niña no les pueda escuchar.

—Pues... —Marcel hunde ambas manos en los bolsillos y empuja hacia el fondo, como quien busca respuestas a preguntas que todavía no conoce—. Sí que está un poco extraña y tristona, también nos lo han dicho en el colegio. Añora mucho a su madre, con el cambio horario y lo atareada que está Carlota allá solo pueden hablarse el fin de semana, supongo que será esto. Y bueno, el otro día nos escuchó discutir por videollamada, no sé exactamente que oyó, pero después me dijo que mamá se había ido por su culpa. Y ya sabes que a mí no se me dan muy bien algún tipo de conversaciones y ya no hemos vuelto a hablar del tema. Lo he intentado, pero se cierra en banda. ¿A ver si aquí contigo se sincera?

Marina le responde con una sonrisa amable y le abraza fuerte.

—Seguro que nos viene muy bien a las tres, hijo.

Albons, 23 de junio de 2019

—Paula, ¿qué te parece si nos vamos un rato a la playa a darnos un baño y después nos comemos un helado? —le pregunta Marina.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!... ¡Qué buena idea has tenido, abuela!

—Pues venga, vamos a prepararlo todo. Le dejo una nota a Carme que cuando se despierte de su cabezadita, si no nos encuentra en casa, no se preocupe y nos marchamos.

—¿Podemos ir en el descapotable? —pregunta Paula con una sonrisa traviesa.

—¡Claro que sí! —sonríe Marina.

Después de comer, Marcel ha regresado a Barcelona y Paula, tras abrazarse fuerte al cuello de su padre y preguntarle repetidas veces si volvería a ir el fin de semana, se ha quedado ensimismada mirando dibujos en el televisor.

Cargan la bolsa con las cosas de playa en el Mehari color naranja y Paula ya lleva una sonrisa vistiéndole la cara.

—¿Abuela, tú también te bañarás?

—Claro que sí, a ver si el agua no está muy fría.

Son las seis y media de la tarde y el paseo de Sant Martí d'Empúries a l'Escala empieza a recuperar la tranquilidad de entre semana. Todavía no hay demasiados veraneantes y los de fin de semana ya han empezado a regresar a sus rutinas. Abuela y nieta se han bañado y después se han sentado en la orilla a hacer un castillo de arena. Marina está contenta de poder disfrutar del verano con Paula y le da la sensación que ha conseguido que olvidase un poco lo que sea que le tiene la mente ocupada. «Los niños no deberían sufrir por sus padres», piensa y no puede evitar recordar sus noches de niñez, cuando no entendía nada de lo que pasaba a su alrededor y lloraba a escondidas cuando nadie la podía escuchar.

—¿Qué, Paula, te parece que vayamos a tomar un helado? —propone cuando ya empieza a coger frío.

—¡Sí, sí, sí! ¿Me lo dejarás comer de chocolate y vainilla, abuela? Papá no quiere que coma chocolate por la tarde.

—De lo que tú quieras —sonríe agradeciendo la sinceridad con que los niños se enfrentan a la verdad—. Será nuestro secreto, ¿qué te parece?

—¡Ja, ja, ja, vale, abuela!

—Pues nos secamos y nos vamos al chiringuito ese de allí, cariño.

Marina ha abrazado y frotado suavemente a Paula con la toalla y ahora la está ayudando a vestirse.

—Abuela, este pañuelo tiene unas flores muy bien pintadas y muy bonitas.

—¿Te gusta?, me lo regaló tu abuelo —acerca la mejilla al pañuelo y lo olisquea con añoranza y tristeza pensando en que Pau se pierde también estos momentos con su nieta que le robó el corazón.

—Me gusta mucho, ¿me lo dejarás cuando sea mayor?

—Claro que sí, cariño. Te lo regalaré —le dice Marina besándola en la frente.

—¿Qué hay para cenar, abuela?

Ahora ya, sentadas en el Gambo, Marina ve de lejos al mismo hombre que vio en el Hostal el día de Sant Esteban. Hoy está solo y no puede evitar que le recuerde a Pau otra vez. «No debe de ser un turista si vuelve a estar aquí» se dice. Él le ha percibido la mirada y ahora la observa fijamente. Marina se la aguanta unos segundos, más porque tiene el pensamiento absorto ni ella sabe dónde que por lo que pueda parecer un intento de flirteo. Cuando se da cuenta, él está ya acercándose hacia la mesa y ella baja la vista, ruborizada también hoy. Siente su presencia pasarle por el lado y alejarse por el paseo y no entiende el porqué de esa sensación de alivio que le ha quedado.

—Abuela, ya he terminado y tengo frío y pipí. ¿Podemos ir para la casa? —Paula, que tiene más helado derramado por el vestido del que debe haberse comido, regresa a Marina de donde fuera que la habían llevado sus pensamientos.

Otra vez en casa, Marina recoge la bolsa y pone a secar las toallas de playa. Se da cuenta de que no encuentra por ninguna parte el pañuelo que le regaló Pau. «Me lo debo haber dejado en el coche» piensa.

Está a punto de salir para buscarlo cuando Carme la llama.

—¡Marina, nena! Quizás que empecemos a preparar la cena que Paula hace un rato que me dice que tiene hambre.

«Tanto da, no va a llover, ya iré más tarde».

—Sí, sí, ya vengo.

Albons, madrugada del 28 de junio de 2019

Paula se ha despertado atemorizada en una cama desconocida, está fría y mojada. Se levanta y se acerca al pasillo, allí la acoge un olor dulce y familiar que la reconforta, pero está tan asustada que incluso su misma sombra, la que le refleja la luna entrando por las ventanas, la petrifica. A tientas, baja las escaleras y se acerca a la habitación de la abuela Carme.

—Abuela, abuela... —chilla flojito Paula arrancando un llanto temeroso y avergonzado.

—Cariño, ¿qué te pasa? —Carme ha conseguido disimular el sobresalto de encontrarse a Paula de pie enfrente de su cama—. ¿Estás bien, bonita? Ven y cuéntame que te pasa preciosa.

—Tengo miedo y se me ha escapado el pis —dice cuchicheando entre sollozos—. Y tengo frío.

—Ven, ven, sube a la cama que voy a buscar algo para limpiarte y te quedas a dormir aquí conmigo. ¿qué te parece?

—Vale, sí —responde, todavía en medio de algún lamento.

Carme abraza a su bisnieta y le acaricia los cabellos que guardan el aroma de la inocencia.

—Duerme, preciosa, duerme.

—He tenido una pesadilla, abrázame fuerte, abuela y agárrame la mano.

—Sí, cariño, ahora duerme y descansa. Yo no me voy a mover de tu lado y ningún temor osará acercarse. Descansa, descansa —le musita flojito al oído.

A Carme le viene a la memoria una mañana de domingo muchos años atrás. Narcís hacía un par que había muerto y ella había empezado una relación con otro hombre, casado y con una hija y llevaban el festejo a escondidas de todo el mundo. La noche anterior había salido con ese hombre y no hacía muchas horas que se había metido en la cama. Marina debería tener algo importante que contarle, no lo supo nunca más. Le saltó a la cama a despertarla «Mamá, mamá, mamá» y solo se recuerda a ella gritando, «¡alguien puede sacarme a esta niña de encima!», y girar la cabeza para esconderla debajo de la almohada e intentar conciliar de nuevo el sueño escuchando los pasos acelerados de su hija corriendo por el

pasillo y gritando a su abuela. Había olvidado ese episodio. Ahora estremecida por el recuerdo y con Paula en sus brazos puede imaginarse a su hija. La percibe sufriendo, llorando, le ve en los ojos esa misma mirada vacía que todavía ahora le encuentra tan a menudo. Y abraza más fuerte a Paula, su bisnieta, intentando retener a la Marina que no quiso ni escuchar.

Las despierta un sol deslumbrante que tropieza con la ventana y las encuentra abrazadas.

—Abuela, abuela, ¿he dormido contigo toda la noche? —dice Paula contenta.

—Pues me parece que sí. ¿Has dormido bien a mi lado?

—¡Muy bien! Pero... Abuela... Roncas mucho...

—Ja, ja, ja... ¿En serio? La abuela Marina ya me lo había dicho y yo no me la quería creer, ja, ja, ja —contesta Carme carialegre.

—Abuela, hoy llega mi papá, ¿verdad?

—Sí que viene tu padre, cariño. Esta tarde —le dice Carme mientras la abraza fuerte y le da un beso en el cabello y agradece al mundo y a la vida haber recibido este regalo.

Albons, principios de julio de 2019

El sol empieza a rezumar, lo veo esquivando las hojas de mimosa que tengo enfrente de la ventana, para venir a toparme. Todavía debe de ser muy temprano. Hacía muchos días que no dormía tan bien y la sensación de placidez que me escucho se me hace muy extraña, como un recuerdo de adolescencia, cuando las hormonas y la indiferencia me hacían dormir como un lirón. Perezosa me remuevo dentro de la cama. Este momento del día, cuando el fresco todavía entra en la casa es maravilloso. Escucho mi respirar y el cantar de los pájaros. Mmmmmm, ¡qué hambre! Una ducha rápida y me iré andando al Hostal y desayunaré allí.

Dejo una nota a Manuela informándola que me he marchado y saco la cabeza en la habitación de Paula y no está. «Ya ha vuelto a acostarse con Carme». Una sonrisa se apodera de mí. Cuán huidizos son esos momentos y cómo se le abraza, fuerte, la bisabuela, para no dejarlos escapar.

No puedo recordar ningún momento así, mío con ella. Pero me colma de felicidad descubrirlos aquí.

Hoy el sol apretará fuerte, apunta que tendremos un verano bochornoso. «Como nos preocupa a los humanos el tiempo a medida que nos hacemos mayores y tenemos tan pocas cosas que hacer», pienso mientras ando a paso ligero camino de Sant Martí d'Empúries. Cuán diferente puede ser un día si he podido dormir bien. Cómo me puede llegar a condicionar la existencia durante el día cómo haya pasado la noche.

Hoy también está allí sentado, frente al mar.

Hoy también parece mirar al infinito.

Desde ese primer día, aquí mismo, su recuerdo me reviene cotilla e imprevisto, me ocupa el imaginario inesperado y me sorprende a mí misma descubriéndome una sonrisa que me nace en el corazón y me termina en el rostro, enderezándome los labios y llevándome esperanza a la mirada.

Hojeo sin ver nada en las páginas de un periódico que estaba dos mesas tras la suya. Quiero tomarme el café y concentrarme en la lectura, pero el alma quiere y padece y la curiosidad, tozuda ella, no puede dejar de contemplarle.

Desayuna con hambre y sin prisa, con ademán elegante, mueve los cubiertos tal que danzasen, con un ritual perfecto, fruto de muchos años de comidas comprometidas. Servilleta tendida sobre las piernas entrecruzadas, está comiendo unos huevos planchados con verduras salteadas, parece que las oigo crujir cuando le entran en la boca y las mastica. Se reclina en la silla. Se limpia delicadamente con la servilleta y, sosegado, saborea la comida con la mirada fija al frente.

Quisiera adivinarle el pensamiento.

Anhelo que le ronda por la cabeza a este desconocido que me ha robado la serenidad del alma regalándome un deseo caprichoso que se me presenta arbitrario, estorbando la quietud despreocupada de mi vida cuando me da la sensación que empieza a apaciguarse.

Encima de la mesa una novela en francés, *Le carnet d'or* de Doris Lessing.

Me gusta...

Y en la silla de al lado, un capazo de mimbre con asas de piel del que sale un tronco de apio, una lechuga y una edición del *The New Yorker* bastante reciente por la ilustración de la portada.

Y recuerdo aquel primer día...

Se nos iban encontrando las miradas, buscándose perdidas y fascinadas. Finalmente se levantó y me dirigió una tímida sonrisa, medio despedida medio saludo, que no supe acoger y una actitud pubescente y pusilánime me sonrojó las mejillas haciéndome al mismo tiempo bajar la cabeza. Entonces vestía unos vaqueros viejos, como los tuyos, de aquellos que de tan usados parece que no los llevas, que al levantarse le cayeron parándose en el hueso de la cadera insinuando un vientre plano que lucía orgulloso y despreocupado como conjunto poco crédulo de una mata de cabello denso, blanco, corto y brillante, barba de un par de días y una bufanda de cashmire cubriéndole el cuello, también como la tuya, que me regaló el recuerdo de tu aroma.

Huyo de la memoria. Intento centrarme en el periódico y terminarme el café pero no lo consigo.

Debe de rondar mi edad, algo más joven quizás, pero no demasiado.

Le imagino una voz grave y profunda que no regala palabras a la fortuna del impensado.

Se ha pedido un té verde.

Me ha visto cuando se ha girado buscando al camarero.

Se levanta.

Viene hacia mí.

Yo, cabizbaja, simulando estar inmersa en la lectura, espero que no se percate que estoy en la página de anuncios gratuitos; percibo su presencia, incomodándome, parada delante de mí.

—¿Creo que esto es suyo? —levanto la vista del periódico y el sol me alcanza, y le respondo sin poder verlo bien y la situación me hace sentir un poco absurda.

—¿Perdón? Hola. Síiiiiii. ¿Cómo ha llegado a...? No entiendo nada... Pero, sí... Bueno, ¡gracias!

—Hace unos días estuvo aquí con una niña y se lo dejó olvidado.

—¡Sí! ¡Gracias! —retira la silla para liberar a los ojos del sol.

Del capazo ha sacado el pañuelo de seda antiguo que Pau me regaló. Mientras me lo ha acercado no he podido no fijarme en sus manos, grandes, venas marcadas cubiertas de pelo blanco, uñas cuidadas en unas manos que imagino llenas de historias. El sol todavía me deslumbra un poco, pero le adivino unos ojos claros y pequeños. Tiene una mirada que está buscando donde pararse. Y habla un catalán afrancesado, con una voz profunda y penetrante, arrastrando algunas letras.

—Me llamo Alex.

—Marina, encantada.

Le acerco la mano, que él esquiva, mientras se agacha para darme dos besos.

—¿Vive por aquí?, la he visto ya unas cuantas veces —dice Alex luciendo una exquisita sonrisa.

—Sí, por favor, tutéeme, sí, bueno, vivo en Albons. ¿Y usted? Bien, ¿y tú?

—Yo en Viladamat.

—Pues hablas muy bien el catalán, «qué típica y tópica has sonado ahora Marina» me digo a mí misma, «él tan guapo y tú tan ridícula».

—Hace ya trece años que vivo aquí —dice apoyando una mano en la silla, insinuando que le invite a sentarse.

—Ah... Disculpa, no te he invitado a sentarte, ¿te apetece?

—Será un placer —contesta él.

Mientras arrastra la silla para hacerse un sitio en la mesa, solo soy capaz de mirar hacia abajo «¡Venga, Marina! ¡no seas boba!».

—¿Te apetece tomar algo? —pregunta ella mientras el camarero se acerca a servirle el té que se acaba de pedir.

—Gracias, acababa de pedirme un té.

—Y así que hace trece años que vives en Viladamat, ¿dices? —no sabe qué decir y va jugueteando con el vivo de la servilleta que tiene entre las manos.

—Sí. Pero tú tampoco eres de la zona, tienes un catalán de...

—De Barcelona, pero ya hace unos años que nos fuimos, bueno, que me instalé aquí, en Albons.

Se terminan lo que tenían a medias entre silencios, cierto pudor, frases cortas y monosílabos.

—¿Te apetece pasear un rato?, en breve el calor será insoportable —propone Alex.

—Pues, no voy muy bien de tiempo, pero, sí, de acuerdo —no sé por qué miento—. He venido andando, ¿si te parece bien, puedes acompañarme un poco de regreso? —«¿que extraño esto, nos acabamos de conocer y me propone dar un paseo?», pienso para mis adentros. «Y yo, ¿le he dicho que sí? Debe ser una costumbre francesa».

—Será un placer —se apresura a contestar él.

Charlando de las banalidades más absurdas, llegan al camino de entrada a la casa.

—Bueno, ¡yo me quedo aquí! —no sé cómo ponerme, ni cómo mirarlo, no sé si darle la mano o acercarme para darle dos besos. No sé nada ahora mismo.

—Ha sido un paseo muy agradable —él me saca de la incertidumbre y me da dos besos que me acercan a un olor que me gusta, que acojo agradecida de que me libere del absurdo donde me encontraba.

—Sí, gracias por acompañarme. Ahora tengo que irme para la casa.

—¿Nos vemos otro día?

—Sí, bueno, seguro que volvemos a encontrarnos.

Estoy hecha un verdadero lío, no entiendo qué me pasa, me gusta mucho este hombre, ya no me acerca al recuerdo de Pau. No quiero enredarme con nadie. Siento que empiezo a recuperar la calma, he perdonado a Pau, es así, ¿verdad? Cada día me llevo mejor con mi madre, estoy tranquila, como hacía mucho tiempo que no me sentía. Lo único que

me turba son esos nuevos ojos que me miran y con los que me encuentro fantaseando cada vez que dejo al inconsciente volar.

Pero añoro a Pau, todavía es mi último pensamiento al dormirme y el primero al despertarme.

«¿Sí? ¿Es así?».

L'Escala y Aiguablava, inicios de julio de 2019

—¿Te apetece que vayamos a comer el mejor pescado a la brasa de la zona? —es lo que le había propuesto Alex para invitarla a comer.

Hace un par de días se encontraron por l'Escala, se sonreían tímidamente de lejos mientras se iban acercando. Él la miraba fijamente. Ella no podía aguantar fijos sus ojos, mirones y pequeños, y desviaba los suyos buscando nada dentro del bolso y algo que decir en la mente.

Se dieron dos besos y Alex le propuso ir a comer juntos.

—¿Quizás pasado mañana te iría bien?, ¿te recojo en Ca la Nati?

Han ido al Toc al Mar, en Aiguablava. Es un bochornoso miércoles de julio y están sentados a cobijo del calor, bajo la sombra del porche. Ella tiene la inmensidad del mar delante, de una belleza escandalosa, y que a pesar de conocerle bien cada rincón nunca ha dejado de sorprenderla.

Pero no puede mirar el mar.

Van sorteándose las miradas mientras se rompe el hielo. El trayecto en coche les ha ido acercando, pero ahora, sentados uno enfrente del otro la incomodidad supera la excitación. Se les encuentran los pies debajo de la mesa, agitándolos por dentro, a cada roce, en un danzar pausado, tímido y huidizo.

—Pide lo que quieras, todo me parece bien —le ha dicho Marina.

—Pues, si te parece bien, podemos hacer...

Se ha puesto las gafas para ojear la carta y está provocadoramente atractivo, piensa ella.

—Tártar de tomate y cebolla con bonito —empieza a recitar Alex—, requesón de Ullastret con anchoas y olivada, pulpo y gambas de Palamós a la leña de encina, y un poco de coca de cristal con tomate —y suelta la carta encima de la mesa.

Ahora se ha sacado las gafas y mordisquea una varilla y se la mira. Marina se enciende por dentro y hacía tanto tiempo que no se sentía así que le cuesta encajarlo. Traga saliva y hace un esfuerzo para no dejar de mirarlo.

—Para beber un blanco, Milmanda, ¿lo conoces? —dice Alex, satisfecho con su elección.

—Cómo... Sí... No, creo que no —contesta Marina regresando de la ausencia donde se había evadido unos instantes.

Al poco les llegan los platos y comen envueltos en un cómplice silencio salpicado de miradas tímidas y esquivas.

—Todo es exquisito, Alex. Ha sido muy buena idea venir hasta aquí a comer. Y no hemos tenido que hacer demasiada cola para aparcar —dice Marina.

—Es uno de mis restaurantes preferidos, vengo bastante, sobre todo, fuera de temporada. Entonces todavía es mejor.

Toma un trago de vino de su copa. Es extraordinario, sabor a fruta madura, con notas de coco, canela y trufa. No puede evitar que Pau le venga a la mente cuando paladea el vino, lo siente frío cercándole la boca, surcando el paladar para encontrarle los referentes. Él le enseñó a hacerlo. Tiene a Pau en el pensamiento y mira a Alex. Y le gusta Alex. Todo lo que ahora mismo la rodea le suscita recuerdos felices con él. Pero tiene a otro hombre delante y la excita. Lo mira chupar las cabezas de las gambas lamiéndose después los dedos y resiguiendo con la punta de la lengua los labios para no dejarse perder nada de ese sabroso elixir.

Con un ademán elegante y bello.

Le gusta mucho Alex.

Se da cuenta de que quiere echar a Pau de sus pensamientos, rodeada de tanta delicia a la vista le ronda la idea de que le está siendo infiel.

«Vaya mierda, Marina» se dice.

No está dispuesta a permitir que la tristeza que le produce este enfrentamiento le estropee la cita y traga adentro, con contundencia, el vino que arrastra no sabe muy bien que parte de Marina, pero la que se queda decide disfrutar del momento. Y mañana será otro día.

—Yo también acostumbro a venir a menudo. Uno de mis hijos es cocinero y también es uno de nuestros restaurantes preferidos. Bueno, paraje. La cocina le hace justicia al entorno —dice ella, ahora sí, enfocando la mirada al infinito.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Dos, Marcel y Jordi, y una nieta, Paula, hija de Marcel —a pesar de que la incomoda hablarle de su vida privada se ha sentido orgullosa de su dinastía.

—¿Y... estás divorciada?

—No, soy viuda —ha buscado su copa para vaciarla de un trago—. Desde hace cuatro años... pero si no te importa prefiero no hablar... —la incomoda mucho ese momento, no quiere que sea Alex quien regrese a Pau. No.

—Tranquila, lo entiendo perfectamente —Alex le busca la mano, pero ella lo esquivo sin entender muy bien porqué.

—¿Y, tú, de qué región de Francia eres? —pregunta ella buscando un nuevo tema para continuar la conversación.

—¿Francia?, ¡no!, soy belga, de Gante —contesta sonriente.

—Ostras perdona, quizás ya me lo habías incluso contado.

—Creo que no, pero no pasa nada. No eres la primera persona que se confunde, estoy acostumbrado.

—¿Y tú, tienes hijos?, ¿estás divorciado? —acabando la pregunta se da cuenta de lo poco consecuente que ha sido.

—No y no, y si te parece bien también prefiero dejar el tema para otra ocasión —le contesta Alex vaciando su copa de un solo trago.

Marina siente que están en igualdad de condiciones. Él también guarda una parte de su pasado que ahora mismo no quiere compartir con ella.

Transcurre la tarde en compañía de otra botella de Milmanda y unos quesos y dulces que han elegido para postres. El vino ha ido ahuyentando el apocamiento cambiándolo por una excitación febril y desconcertante. Se han quedado charlando mientras en el restaurante preparan las mesas para el turno de noche. La brisa mediterránea, que hasta el momento les ha acompañado, empieza a enfriar el ambiente.

—Son ya las siete y media pasadas. ¿Y si regresamos? —dice Marina mientras desvía la vista al teléfono que ha sacado del bolso después de rebuscar a tientas.

—Como tú quieras. Me ha gustado mucho pasar este rato contigo. ¿Nos volveremos a ver?

—¿Por qué no? —contesta ella, ahora sí, mirándole a los ojos.

Suben despacio la cuesta hacia el aparcamiento, el uno junto al otro, sus cuerpos se van tocando al azar de cada paso dejándoles ganas de más.

Hace doce años murió su madre, cuando su padre ya llevaba dos fallecido. Entonces Alex dejó Gante para ir a Viladamat. Ya no le quedaba ningún vínculo en Bélgica y decidió marcharse. En aquel tiempo tenía una empresa de cosmética, pequeña, pero que lo había convertido en un

hombre bien acaudalado e independiente, por la que ya había recibido más de una y muy tentadoras ofertas de multinacionales que la querían comprar. Con su padre fallecido, la empresa que había levantado solo ya no tenía ningún sentido, y sin su madre, su vida allí solo le podía conducir a una absoluta autodestrucción. L'Empordà le había robado el corazón en su juventud y cuando se planteó un cambio de vida lo único que tenía claro era dónde se establecería. Lo vendió casi todo y se marchó. En Bélgica dejaba algunos parientes próximos y lejanos con quienes no mantenía casi relación. Y muchos compañeros de copas y amantes esquivas. Y a pesar de que él no lo sabía, también abandonaba la esperanza que algún día tuvo de ser feliz. Ahora es un hombre maduro, que aparenta ser más joven de lo que es, a quien los excesos de la noche no parecen haberle dejado huella en el físico y las horas de deporte lo han abonado a una madurez más que deseable. Alto y guapo, un vivo ejemplo del hecho que a algunos hombres los años le otorgan al físico todo lo que le quitan a la mayoría de mujeres. Respira elegancia en cada poro, en cada gesto y a cada paso que da.

Cultivado en la cultura del saber estar y de hacer siempre lo que esperan de uno y acogido en la tardanza por los aires de l'Empordà, representa un exquisito equilibrio entre la chaladura y el acatamiento. De aspecto siempre desenvuelto, viste un desorden que por sabroso parece premeditado. Cada mal pliegue de su ropa, todas las arrugas parecen hechos, al caerle encima, como un gracioso accidente a cualquier vista.

Compró una pequeña ruina a dos kilómetros de Viladamat, la amplió, reformó y decoró con la misma exquisitez azarosa que él luce. Y la convirtió en un hogar, vacío, pero aparentemente acogedor donde reunir todos los trocitos de su ser.

Baix Empordà, julio de 2019

La ha acompañado hasta su casa. Dentro del coche ya detenido no saben qué decirse, se les han acabado las palabras y se despiden entre miradas esquivas, sonrisas pudorosas y un beso en la mejilla vislumbrado en medio de vacilaciones.

No han caído ni en intercambiarse los teléfonos.

Alex se ha dado cuenta empezando a deshacer el camino de entrada a la casa de Marina. Ha pensado en retornar y llamar al timbre, pero: «Y que haré?, me ha dicho que vive con su madre».

Y se ha marchado.

Marina ha saludado a Carme, le ha dicho que está agotada y que se va a dormir. Y se tumba en la cama a recordar momentos acabados de vivir. Cuando se despierta, la mañana del día siguiente, duda si se ha dormido pensando en Pau o en Alex. Y esta duda la inquieta muchos días más. La asalta desde su interior cada mañana y no entiende del todo porqué, como si muy profundamente le naciera la necesidad de no dejar alejarse a Pau.

Todavía perezosa, en la cama, se encuentra en el espejo y se descubre radiante, como hace mucho de tiempo que no se ve. Deleitándose con su imagen, sonriendo a lo que le parece un espejismo, cae en que se han despedido sin intercambiarse los teléfonos.

Los dos han ido condicionando sus actividades diarias a encontrar al otro. Finalmente se cruzan un día yendo en coche, cada uno conduciendo el suyo, en la rotonda de entrada a l'Escala. Marina le ha pasado por delante y lo ha visto, y él también. Se les encuentran las miradas unos instantes de segundo y el corazón parece quererles salir del cuerpo. Ella ha tomado la salida hacia las ruinas y él la ha seguido. Han aparcado donde han podido —en julio está siempre lleno a rebosar— y se van buscando entre los techos de los coches, nerviosos, emocionados y excitados. Cuando se encuentran se dejan atrapar por un abrazo guardándose en él unos segundos, quizás minutos. Mudos, sintiendo el palpitar del otro, atiborrándose de su olor. Ajenos a todo.

—Estás preciosa, Marina —le dice Alex al oído—. ¿Vamos a tomar algo a un lugar fresquito y tranquilo? —propone cuando han conseguido separarse el uno del otro.

—Me has leído el pensamiento —contesta Marina con una sonrisa sonrojada.

Cómo le gusta escuchar este catalán impoluto, repleto de consonantes arriadas.

No hablan del pasado. Tampoco del futuro.

Se van descubriendo poco a poco; conversan sobre sus gustos comunes y se muestran artistas, músicos y autores que les son desconocidos. Viven el presente; se sienten a todo placer el uno con el otro; quedan para comer y se regalan la vida descubriendo juntos restaurantes, vinos y comidas.

Y no parece que les preocupe nada más.

Marina ha conseguido no compararlo con Pau. Aquel parecido en la apariencia casi desapareció del todo el día que le escuchó la voz, hablando un catalán de libro que arrastra las eses y algunas otras letras y que salpica más o menos, dependiendo del día, de extranjerismos sacados del francés. Cualquier otra reminiscencia con Pau se ha ido perdiendo con el trato.

Alex quiere conocer su opinión para todo y después le pregunta qué le ha parecido cada cosa por insignificante que sea. Es prudente y respetuoso y a ella cada día le gusta más. Vive inmersa en un enorme dilema. ¿Quiere arriesgar por alguien el estado de sosiego al cual ha conseguido llegar? ¿Quiere abandonar de una vez por todas el pavor con que ha afrontado siempre la vida?

Él está cautivado por Marina, le gusta todo de esta mujer que no le quiere por su dinero, a quien gusta tal como es, sin conocer nada de su pasado. ¿Será capaz, de una vez por todas, de enfrentarse a sus miedos, de afrontar todas sus carencias y lanzarse al abismo del amor verdadero? No se cree apto de conseguirlo, pero anhela la fragilidad aparente de este ser que está convencido que esconde una mujer poderosa. La tiene siempre en los pensamientos.

Han llegado al punto de dar un paso adelante, tienen que adentrarse en sus vidas adultas y deshacer maletas juntos: compartir lo que les ha hecho felices con otros, comprender el amor que han recibido antes de conocerse y el que les ha hecho sufrir hasta sentirse morir; adivinar cómo han construido de la nada la vida, una y otra vez, siempre que el destino les ha hecho pedazos. Ninguno parece dispuesto a dar ese paso. Están cómodos en el presente, se lo construyen cada día a medida y lo exprimen hasta no poder más, disfrutando de todo, sin pensar en el mañana. Los dos saben,

que aquello no va a ninguna parte, ya no son dos adolescentes y hace falta afrontar una actitud consecuente.

Finales de julio de 2019

«No consigo recordar como quedamos. El último día nos encontramos en l'Escala para comer juntos. Y todo fue bien, como siempre, ¿quizás dije algo que le molestó? Me dejó en casa como tantas otras veces, ¿me dijo que me llamaría o quedamos en que le llamaría yo? Que más da. ¡No, que más da, no!, Marina».

Madre e hija se dirigen a Barcelona en coche. Carme tiene revisión con el médico y le tienen que hacer un montón de pruebas. Han salido de Albons a media mañana. El calor es sofocante y Marina se pelea con sus pensamientos y una singular sensación de desdén y vacío por el comportamiento de Alex que no logra comprender ni ubicar.

—¿Y qué vas a hacer?, me dejas en el hospital, ¿y qué?, ¿qué harás?, ¿has quedado con alguno de los chicos para comer?, ¿tú te acuerdas de si tengo primero traumatólogo o la doctora de la diabetes? Marina, Marina, hija, ¿dónde estás?, ¡Marina!

—¿Cómo?, perdona Carme, me había ido de aquí ahora mismo... —gira la cabeza hacia su madre unos instantes y la mira.

—¡Ni que lo digas y bien lejos que estabas! ¿Estás bien, hija? Hace un par de días que te noto muy mustia. Y, bueno, ya me explicarás algún día con quién andas tanto a comer y cenar.

—Carme... Sí, estoy bien, pero no de muy buen humor, por favor, deja de meterte en mi vida —le habla sin dirigirle la mirada en ningún momento y con un tono ingratamente esquivo.

—Ay, nena, perdona, solo que me preocupo de verte así y...

—¡Pues no te preocupes! Estoy bien, ya te lo he dicho —se siente mal por haber hablado así a su madre.

—Y así, ¿qué?, ¿comerás con los chicos? —insiste Carme.

—No... He quedado con Joana —ahora sí la mira y le dedica una sonrisa.

—Ah, ¿y cómo está?

—Bien, como siempre. Ya la conoces.

Hace cuatro días que Alex no da señales de vida, no le devuelve las llamadas ni le responde los mensajes y ella ya se ha cansado de insistir. Pero no entiende nada, no puede colocar en ningún sitio el porqué de este

silencio, doloroso y repentino, no le encaja con ningún hecho y no le pertenece a Alex esta actitud, tan infantil, piensa ella. Pero también se da cuenta que su relación siempre ha sido así.

Barcelona ya empieza a estar vacía a estas alturas del verano. Llegadas a su destino, Marina entra en el aparcamiento del hospital.

—No hace falta que me acompañes hasta arriba, déjame en la puerta y ya voy sola.

—No te preocupes, Carme, que voy muy bien de tiempo y me quedo más tranquila si confirmamos todas las visitas y horarios antes de irme. Y prefiero dejar el coche aquí en el aparcamiento y moverme andando o en taxi.

—De acuerdo, tienes razón, quizás será lo mejor. Gracias, hija.

En Barcelona el calor se te pega en la piel, parece que el asfalto tenga que deshacerse y, a pesar de que le apetecía ir dando un paseo al encuentro con Joana, finalmente decide ir en taxi.

—He conocido a un hombre —solo sentarse en la mesa Marina le suelta la bomba a Joana.

—¿Cómo? —Joana deja caer el bolso en el suelo y acerca la silla a la mesa centrando toda la atención en su amiga—. ¿Cómo dices?, ¿esto sí que no me lo esperaba!, ¿y qué?, ¿cómo es?, ¿y dónde lo has conocido?, ¿y cómo...?, ¿y cuándo? Hija, con esta vida casi monacal que me llevas —se la mira de arriba abajo y se le escapa una sonrisa—. ¡Ya decía yo que te veía muy radiante!, es que el sexo hace maravillas en la piel y...

—¡Joana, para ya por favor! Si te lo explico —respira profundamente antes de continuar—, a ti y ahora es más porque no sé si vamos hacia adelante, nos hemos puesto un punto y final o que coño pasa que no entiendo nada.

Marina se desmenuza en un llanto.

—Mujer, ¿y qué pasa? —Joana le sujeta ambas manos.

Se lo explica todo, desde el primer día que hablaron y cómo se siente, y todo lo fantásticamente bien que han estado hasta hace nada y su desconcierto actual.

—Marina, dale tiempo, mujer. ¿No tendrás alguna foto por ahí? Qué me tienes muy intrigada —no puede reprimir la curiosidad y más tratándose de Marina que siempre ha sido mucho más exigente que ella.

—Alguna, sí —Marina busca su teléfono en el bolso y hace una selección para mostrársela a Joana.

—¡Niña, este tipo está buenísimo! —exclama Joana.

—¡Joana! —pone los ojos en blanco y mira hacia arriba cuestionándose ya si ha hecho bien contándoselo todo—. En fin, no lo he hablado antes con nadie, ni con Jordi y necesitaba desahogarme, no sé dónde irá a parar, me gusta mucho Joana. Y no sé si quiero sufrir por más cosas. Hasta hace muy poco ni recordaba que existía un sexo opuesto. Imagínate pues, poder plantearme conocer a algún hombre. Y ahora me encuentro sufriendo por uno que no me lo saco de la cabeza, que hemos pasado momentos fantásticos y ahora, pues ha desaparecido, es cómo si la tierra se lo hubiese tragado... Estoy hecha un lío, Joana, y me parece que me estoy enamorando y no sé si quiero volver a sufrir por ningún individuo, no estaba dispuesta. Si todavía no nos hemos acostado.

—¿Cómo? —abre unos ojos como platos y se atraganta con lo que estaba masticando—. ¿Pero cuánto hace que dura esto vuestro?, ¿quizás es esto lo que le ocurre?

—¡No seas bestia, Joana! —exclama Marina que nunca deja de sorprenderse por su amiga.

—Bestia no, guapa, esto es lo primero que tienes que tantear con un hombre, ¿y ahora qué? Imagínate que os arregláis, seguís adelante y os vais a la cama y él, ¿cómo se llama?, Alex, todo lo que tiene de tío bueno lo tiene de malo en la cama, ¿qué?, ¿qué harás entonces?

—A ver Joana —Marina se rehace, medio incordiada con Joana y sus alusiones—, ¡qué no te lo he contado todo para recibir tus consejos de *femme fatale*! Yo prefiero ir despacio en según que temas.

—De acuerdo. Aparquemos los temas de alcoba... Pero déjame decirte una cosa —se recoloca bien en la silla—. Solo una. Lo que no puede ser es que seas su títere y no te enfades, ¿eh? No quiero discutir contigo. Pero te tienes que hacer valer, te tienes que valorar tú más. Has sufrido mucho hasta superar la muerte de Pau, y mira, parece ser que también te has salido bastante bien de todo el asunto de los correos electrónicos y la amante. Pues hasta aquí, ¿eh? Decide tú cómo quieres que sea de ahora en adelante.

«Decide tú cómo quieres que sea de ahora en adelante».

Marina está sentada en la sala de espera del hospital esperando a Carme. Y da vueltas a la conversación con Joana. Y se da cuenta que tiene

razón. Que siempre ha sido el títere de alguien y se promete no dejar que esto vuelva a suceder.

Albons, finales de julio de 2019

«Olfateo el mar.

Tú hueles a mar.

Percibo tranquilo el oleaje y lo palpo con los dedos de los pies cuando las olas me vienen a romper.

La brisa nocturna me eriza la piel cuando suspira algo más intensa.

Me acaricias el cabello, debes de estar sentado y descanso la cabeza en tu regazo y miro hacia la inmensidad azul, miro al mar ir y venir, partir golpes de olas en mis pies, en los muslos desnudos que reposan en la arena húmeda y tibia. Es negra noche, pero guarda el recuerdo de un día cálido en cada grano.

Me siento acogida.

Me giro y te miro, tú miras hacia las estrellas, el cielo está repleto. ¿Dónde estamos? Te atraigo la mirada y me sonríes, sonrisa ligera y cómplice, pero no me dices nada y yo quedo feliz, contemplando ahora los dos el cielo estrellado. La luna luce pequeña y la noche oscura y, percibo más que veo tu cuerpo, lo siento con la exactitud que me ha regalado la experiencia de conocerlo con todos mis sentidos, he lamido y husmeado cada milímetro. Te he saboreado con cada pelo de mi piel.

Solo me mueve tu plácido respirar y de repente una oleada crecida me remoja hasta medio cuerpo. Tú no has notado nada, sigues igual, mirando hacia arriba lo incontable.

Y acogemos otro escarceo más intenso que me remueve de arriba abajo, queriendo alejarme de ti, mientras permaneces impávido e indiferente.

Estoico.

Y otra ola.

Y otra.

Por un instante el mar plácido se torna feroz, y ahora me empapa toda, y tú sigues impasible a mis aspavientos.

Ahora ya, indómita la mar me atrapa hacia adentro, yo me agarro a tus nalgas y te pido auxilio, y ella me engulle, me quiere tragar. Grito, grito y grito y tú inerte mirando todavía hacia arriba, no me oyes... Desesperada te muerdo mientras una oleada salvaje ha conseguido desengancharme de

ti y es entonces cuando te das cuenta de todo, y me gritas, pero no te oigo, y me gritas, pero no te mueves, no te levantas a socorrerme y yo lloro de desespero y de miedo, y no sé si me anega el mar o me ahogan mis lágrimas».

De repente un batacazo atronador me despierta, rápido me doy cuenta dónde ha sido esta vez y sigue repicando sin cesar a un ritmo unísono. El viento ha hecho chasquear la ventana que tenía entreabierta.

No entiendo nada, estoy sudada y te busco. Y te busco y me acuerdo que ya no estás. ¿Dónde estoy?, me encuentro perdida, me muevo como embriagada todavía por la pesadilla.

Estoy en Albons.

La ventana sigue a su ritmo. El airecillo que deja entrar me está enfriando, me abrigo con una chaqueta y bajo a la cocina a prepararme una infusión.

Son las tres de la madrugada, demasiado pronto para empezar el día.

Viladamat, inicios de agosto de 2019

«Decide tú cómo quieres que sea de ahora en adelante».

Las palabras de su amiga le retumban en sus pensamientos.

«No me esperaba su llamada ayer, no me esperaba que quisiera que cenáramos juntos hoy, en su casa».

Alex la está esperando en el jardín. Sentado en una tumbona enfrente de la casa está decidido a decirle que no pueden seguir adelante, que le gusta demasiado, que le da miedo, que no quiere sufrir, que no ha aprendido nunca a amar, todavía, y que ya es tarde. Demasiado tarde para él. Es un inválido emocional sin remedio.

Se acerca al coche para abrirle la puerta. Tanta galantería todavía la desconcierta más.

—Estás más preciosa que nunca esta noche, Marina.

—Gracias —todavía le queda luz al día y se incomoda pensando que él la ha visto ruborizarse.

Un directo de Nina Simone, con su voz quebradiza y llena de silencios inunda la sala. Entrar en la casa a Marina la lleva de nuevo al recuerdo de Pau. Un solo espacio lo ocupan cocina, comedor y salón. De una masía que debe de tener más de trescientos años, ha vaciado el interior y unas magníficas vigas de madera sostienen todo el techo, menos el de la cocina, que es ligeramente más bajo y hecho de vuelta catalana barnizada. Bajo las vueltas, una isla Bulthaup blanca donde solo hay una cubitera con un par de botellas dentro y dos copas de cava al lado. El orden es tal que parece que no se haya ni estrenado. En la fachada lateral un gran ventanal acoge un mueble de pared que complementa la cocina, este combinado en blanco y acero, y al otro lado una gigante nevera Subzero de doble puerta y una tercera para vinos.

Enfrente de la cocina una enorme mesa de comedor donde luce un precioso jarrón con flores que no hace demasiado que han sido cortadas esparciendo por todas partes perfume de fresca juventud. En el extremo opuesto a la cocina hay una enorme librería, viva, por el desorden organizado que transmite. Delante un inmenso sofá blanco, de esponjosos almohadones de algodón, que te gritan a sumergirte en ellos. El pavimento de la casa es de una baldosa rústica catalana, cubierto a trozos por

magníficas alfombras. Repartidos con un estilo que semeja ser azaroso, diferentes muebles clásicos del diseño industrial del siglo XX, combinados con la más absoluta elegancia con muebles rústicos, recuperados y restaurados de masías catalanas.

«Esta casa podría ser obra de Pau», piensa Marina.

—Tienes una casa preciosa, la reforma está muy bien hecha y la decoración es exquisita. Estas vigas del techo...

—¿Te gusta la arquitectura? —pregunta orgulloso que haya sabido apreciar la distinción de la casa.

—Sí, de hecho, casi nunca llegué a dedicarme —siempre la ha avergonzado un poco haber renunciado a su carrera, y mira hacia el suelo mientras pronuncia estas palabras—, pero soy arquitecta.

—¡Ah! —la mira sorprendido, no se esperaba que Marina escondiera una profesión así—. Encuentro que es una carrera preciosa. Yo soy un gran aficionado —quisiera preguntarle por qué no se dedicó, pero nota que la incomoda—. ¿Quieres una copa de cava?

—Sí, gracias —levanta la mirada para dedicarle una sonrisa.

Alex se dirige a la cocina y saca de la cubitera una botella de Kripta, y sirve dos copas. Mientras se acerca, le viene a la mente el recuerdo de la fuente hecha de botellas del mismo cava en la entrada de las bodegas y del día que las visitaron con Pau. Era uno de sus cavas preferidos. No quiere tenerlo en el pensamiento, ahora no, allí no.

—¿Estás bien? —le pregunta Alex.

—Sí —«yo decido», las palabras de Joana le revienen ahora a la mente—. Estoy bien, sí, pero un poco desconcertada, no entiendo que ha pasado esta última semana, no veo porque me has hecho jugar al gato y al ratón... ¿Y ahora? ¿Esta cena? ¿Este cava?... De verdad que...

—Yo quisiera explicarte... ¿Te parece bien si seguimos hablando mientras cenamos? —le propone Alex, acercándole la copa.

—Claro que sí, como tú prefieras —se da cuenta que se ha puesto un poco a la defensiva y no quiere continuar por ese camino.

—He preparado la mesa en el porche, acompáñame por favor.

Le sigue, y se da cuenta de lo guapo que está esta noche, lleva puestos los vaqueros gastados, con una camiseta blanca y va descalzo, y tanta sencillez la excita extremadamente. Traga saliva.

—Me pareció entender un día que te gustaban mucho los quesos. He preparado algunas cosas para picar, una cena fría, ¿te parece bien? —le

pregunta Alex, mientras le muestra la mesa.

—Me encantan los quesos, todo tiene una pinta deliciosa Alex.

Retira la silla para invitarla a sentarse, tanta caballerosidad, acompañada de esa exquisitez a tales extremos la tiene totalmente fuera de sí. No se esperaba un espacio así, ni flores frescas, ni este cava. Y ahora, esta mesa con todo lujo de detalles, al más puro estilo rural.

—Por favor.

—Gracias, Alex —con todo se ha olvidado de los últimos días.

—A ti, por venir. Sírrete tu misma por favor, estas en tu casa.

Marina le habla de Marcel y de Jordi, de cuan orgullosa se siente por sus hijos y de la magnífica relación que mantienen. Le explica también porque Carme está viviendo con ella, lo mal que siempre se han llevado y como su relación paso a paso va mejorando.

—Quien me lo iba a decir, yo pensaba que pasaría justo lo contrario, cuando decidí que viniera a vivir conmigo, pero a niveles prácticos y de comodidad era lo mejor para mi y sobretodo para ella.

Se le ilumina el rostro al extenderse con Paula, y en cómo están disfrutando, ella y su madre del verano las tres juntas.

No le habla de Pau.

Él la escucha, mirándola, cautivado, y le presta toda la atención que su pensamiento le permite, atrapado en descubrir cómo está de enamorado de esta mujer y las ganas que tiene de dejarse amar por ella.

—¡Ostras! —Marina hace el gesto de taparse la cara con ambas manos—. ¿Ya nos hemos terminado una botella? ¡Este cava entra tan bien! Pero, explícame tú algo, que solo hablo yo esta noche.

—Me gusta escucharte. Voy a por los postres y otra botella de cava, y... ¿Quieres café? O prefieres una infusión.

—Pues, a estas horas, café mejor no —contesta Marina.

—Pues pongo a infundir una mezcla digestiva, ¿te apetecen, maría luisa, regaliz y anís estrellado? —le propone Alex.

—Fantástico, Alex.

«Incluso para esto tiene buen gusto», piensa.

Le oye caminar a su espalda, y percibe la agradable caricia de una manta en los hombros, que la hace estremecer.

—Me ha parecido que te estabas enfriando. Encenderé el fuego aquí afuera, y si te apetece, nos sentamos a tomar los postres delante del sofá.

—De acuerdo, me parece perfecto, sí que estaba cogiendo un poco de frío —se lo mira y le sonríe.

—Pues acomódate, que yo prendo el fuego y regreso con el resto.

Él ya está de vuelta, ¿quizás ha cerrado los ojos unos segundos? «qué vergüenza, Marina» se dice a sí misma.

—Y de postres, unas trufas de chocolate belga —le dice, guiñándole un ojo, orgulloso de traerle una de las exquisiteces de su país.

Le acerca una a los labios, que ella acoge con deseo. Mientras el chocolate, intenso y con el justo amargor se le deshace, sedoso en el paladar, no puede dejar de mirarlo fijamente a los ojos. Y él se le acerca lentamente y la besa, con ternura, despacio. Ella se deja hacer, goza de ese beso, generoso, tierno y apasionado y se deleita sintiendo en su piel, el roce de su sutil barba. Cuanto tiempo sin revivir esta sensación.

El cava, la cena, el chocolate, las palabras sinceras que ha abocado a su mirada solícita, todo. Se deja llevar por la excitación, que ya pensaba que nunca más viviría.

Él sigue besuqueándole el cuello, a ritmo pausado.

—¿Estás bien? —le murmura al oído.

No le responde, le dedica una exigua sonrisa. Esa muestra de sensibilidad, el hecho de pedirle, en cierto modo, permiso para continuar, la lleva al acaloramiento más extremo, y continúa sacándole la camiseta, algo que ha querido hacer desde que se ha percatado que la llevaba. Para olerlo en profundidad y perderse en la esencia de sus carnes y en la fiebre de la agitación por el deseo de su sexo.

Hacen el amor despacio, recreándose en cada rincón, expertos en los gestos, descubriendo nuevas respuestas a las mismas caricias. Quedan abrazados largo rato, frente las brasas que se han ido apagando. Marina se duerme y él la mira, feliz.

«Déjame disfrutar del momento, que la noche guarde el secreto de esta pausa. Mañana ya volveré a pensar en la realidad y ya me dejaré acobardar por el miedo».

Viladamat, inicios de agosto de 2019

Ha pasado la noche entre sueños cortos y vigilia. Ahora, medio tumbada en el sofá del salón, tras un buen rato curioseando entre los estantes de la librería. Vestida con el albornoz de Alex, que ha encontrado colgado en una percha del baño, olfateándolo. Viéndolo a él en diferentes momentos de su vida, en varios lugares del mundo, siempre solo, exótico y misterioso. Tan diferente. Siempre guapo. Marina, fantasea imaginando cómo era, en cada fotografía, la persona que estaba al otro lado de la cámara. Ha rebuscado también en sus libros, tanteando uno para hojear, finalmente se ha decidido por el catálogo de una exposición de Mark Rothko en la Fundació Joan Miró, en el año 2000. Sentada en el sofá, evade la mente, relajándola contemplando los multiformes del artista. Se deja embriagar por los colores contrapuestos y el aroma de las flores que le llega del jarrón de la mesa que queda a sus espaldas.

Necesitaba dejar la mente en blanco. Está intranquila y cansada, ha dudado en marcharse a su casa, pero le ha parecido muy descortés. Alex es tan detallista y se esmera tanto en todo que no ha querido que se despierte y no la encuentre allí. Se arrepiente de no haber regresado a su casa la noche pasada y evitar estos momentos en esta casa que le recuerda tanto a Pau. Esperando a que vuelva a ella otro hombre. Sabe muy bien que es mejor no estar que estar mal. Pero ahora ya no se irá. Y no paran de asediarla infinidad de dudas.

La noche pasada ella no paró de charlar y no hablaron en relación al comportamiento de Alex en los últimos días. Ayer se sentía una diosa poderosa y hoy la incertidumbre le corrompe el alma.

—¡O sea que aquí te escondes! —le dice Alex bajando las escaleras que llevan a las habitaciones.

Ella cierra el libro de golpe, un poco sobresaltada, de primeras ha pensado que podría molestarle que curiosease entre sus cosas.

—Buenos días, Alex —él aparece recién duchado, con la cabeza mojada y oliendo a limpio. Lleva una bermuda de felpa que se le apoya en el hueso de la cadera y una camiseta vieja que deja al descubierto una ranura de su vientre. Esta imagen la lleva al recuerdo de la noche pasada y la vuelve a enloquecer de deseo.

—¿Has dormido bien? —le pregunta acercándose a ella.

—Pues, la verdad es que no. He bajado cuando empezaba a clarear para no despertarte de tanto removerme en la cama. Pero me sucede a menudo que me cuesta dormir.

—Estás preciosa esta mañana, nadie diría que has pasado mala noche.

Le da un beso en los labios, tierno, que ella acoge con placer.

Se le hace extraña esta sensación de falsa convivencia, ella necesita de la comodidad del silencio. Y no sabe cómo hacerlo para añadir nuevos personajes a su cotidianidad. Y es consciente que no lo conseguirá sin alterar su equilibrio, el que tanto ha anhelado y le parece haber encontrado.

Y no adivina qué quiere.

—¿Tienes hambre?, ¿qué te apetece para desayunar? —Alex va hacia la cocina y sigue parloteando mientras rebusca en la nevera.

—Quisiera ducharme, si no te importa. Y muero por un café, no he querido remover en la cocina —le dice recuperando poco a poco la comodidad de la pasada noche.

—Enseguida te lo preparo y después te vas a relajar debajo del agua mientras yo organizo algo para desayunar. ¿Dulce o salado?

Se está un buen rato en remojo acogiendo el agua caliente. Y le parece que si estuviera en casa podría ponerse a dormir saliendo del agua, desnuda. Se siente extraña, pero feliz a la vez por lo sucedido las últimas horas. Le gusta mucho Alex, «y el sexo, pues, ha ido bastante bien», piensa.

—Te he tomado prestada una camisa de tu armario, ¿espero que no te sepa mal? —le dice a Alex cuando regresa con él a la cocina. No tenía previsto quedarse a dormir y no se ha visto apropiada con el mismo vestido rojo de tirantes que vestía anoche y se ha puesto por encima su camisa remangada.

—Estás en tu casa, Marina. He hecho un zumo de frutas y verduras para ayudar al hígado a digerir los excesos de ayer. He preparado la mesa aquí dentro que estaremos más fresquitos. Fruta cortada y tostadas y ahora estoy haciendo unas tortillas. Tú acomódate que vengo contigo en cuanto termine.

No tenía hambre, pero ver la mesa puesta le ha despertado una gula feroz.

—Empieza tú, por favor.

Él no sabe hacerlo de otra manera y también la duda lo pervierte. Es consciente que está confundiendo a esta mujer a la que ya ama y que le da tanto miedo. Sabe que ya le ha hecho sufrir, que ahora mismo la tiene navegando en la incertidumbre y que no es capaz de continuar hacia adelante. Si no lo para a tiempo, todavía le hará más daño.

Alex termina en la cocina y se sienta con ella en la mesa. El teléfono suena tres veces y él no alcanza a responder antes de que salte el contestador. Y suena una voz dulce y amorosa, y Marina sabe, sin saberlo, que se trata de la mujer con quien le vio aquel primer día en el Hostal Empúries.

—Alex, ¿por dónde andas? Hace días que no sé nada de ti. Llámame cuando puedas que nos tenemos que ver. Un beso.

Marina se enoja de mala manera, pero no tiene ningún derecho a hacerlo y lo sabe. Traga el orgullo hacia adentro, con la tortilla de espinacas, tomate, aguacate y *mozzarella* que hasta hace unos segundos le parecía deliciosa. Tiene ganas de llorar, no sabe por qué, impotencia, desconcierto, ira, tristeza o de todo un poco. Está celosa como no recuerda haberlo estado nunca. Quiere llorar, pero consigue reprimir las lágrimas. Se tiene que ir, no aguantará mucho más el tipo allí. No quiere que él la vea así. No. Todavía no sabe si hay algo entre ellos y ya está sufriendo por si la engaña. Ella no quiere soportar este sufrimiento, no quiere solo un hombre en la cama, ella no está hecha para relaciones así.

No puede terminarse la tortilla, se le ha hecho una bola que quisiera poder escupir. Él, impasible, no sabe dónde mirar, espera a que termine el mensaje.

—Es una amiga, ya la llamaré más tarde.

«¡Amiga, amiga, amiga!...», quisiera gritarle «¿Amiga, cómo?, ¿amiga de qué?, ¿es la guapa que te acompañaba en San Esteban?», pero sabe que no tiene ningún derecho. Y dice:

—Alex, se me ha hecho tarde, me tengo que ir, les prometí a Paula y a mi madre que iríamos a la playa hoy y nos gusta ir temprano. Ya te devolveré la camisa limpia.

Agarra el bolso y se dirige a la puerta rebuscando las llaves del coche, «que al menos hoy podría encontrar a la primera», piensa. No puede mirarle a los ojos, si lo hace romperá en llantos.

Y se marcha sin mirar atrás.

Cuando ya ha abandonado el camino de la casa, se rompe, se deshace en un mar de lágrimas, llora desconsoladamente, de rabia e impotencia.

Para el coche en la cuneta y sale afuera, dentro el aire caliente y enturbiado la agobia. Se sienta en el suelo a sollozar.

Escupiendo la decepción.

Albons, 8 de agosto de 2019

Joana llegó ayer a media tarde a Albons para quedarse unos días. Cuando han acabado de comer, Carme se ha ido a su habitación para echarse una siesta y Joana y Marina están ahora en la piscina, bajo la sombra de la mimosa, charlando y compartiendo una botella de cava.

—A ver, Marina, ¿tú eres consciente de la edad que tenemos? —Joana acaba de salir del agua y se está secando con la toalla—. Déjate estar de si a parte de a ti se beneficia a alguna otra. Tienes que ser más práctica, reina. Esto de las relaciones abiertas es lo que se lleva ahora. Mira, sabes que yo estoy en el mercado ya hace mucho tiempo y te aseguro que cada vez cuesta más encontrar hombres. Y más, que valgan la pena —ahora se esclarece su melena rizada con un peine que ha sacado de la bolsa.

—Joana, yo no soy como tú, cariño —Marina se termina de un solo trago el cava que le quedaba en la copa—. De hecho, él me ha dicho que es una amiga y ya. Pero no lo sé, a mí me da mala espina, hace unos días, esto ya te lo expliqué, estuvo súper perdido. De repente. De estar tan bien el uno con el otro pasó a no contestarme ni llamadas ni mensajes. De hecho, cuando me llamó para invitarme a su casa a cenar, llegué a creer que me diría que se había terminado y hasta que decidí relajarme y disfrutar de la velada estaba muy desconcertada. Él desde el primer momento en que le vi, en San Esteban...

—O sea que ya lo tenías calado, ¡mala pécora! —Joana se levanta para volver a llenar las copas.

—¡Joana, por favor!, déjame hablar a mí aunque sea solo por hoy.

—¡Perdona, chica!

—Pues lo que te decía. Que me recordó mucho a Pau, sus gestos, su manera de vestir, muchísimo. Y era muy extraño porque me lo había ido encontrando antes de que empezáramos a hablar y yo no conseguía sacármelo de la cabeza y entendía entonces que era por la semejanza que le encontraba.

—Perdona, ¿eh? —se baja las gafas de sol para mirar fijamente a los ojos a Marina—. Ya no diré nada más, te lo prometo, pero este tipo o es muy fotogénico o es mucho más guapo que Pau, ¡Marina!

—De acuerdo, ¡sí! ¡Y venga! Cállate de una vez. Y fue escucharle la voz... —goza con cada palabra que pronuncia, imaginándolo, escuchándole hablar—. Su catalán tan peculiar, afrancesado, y ya nunca más me vino Pau a la mente cuando estaba con él. Pero al entrar en su casa me volvió a pasar, el mismo estilo, una casa preciosa, la música y el cava que tomamos, volvió a caerme encima su recuerdo. El de Pau.

—A ver. ¡Y no me calles! Que ya lo sé, que es el amor de tu vida, el padre de tus hijos, tu mejor amigo, que lo sé y soy muy consciente de lo mal que lo has pasado. Pero está muerto y debe hacer ya más de cuatro años. Niña, tienes que rehacer la vida de una vez por todas, no te puedes estar martirizando de este modo. Oye, y si el belga este lo único que quiere es echar un polvo de vez en cuando, pues bienvenido sea y mejor así, incluso. Y después tan panchos y cada uno a su casa. Y como mínimo te habrá servido para volver a estar en el mercado. Repito, ¡tienes que ser más práctica! Y, por cierto, ¿habéis follado ya?, ¿o todavía no?

—Mira que llegas a ser grosera cuando quieres, Joana. Pues sí, y esto no te lo voy a contar, ¿y si me dejas hablar...? Quizás sí que tengas razón, ¿no lo sé?, pero a mí me cuesta entender una relación así. De hecho, no hemos vuelto a hablar de la supuesta amiga, él me dijo que eran muy amigos y yo me lo tengo que creer, a ver, tampoco estoy en situación de pedirle ninguna explicación, no tenemos nada él y yo, nada serio, vaya —hace el gesto de taparse la cara con ambas manos—. Aunque lo que quisiera es aclarar qué tenemos. Definirlo, para poder decidir si lo tomo o no. Saber qué puedo pedirle y qué espera él de mí. No quiero vivir en el desconcierto este, ahora se quiere esfumar unos días y que yo tenga que estar pendiente y sufriendo... Sabes... qué bueno que está este cava, ¡tan fresquito! Me dijiste una cosa, que me ha hecho recapacitar mucho, de mi relación con Pau. Yo no era consciente de cómo vivía a expensas de sus deseos y planes de vida y tengo muy claro que esto no lo volveré a hacer por nadie.

—¡Bravo, señorita! ¡Brindemos por esto! —Joana alza la copa.

Marina no sabe muy bien cómo tomarse el comentario de Joana, pero sonríe y levanta la copa para brindar con su amiga.

—En fin. Hoy me ha dicho de ir a cenar. Y le he dicho que venías tú y que no te quería dejar con mi madre.

—¿Pues no veo por qué? —Joana se baja de nuevo las gafas para mirarla a los ojos.

—Carme no sabe nada todavía de la existencia de Alex y no quiero que te levante la historia, que algo sospecha y ya os conozco a las dos cuando os ponéis a parlotear.

—Mujer, ¡yo no le diré nada! —las dos saben que no es verdad— pero si te vas a quedar más tranquila, oye, pues me vengo a cenar con vosotros, que el belga este me tiene muy intrigada.

—¿De verdad?, ya me lo ha propuesto él cenar los tres. Pero le he dicho que no. ¿De verdad te apetece?

—¿Perdona? Me muero de ganas de conocer al tipo este que te ha enamorado. Le llamas ahora mismo y le dices que has cambiado de opinión, venga, y salimos a disfrutar un poco de la noche.

—De acuerdo, de acuerdo.

—Por cierto, ¿y con Carme como vais?, a mí me ha parecido verla muy bien, muy mejorada, ¿no?

—Sí que está mucho mejor. De hecho, podría haberse marchado ya, pero ni la una ni la otra ha sacado el tema. La tendrías que ver con Paula, tienen una relación preciosa, duermen juntas cada noche y a mí, la verdad, es que me hecha una mano con ella. Vamos a dejar pasar lo que queda de verano y ya lo hablaremos, supongo. Y no sé, ella y yo estamos mejor cada día. ¿Sabes? La historia esta con Alex, que no sé como acabará, me ha hecho comprender un poco que mi madre, cuando murió mi padre que era muy joven todavía, quisiera rehacer su vida. No es que pueda perdonarle todo lo que me hizo porque a mí me excluyó totalmente, pero lo veo diferente. En fin —se levanta de la silla y se cubre con un vestido—, voy a mandar un mensaje a Alex.

Las ha citado en el Roser 2, en l'Escala. Las está esperando sentado en el porche del restaurante y al verlas llegar se levanta a recibirlas.

—¡Buenas noches, señoras! —las saluda él.

—Hola, Alex, Joana —Marina empieza con las presentaciones.

—Encantada de saludarte, Alex —Joana, decidida le da dos besos, rehuendo la mano que Alex le ha acercado.

—Un placer, igualmente —contesta Alex—. ¿Os va bien que cenemos aquí afuera, al fresco? —les propone.

—Es perfecto —contesta Marina.

Él retira la silla a Marina primero y después a Joana y les sirve a cada una una copa del mismo cava que está tomando.

—¡Qué carta más difícil!, a mí todo me apetece, ¿podéis elegir vosotros?, vaya, si os viene bien compartir.

—Por mí sí, Joana. Alex si a ti también te parece bien, por mí ya puedes elegir tú —le propone Marina.

—De acuerdo, señoras —Alex se coloca las gafas y revisa en la carta los platos del día. De primero haremos, ¿a ver qué os parece?, la ensalada de espardenyes, el *foie micuit* y el tartar de gambas. Y... para continuar el bogavante azul a la plancha y un tartar de ternera. Y para beber un Finca Garbet, es un negro potente de Syrah con un poco de Cabernet Sauvignon, aromático, balsámico, fresco y equilibrado. Estoy convencido que os gustará.

—¡Fantástico! —dice Joana.

—Me parece perfecto —añade Marina.

—Si me disculpáis, voy a ir un momento al baño —les dice Alex a las dos amigas.

«Lo ha hecho adrede, se ha marchado para que pueda comentar la jugada con Joana», piensa Marina.

—¡Nena, nena, nena! ¿Dónde has encontrado un portento así? Es espectacular, ¿sesenta años dices que tiene? Joder, pues muy bien llevados. Está buenísimo, Marina, ¡de verdad, que si folla bien no le dejes escapar!

—Te quieres callar, Joana, que los de la mesa de al lado nos están mirando —le dice Marina en un grito ahogado a su amiga.

—¡Qué les den por fisgones a los de al lado! —dice Joana girándose para ver la cara que ponen los vecinos.

—Calla, que ya regresa —le dice Marina a Joana.

—Disculpas... Alex ya vuelve a estar sentado en la mesa.

—Con Joana estábamos comentando el cava —se apresura a explicar Marina.

—¿Os gusta? —pregunta soltando una sonrisa insinuando que sabe que hablaban de él.

—¡Mucho! Y no lo conocíamos —dice Marina.

—Blanca Cusiné, de Parés Baltà, un brut nature ecológico y biodinámico. Sí que es muy bueno. Celebro que os guste. ¿A ver qué os parece el vino?

«Joana es una cerda, no puede evitar tontear con ningún hombre», piensa Marina. «Le está haciendo ojitos tontos a Alex y él, tan extremadamente educado, no sabe donde meterse». Finalmente, Marina le

da una patada por debajo de la mesa y Joana la mira sorprendida, ni se había dado cuenta de su comportamiento. Al girarse hacia su amiga y verle la cara se ha dado cuenta de su conducta y avergonzada ha bajado la mirada.

—Ahora, me tendréis que perdonar un momento a mí, que tengo que ir al baño —se excusa Joana.

Alex se levanta para acompañar el gesto de Joana. Antes de volver a sentarse, se acerca a Marina, la acaricia con las dos manos y le da un beso que ella recibe, chispeante y tierno, de sus labios fríos con sabor a cava. Un escalofrío que la humedece le recorre el cuerpo y si pudiera chillaría, pero se reprime mordiéndole flojito la boca, haciéndole saber como se siente, como le ha añorado y cuanto le desea. Mientras él se sienta se siguen con los ojos, brillantes de delirio. Marina respira profundamente y se da cuenta de como el olor de este hombre la altera hasta hacerla enloquecer de deseo.

—Hoy también estás preciosa.

—Tú tampoco estás nada mal.

Sus ojos no han podido parar de mirarse, hipnotizados.

Escuchan repicar los tacones de Joana acercándose a la mesa.

—Por cierto, con amigas así no te hacen falta enemigas —le dice Alex a Marina guiñándole el ojito mientras se levanta para recibir a Joana.

La velada transcurre con Joana contando sus mil batallitas y Alex y Marina escuchándola mientras sus pies no paran de buscarse a ciegas por debajo del mantel, acariciándose sedientos.

Barcelona y Gante, 10 de agosto de 2019

Está en el aeropuerto de Barcelona, a punto de subirse a un vuelo que le lleve a Bruselas. No ha regresado a allí desde que se vino a l'Empordà. Llama a Marina desde el aeropuerto y le dice «tengo que ir a Gante para un asunto familiar imprevisto». No le cuenta nada más, ella tampoco pregunta.

Marina guarda el recuerdo de hace dos noches, cuando Joana se durmió y a escondidas y a oscuras se marchó para ir a su casa. Rompieron una carcajada solo verse y se fueron acercando hasta encontrarse en un abrazo que estrechaba los cuerpos, riéndose mientras se desnudaban y no podían dejarse de tocar. Hicieron el amor en el sofá de almohadones blancos, con la emergencia de quien roba tiempo a otros asuntos y la excitación del deseo reprimido las últimas horas. Ella se marchó antes de que saliera el sol. «No quiero que se despierten y no me encuentren en la casa», le dijo.

No quiere pensar en todo lo que no han hablado. Tiene miedo. Se asusta cuando se da cuenta que los mismos ojos que la miran con deseo, fascinación y ternura se pierden no sabe dónde, en el vacío de algún recuerdo pasado que ella todavía no quiere conocer.

Ha muerto el hermano pequeño de su madre y Alex va la funeral. No tiene ganas de encontrarse con su pasado. Tendrá que arreglar un asunto de la casa familiar de su madre con sus primos y le da mucha pereza. Pero sabe que es lo que su madre hubiera querido. Cuántas noches lloró añorando las caricias de su madre, en aquel internado frío y húmedo. Lucha para desvanecer el recuerdo, ya se ha lamentado demasiado por todo aquello, demasiadas horas de psicólogos buscando llenar un vacío de no sabe qué. Bien, sí que lo sabe.

«Nos vemos a tu regreso, Alex, yo quiero estar con Paula estos días y a finales de semana llega Jordi para quedarse no sabe hasta cuándo. Seguramente los tendré a todos en casa y tengo ganas de estar con ellos» le ha explicado Marina cuando él la ha llamado. Ella espera que él le diga que los quiere conocer y a él nada le gustaría más.

Pero no lo hace.

No llega a tiempo para la ceremonia y se va directamente al cementerio. Ve de lejos a su familia, no reconoce a nadie. Manchas negras salpican el paisaje de tumbas grises sobre la hierba que, tras el chaparón que ha caído luce verdísima y el olor a fresco, limpio y reconfortante que desprende, lo acerca por unos instantes a un paseo por l'Empordà de cualquier tarde de finales de verano.

Y esta sensación le consuela, le recuerda por y para quién está allí y respira hondo y profundo antes de dirigirse hacia el gentío. Saluda a sus primos con un apretón de manos. Cuando su tía le ve arranca a llorar, él la abraza y se da cuenta de cuán frágil y anciana es. Siempre habían sido muy buenas amigas ella y su madre. Dos mujeres a la sombra de sus hombres viviendo la vida que les habían impuesto.

—*Ta mère serait très fière de toi, comme tu es beau Alex.*

—*Merci beaucoup ma tante, je vous accompagne dans le sentiment.*

Cuando todos se han marchado él se ha quedado allí, la última vez que estuvo fue el día del funeral de su madre. Se ha acercado a la tumba de sus padres y se ha sentado al lado largo rato buscando en la memoria momentos de ternura con su madre e intentando desterrar el resentimiento que aún le inspira el recuerdo de su padre. Le ha parecido que iba a llover de nuevo y se ha marchado hacia el hotel, andando, una caminata de media hora larga que hace bordeando los canales. Se percibe extrañamente agotado esta tarde. Tiene ganas de llamar a Marina y contárselo todo, pero no lo puede hacer, no puede ir a ninguna parte su historia, él y sus miedos, él y sus carencias y sus mierdas, va a terminar por hacerle daño y ya siente que la ama demasiado.

Albons, 16 de agosto de 2019

Jordi ha llegado a Albons para quedarse una semana, solo bajar del coche le llega un murmullo indescifrable y alegre desde la parte trasera de la casa.

—¡O sea que aquí os escondíais! —saluda.

—¡Tío! —Paula corre a los brazos de su tío.

—¡Hola, princesa!, madre mía, ¡cómo has crecido!, ¡y qué guapísima estás, Paula! Vengo preparado para hacer contigo galletas de chocolate, ¿qué te parece? —le dice Jordi a Paula recogiéndola en un abrazo hacia el cielo.

—¡Sí, sí, sí! ¡Muy buena idea, tío!

—¿Y cómo está la abuela más guapa el mundo? —pregunta a Carme mientras se agacha a darle un abrazo.

—¡Hola, cariño!, ¿y a mí me harás alguno de tus pasteles de frutas?, ¿de los que el médico me deja comer?

—¡Claro que sí! Pero me tendrás que ayudar —le dice guiñándole el ojito.

—¡Hola, hijo! —Marina se ha acercado a recibirle.

—¡Hola, mami guapa! —Jordi la abraza y le dice al oído—. Ya me contarás qué haces que estás tan radiante.

Marina le dedica una sonrisa entre tímida y juguetona.

Jordi se las ha encontrado a las tres en la piscina. Carme tumbada bajo la sombra de la mimosa. Y Paula y Marina jugando risueñas. Enseguida se ha abandonado a la paz que transmiten y ha quedado sorprendentemente maravillado con el cambio de su madre, está guapísima y serena, sin rastro del desconcierto angustioso que, a pesar de que se esforzaba en disimular, le habitaba en la mirada.

Marina se viste con un vestido holgado de lino blanco, deja a Paula y a Carme en la piscina y acompaña a su hijo hasta la casa para que se acomode.

—¿Ya sabes si vas a quedarte muchos días, hijo? —han subido a la habitación de Jordi, él ha soltado la bolsa en el suelo y se ha tirado con los brazos abiertos encima de la cama.

—Una semana, ¿me queréis? —pregunta guiñándole el ojito.

—Pues, ¿no lo sé?, ¡mira qué eres bobo! —contesta ella sonriente.

—De verdad, mamá, os veo tan sincronizadas a las tres que me sabría mal estorbaros, ja, ja, ja...

—La verdad es que sí, estamos muy bien. El fin de semana pasado estuvo aquí Joana y también lo notó enseguida. Carme y Paula han creado un vínculo que yo nunca me hubiera imaginado. Paula está muy bien. Ha sido de gran acierto que viniera a pasar el verano aquí.

—¿Mi hermano viene hoy también?

—Sí, os voy a tener a todos para mí una semana entera —contesta Marina feliz y orgullosa.

—Ahora me vas a contar qué te ha pasado que estás así de guapa. No te lo crees ni tú que es porque ves a Paula y a la abuela tan felices y bien avenidas.

—Bueno, Carme y yo también estamos mucho mejor. Antes de Navidad, aquel fin de semana que pasé con Joana en Barcelona, ella me dio a entender que el hecho de tener a Carme conmigo era, quizás, la última oportunidad que me planteaba la vida para solucionar nuestras desavenencias. Y a pesar de que me ha costado mucho, he hecho y sigo haciendo, un esfuerzo para intentar comprender y perdonar todo lo que pasó. Y ella también lo está haciendo, a mí me da que el hecho de ver a Paula, pobrecita, como sufre por los malentendidos entre sus padres, como se culpabiliza y como añora a su madre, le hace darse cuenta, por un lado de todo lo que se perdió conmigo y de cómo me sentí yo. Bueno, no es fácil convivir con ella, pero seguramente tampoco lo es conmigo. Manuela es de gran ayuda, ella siempre sacando hierro a todo. Y ella y Carme han hecho muy buenas migas.

—De acuerdo mamá, te lo compro, esto está muy bien y me hace muy feliz escuchar todo lo que me cuentas. ¿Sabes que nunca me habías hablado de lo que pasó entre tú y la abuela?, pero... —Jordi se incorpora y se queda tumbado sobre la cama con la cabeza apoyada sobre el brazo izquierdo.

—Ya, siempre me ha dolido mucho toda esta historia.

—De adulto le he dado muchas vueltas ha como gestionaste mi homosexualidad con la abuela porque no querías que fuera algo que nos distanciara. Porque no querías que yo me la perdiera a ella ni que ella se me perdiera a mí, en cambio, tú con ella, siempre tan... ¡En fin! Pero no

desvíes el tema, ¿qué más pasa aquí? Que tu tonito de piel... es muy sospechoso. ¡Si incluso te brilla la mirada!

—Bueno —Marina mira a su hijo a los ojos fijamente—, os lo quería explicar cuando llegara Marcel, pero eres un poco brujo, no te puedo esconder nada. He conocido a un hombre.

—¡Por fin! —se levanta de un salto y abraza a su madre—. ¡Cómo me alegro, mamá! ¿Y cómo se llama?, ¿y cómo es?, ¿y vive cerca de aquí?, Y...

—Se llama Alex, vive en Viladamat, pero es belga, lleva aquí unos doce o trece años. Y bien, estamos empezando, ¿no sé cómo va a ir? Yo creo que me estoy enamorando, cuanto menos, me gusta mucho, y bien, él, ¿no lo sé? Cuando estamos juntos, estamos muy bien, pero no tengo claro que quiera una relación estable, y yo, si hago un paso así, pues no quiero que sean medias tintas, ¿no sé si me entiendes?

—Ay, mamá, tú siempre tan correcta y cuadrículada. Suéltate y disfruta del momento. ¿Es guapo?

—¡Sí que lo es! ¡Mucho! Pero, Jordi... ¿Tú no crees? ¿No te sientes como si estuviera traicionando a tu padre?

—¡Mamá!, ¡que papá está muerto! M, U, E, R, T, O. No vas a olvidarlo nunca a papá, pero te queda mucha vida por delante y no hace falta que la vivas como una monja de clausura —le dice volviendo a sentarse.

—Joana me dice lo mismo que tú —Marina se ha sentado en la cama, al lado de su hijo—. Ella le conoció la semana pasada. Ahora él está fuera, tuvo que marcharse a su país por un asunto familiar, pero regresa hoy o mañana y me gustaría que lo conocierais tú y Marcel. Tu hermano todavía no sabe nada. Y él, en fin, ¿no sé si va a hacerle mucha gracia a Marcel esta historia?

—Déjalo a Marcel que piense lo que quiera, mamá. Que en según qué cosas es peor que tú.

—Ya, pero me gustaría que le pareciese bien.

—No avances acontecimientos, tú, ahora. Escucha, voy a empezar a preparar la cena, tu hijo llega hoy, me has dicho, ¿verdad?

—Sí. Tú mismo, prepara lo que te apetezca. Yo regreso a la piscina con Carme y Paula.

A Marina le ha quedado el corazón dividido, en parte se siente como si Jordi traicionara a su padre. Le regresa a la mente el sueño que tuvo unas

noches atrás, la pesadilla de la que despertó por un golpe de ventanal. Y ahora, lo interpreta como un mensaje de Pau del más allá, recordándole que está muerto, que ya no le tiene para continuar la vida y que la deja partir. «Pau siempre tan ambiguamente condescendiente y mandón», y se da cuenta que ya no le despierta rencor la aventura de Pau con su colega. Como si su historia con Alex hubiera lanzado una tregua al asunto de él.

Cuando piensa que al principio, incluso habiendo ya descubierto el correo electrónico de Pau, se sentía culpable por el sencillo hecho de mirarse a otro hombre. La hace darse cuenta de cuan desequilibrada era su relación y como ella vivió siempre tras su sombra.

«Esto no es amar de verdad», piensa.

Y esta revelación, que solo unos meses atrás la hubiera abocado a una tristeza autodestructiva, ahora le llega como parte del manifiesto de la otra Marina, una que también vive dentro de ella y hasta hace bien poco lo hacía muda y asustada. «Qué curioso», se dice a sí misma, «justamente esta es la valiente de las dos». Este sentimiento le arranca una sonrisa y lo acoge como parte del camino.

Albons, 16 de agosto de 2019

—¡Hola, Alex! ¿Ya estás por aquí?

—[...]

—Me escapo un ratito de casa y vengo a verte. Que te he echado de menos.

Marina sabe que Alex ya ha regresado y le llama para ir a visitarlo. Él también ha extrañado mucho a esta mujer que le ha aparecido en la vida para darle un nuevo sentido a todo. A pesar de que todavía no se ha dado cuenta. Sabe que le ama cada poro de la piel, el recuerdo de su tacto y su olor lo han acompañado todo el viaje y tiene su mirada dulce y amable presente en cada pensamiento, en cada brizna de aire que respira. Con ella, ha podido disfrutar, a su avanzada edad, del sexo rebotante de amor. Ha querido encontrarla cuando ha abierto los ojos por la mañana, cuando no ha necesitado nada más que el compás de su respirar pausado para conciliar el sueño. Tantos años compartiendo carnes y fluidos a diestro y siniestro y no había descubierto aún tal emoción. La primera noche derramó lágrimas a su lado, mudas de vergüenza, que le nacían en la turbación de su ser más primitivo. Y le aterraban.

Y todavía le aterran.

Marina lo encuentra de pie, apoyado en la puerta, esperándola, con las manos dentro de los bolsillos del pantalón. Desde muy lejos ya le sonríe. Sus ojos pequeños la siguen, la acompañan mientras se acerca. Y ella, cuanto más cerca está de él más lejos lo percibe.

Solo bajar del coche algo ya le ha dado mala espina.

Se dan un beso, delicado y se abrazan. Ella puede palparle el latido del corazón. Le propone de cenar con sus hijos.

—Pues, estoy muy cansado, Marina. Me gusta mucho que hayas venido, podemos cenar tranquilamente los dos aquí en casa o salir a comer algo. Pero no me parece una buena idea ir a cenar con tus hijos hoy —vuelve a hundir las manos en el fondo de los bolsillos.

—De acuerdo, no te preocupes. Quizás mañana que ya habrás descansado del viaje.

—Marina, me sabe mal, de verdad, pero de momento, mejor no —ya ha regresado el Alex esquivo y huidizo de hace unos días.

—Entendido, pues ya nos veremos. Yo ceno con mi familia —le dice Marina ya saliendo por la puerta.

La respuesta de Alex le ha caído encima como un cubo de agua fría. Ya se había hecho a la idea que hoy conociera a Jordi y Marcel, y estaba realmente ilusionada con su fantasía. Por un lado, está buscando excusarlo, «él no tiene hijos, no sabe la importancia que tienen para una madre, pero bueno, tampoco es tan difícil de que se haga una idea». Lo dispensa culpándose, «quizás le ha ido mal el viaje, yo ni le he preguntado, he llegado decidida con mi idea de cenar juntos, que poco considerada he sido» y se reafirma, a continuación, en su decepción «pero una cosa no quita la otra, bien podía habérmelo contado si algo no hubiera ido bien».

Se ha marchado de su casa sin dejarle decir ni una palabra más. Decepcionada y enfadada, sabiendo que no tiene ningún derecho a pedirle más, sin tener respuesta a ninguna de las dudas que la asaltan cada dos por tres desde que ha empezado esta historia. Todo el camino de regreso a casa el corazón le ha palpitado descabalgado y los pensamientos le emanan perdidos, yendo y viniendo en un caótico delirio entre sentirse culpable y querer perdonarle.

Antes de entrar en la casa se sienta fuera para serenarse, del interior le llegan las risas de Paula y sus hijos en respuesta a algo que Carme les está contando.

Se siente contradictoriamente feliz.

«No me permitiré nunca más bailar al son de ningún otro hombre» se dice.

Viladamat, 18 de agosto de 2019

Marina se esperaba muchas cosas de esa visita, había barajado con mil posibles escenarios. Pero ninguno contemplaba lo que se encontró.

Deseaba que él la entendiera, que excusara su comportamiento de hacía dos días. Le habría preguntado por el viaje, por la familia, por sus asuntos en Gante y estaba dispuesta a aceptar cualquier respuesta, la que fuera, si él se avenía a consentir los parámetros que ella ya había establecido mentalmente para su relación. Y deseaba que así fuera. Había pensado también en la opción que él solo quisiera una amante sin compromisos y no estaba segura de poder negarse. Le gustaba demasiado ya.

Lo que tenía muy claro es que no se marcharía de allí sin todas las respuestas, quería entender el porqué de su conducta. Se moría de ganas de volver a hacer el amor con él, pero se mantendría firme a su objetivo.

La puerta estaba abierta y del interior le llegaba la voz altiva y despedazada de Neil Young. Se percató de que fuera había otro coche, que no era el de él, pero no le hizo caso.

La escena la paralizó unos instantes, él y la mujer del hostel del día de San Esteban, la del mensaje en el contestador.

Abrazados.

Quería irse deprisa.

Sentía los pies hormigonados en el suelo.

No quería ser descubierta.

Tenía que huir de allí.

Ya.

Escapándose todo lo silenciosa que pudo, se tropezó con una maceta. El golpe la hizo chillar y el dolor llorar. Echó a correr, cojeando hasta el coche y antes de entrar llegó a escuchar a Alex como la llamaba, ella no se giró, no le dirigió la vista en ningún momento. Al maniobrar para tomar el camino de regreso, escuchó un golpe en el capó y mientras huía pulsando el gas a fondo, vio, enturbiada por la polvareda que levantó, la figura de él, gesticulando con brazos y manos, pidiéndole que regresara.

No le contestó al teléfono ninguna de las veces que le llamó, tampoco al día siguiente, ni ningún otro día.

Albons, 20 de agosto de 2019

Les ha pillado una tormenta cuando estaban todos en la piscina. Se ha levantado viento, acercando al cielo un nubarrón que ha descargado virulento. Han percibido las gotas gruesas liberarse, encontrarse con las hojas de los árboles antes de sentir las, húmedas y tibias en la piel.

Cuando dentro de casa, el aguacero ya ha amainado, deciden salir a pasear bordeando los campos que guardan la casa.

—Yo prefiero quedarme en la casa, que con el suelo mojado todavía voy a resbalar —se excusa Carme desde la cocina mientras pone agua a calentar para hacer una infusión de maría luisa.

—De acuerdo abuela, no vamos a tardar demasiado —le dice Jordi.

Paula y Marcel se han quedado atrás buscando caracoles entre los matorrales que circundan el camino. Y Marina, a paso ligero, camina al lado de Jordi. La tromba de agua ha despertado los perfumes del terrón y el zarzal y, silenciosos, se dejan embriagar por el aroma verde a fresco y limpio. La tierra suelta el calor acumulado por tantas horas de sol y que la lluvia ha liberado y se les ensarta, cosquilleante, trepándoles por las piernas.

—¿Todo bien, mamá? —pregunta Jordi.

—Sí, cariño —responde ella, cabizbaja.

—Por cierto, ¿dónde está Manuela?, ¿se encuentra bien?

—Sí, sí, está bien. Me pidió unos días de vacaciones. Se ha tenido que marchar a su pueblo por un asunto familiar, nada grave. Estará fuera de doce a quince días.

Jordi se ha percatado de que algo le pasa a su madre y decide tomar un atajo y ponérselo fácil.

—¿No me dijiste que iríamos a cenar con el belga guaperas? —pregunta.

Una sonrisa triste le rompe el rostro a Marina.

—De momento no habrá cena —le dice ella.

—¿Y eso?

—No me apetece mucho hablar de esto, Jordi... —se lo mira solícita y contradictoria.

—De acuerdo, pero si necesitas algo, aquí me tienes.

—Es un tipo complicado, creo, no tengo muy claro qué espera de mí. Hay otra mujer, a pesar de que él jura y perjura que solo son amigos, pero el otro día les encontré abrazados y... en fin. Ya no he vuelto a hablar con él.

—Yo disparo, que al final, has empezado tú —le dice agarrándola por los hombros y dándole un beso en la frente—. ¿Y qué si tiene alguna otra amiga? Todo es empezar, mamá. Qué ya no sois unos adolescentes. Tenéis que ir os conociendo, ¿y quién sabe?, a ver, que yo no es que le defienda, yo no juzgo a nadie, solo faltaría. Pero ¿por qué no a una relación abierta?

—Jordi, hijo, que yo ya tengo una edad como para ir jugando —se excusa ella.

—Precisamente por esta razón mamá, porque ya tienes una edad y él también. A mí lo que me parece muy normal es que tantee el terreno y no se cierre ninguna puerta. ¿Y si al final resulta que no os gustáis lo suficiente? Aparte, tiene muchas ventajas una relación abierta, cada cual en su casa y tan amigos. Si os apetece folláis y si no, no. Y no pasa nada.

—Jordi, podemos hablar de sexo, pero no de mi vida sexual. Contigo no —le dice Marina, rotunda.

—De acuerdo, entendido, ya no digo nada más... de sexo —le suelta.

—Sí ya comprendo adonde quieres ir a parar, Joana opina lo mismo. Pero yo no estoy hecha para relaciones, ¿cómo le llamáis vosotros?... ¡Abiertas! ¡Qué modernos! Yo me he enamorado, creo. Y, o tenemos algo serio o lo intentamos con todas las cartas sobre la mesa, al descubierto, o no entro al juego. Llámame antigua si quieres. No puedo tirarme a la piscina y saber, consentir, aceptar e incluso aprobar que cuando no esté conmigo, esté con cualquier otra en la cama y haciendo lo que les apetezca. No puedo. No creo que sea capaz sin enloquecer.

—Pero... ¿podrías probarlo? Si resulta que todavía no sabes, que ahora mismo estás elucubrando como una adolescente, que estas sean sus intenciones. ¿O te vas a cerrar en banda directamente?

—Pues... No lo sé.

Paula se les acerca corriendo y risueña.

—Abuela, abuela, abuela... ¡Está lleno de caracoles! Papá dice que los recojamos y que tú los guisas muy buenos, pero a mí me dan pena, yo los quiero dejar aquí. ¡Y qué asco comerte los caracoles!, ¿no?

—Ja, ja, ja —se ríe Marina abrazándola fuerte.

—Pues claro que sí, Paula, dejemos vivir a los caracoles. ¿Quieres que tú y yo hagamos una carrera hasta la casa? —le propone Jordi.

—Sí, sí, sí —contesta Paula ya echando a correr.

Albons, 20 y 21 de agosto de 2019

Alex hace días que intenta hablar con ella y le ha dejado algún mensaje. Marina ha meditado pausadamente cada uno de los acontecimientos y ha tomado una decisión. Con un nudo en la garganta, que le estrecha las palabras hasta el punto de agrietarlas, agarra el teléfono y le llama.

—¡Marina! —Alex responde efusivamente a su llamada.

—Hola, Alex.

—Marina, déjame que te explique —intenta empezar él.

—No, Alex. Déjame hablar a mí, por favor.

—De acuerdo, de acuerdo —le contesta conformado.

—No estoy, ni quiero estar en posición de pedirte nada que no estés preparado para ofrecerme. Y necesito tiempo para aclarar mis sentimientos. Me gustas mucho, demasiado. Y no quiero sufrir. He padecido hasta sentirme casi morir por una gran pérdida, por mi gran amor, mi compañero de vida. Y no me quiero lanzar por ningún precipicio desmesurado. Necesito aclararme, poner nombre a todo lo que estoy dispuesta a arriesgar. Me ha costado mucho esfuerzo llegar al punto en que me encuentro.

—Marina, por favor, déjame que te explique, yo...

—No. Ahora, no. Ya, no. Todavía, no. Ya te llamaré, Alex. Prometo hacerlo con lo que sea que pueda ofrecerte. Aunque sea nada.

Y cuelga. Sin despedirse.

Y una lágrima, desolada, le derrama, lentamente, mejilla abajo. Le llega a los labios regusto salado que ella toma a la piel, con la lengua, creyendo recoger y saborear todos esos posibles momentos que acaba de dejar perder.

Albons, 24 de agosto de 2019

El día se ha levantado neblinoso y a media mañana ha descargado un breve e intenso aguacero. Están acabando de desayunar, sentados todos en la mesa de la cocina.

—No sé cómo lo veis, pero el plan de playa será mejor que lo guardemos para otro día. ¿Me acercas el café, Marcel?, por favor —pide Marina.

—Yo no creo que hoy llegue a hacer mucho calor. Podría ser un buen día para ir a pasear por algún pueblecito ampurdanés, ¿qué os parece? —propone Marcel—. Qué buena esta tarta de verduras, esto otro que le noto, ¿es un queso azul?

—¿Y comemos en Ullastret? Sí, un queso azul inglés brutal, ¿verdad? ¿Qué?, ¿Comemos en el Ibèric? Todavía no he conseguido identificar qué le ponen a los fideos con bogavante que les da un toque tan especial. ¿Qué os parece el plan?, ¿reservo? —Jordi ya se ha levantado para ir a buscar el teléfono móvil—. Creo que tengo algún contacto que ahora trabaja allí.

—A mí me parece muy buena idea —contesta Marina.

—¡Yo en temas de zampar me dejo guiar por ti, chaval! —dice Marcel.

—¿Abuela?, ¿qué te parece a ti? —pregunta Jordi a Carme.

—Ay, nene, a mí por los fideos perfecto, pero no me hagáis andar mucho —contesta Carme.

—Abuela, yo me quedaré contigo haciéndote compañía, no te preocupes —Paula se le acerca y la abraza.

—Pues si es así, manos a la obra, ya puedes reservar mesa, Jordi. Gracias, Paula, preciosa —se apresura a decir Carme que ya tiene en el paladar la ilusión de los fideos con bogavante.

—Sí, sí, reservo, porque mucha gente habrá pensado lo mismo que nosotros y puede ser que todo esté a reventar en pleno agosto.

—Antes podríamos acercarnos a Púbol, ¿qué os parece? —pregunta Marina.

—A mí me encantaría poder visitar el Castillo de Gala. Me han dicho que es precioso —propone Carme.

—Pues venga, terminemos el desayuno y nos ponemos en marcha. ¡Bien pensado, Carme! —le contesta su hija.

Efectivamente, mucha gente había tenido la misma idea y estaba lleno en todas partes. No pudieron visitar el castillo, pero pasearon por Púbol y enseguida se les hizo la hora del comer.

Carme les había seguido a todas partes y ahora ya les pedía parar un ratito.

—¿Y si nos paramos a tomar un aperitivo antes de comer? —propone Carme al resto de la familia.

—Pues venga, va, nos vamos al restaurante y nos tomamos algo en la terraza mientras esperamos a que nos den la mesa —propone Marina.

—Papá, ¿por la tarde llamaremos a mamá por internet? —pregunta Paula.

—¡Claro que sí, preciosa, que ella tiene muchas ganas de verte! —contesta Marcel tomando a su hija en brazos y abrazándola fuerte.

—Yo también, papá —le dice ella al oído, con una voz recluida en añoranza.

Se han sentado en la terraza del Ibèric a esperar el turno de su mesa. Marina no se lo puede creer. Unas mesas más allá está Alex, sentado con alguien, un hombre. Le parece que él no la ha visto. Quiere obviar que sabe que está y disfrutar de su familia, pero no puede evitar que la mirada se desvíe hacia su mesa.

—¡Buenos días, familia!

«Mierda», se dice Marina, «finalmente me ha visto, qué guapo está, por favor...».

—Hola, Alex, ¿cómo estás? Te presento a mi familia. Mis hijos, Marcel y Jordi, Carme, mi madre y Paula, mi nieta.

—¡Encantado! Un verdadero placer —saluda Alex sonriendo con elegancia a toda la familia—. Marina, ¿tienes un momento? —dice ahora dirigiéndose solo a ella.

Jordi la atraca con la mirada, «¿este es el belga?, ¡es mucho más guapo de lo que me habías dicho!», sabe que su hijo le estaría diciendo esto, ahora mismo, y se le escapa una sonrisa, mientras con el rabillo del ojo busca a Marcel y su aprobación. Si se ha percatado de algo, seguro que ya le ha subido la mosca a la nariz.

—¿Me perdonáis un momento? —se excusa Marina.

—¡Claro que sí, mamá! —se apresura a contestar Jordi.

Marina se aleja de la terraza del restaurante para poder hablar con Alex con un mínimo de intimidad y él la sigue hasta el otro lado de la calle.

—¡Qué maravillosa familia tienes, Marina! Estás preciosa hoy —le dice Alex amoroso—. Te he visto de lejos y solo quería saludarte y decirte que te echo de menos y que estoy muy arrepentido de no haber querido cenar con tus hijos, pero Marina... —intenta excusarse.

—Alex, por favor, te pedí tiempo. Necesito aclararme las ideas y quiero estar cien por cien con mi familia y... Ya te llamaré. De verdad que lo haré —se muere de ganas de besarle, no ha podido dejar de mirarle los labios cuando le hablaba. El deseo la violenta y está más arisca que nunca con él. Quiere que la agarre, necesita tocarlo, olerlo, perderse en su cuerpo. Ella también lo añora. Sabe que no puede, pero le tomaría la mano y echaría a correr con él a cualquier lugar lejos de allí, donde estuvieran solos.

Regresa a la mesa con los suyos. De repente todos se han callado. Carme hace ya mucho tiempo que sabe que su hija se ha enamorado. Se lo ha notado en la mirada chispeante con que llega a casa últimamente y con tantas llamadas excusándose por no ir a comer, a cenar o a dormir, en todas las veces que la encuentra perdida a la espera de quién sabe qué y en el cambio de humor que le ha percibido estos últimos días. Marcel vive totalmente ignorando la realidad.

—¿Quién es este hombre, mamá?

Albons, 24 de agosto de 2019

La relación entre Marcel y Carlota ha mejorado mucho desde que ella está fuera. Carlota, a pesar de sus diferencias, siempre ha apreciado a Marina, sobre todo por esta razón, por cuan diferentes son y por como se mantuvo siempre al margen de su relación con Marcel y como nunca quiso interponerles su opinión, ni en lo relacionado con ellos, ni más adelante, con Paula. Y el hecho de que Paula pasara el verano con Marina y Carme en Albons a Carlota le pareció una idea extraordinaria.

Marcel ha conectado a Paula con su madre y las ha dejado solas, hablando de sus cosas. Carme y Jordi están haciendo media cabezadita en el sofá de la sala de estar y él aprovecha para acorralar a su madre en la cocina e indagar algo más en relación al guapo francés que les ha abordado en el Ibèric. Se acerca a su madre, que está de pie enfrente de los fogones preparándose una infusión y la abraza por la espalda y le da un beso.

—¿Me lo explicarás o no quién es el tipo del restaurante?, ¿el francés que ha venido a saludarte? —pregunta Marcel—. Que con temas emocionales, ya sé que siempre parece que bajo del huerto, pero la cara de póquer que se les ha quedado a la abuela y a Jordi cuando he preguntado por él... En fin. ¿Qué?, ¿me lo cuentas?

—Mira, hijo, ahora mismo no sé si hay demasiado que contar —se da la vuelta para mirar a su hijo con ademán serio—. Y no es francés, es belga.

—Tanto da de dónde sea... ¿Pero estáis enrollados, o no?, ¿sino, de qué las miradas perdidas de estos dos buscando musarañas hoy en el restaurante? A ver, mamá, que ya eres mayorcita y papá ya hace más de cuatro años que murió y... Lo que no quiero es que te hagan daño. No sé, tan guapo, al menos eso me ha parecido, y extranjero, no se habrá quedado con que eres una viuda, en fin, que no eres rica, pero pobre tampoco, que no te quiera, bueno, ¿qué no sea un estafador?

—¡Mira que llegas a ser burro a veces, Marcel! —se acerca a la mesa y se sienta.

—Mamá, escucha una cosa, no quiero que te lo tomes a mal, ¡yo solo miro de protegerte!

—¡Pues no hace falta!, ¡qué como tú dices, ya soy mayorcita! —le contesta, molesta por los prejuicios que muestra hacia Alex.

—De acuerdo, de acuerdo... Perdóneme usted —se ha acercado a la mesa donde está ella sentada mostrando cierto arrepentimiento en el gesto, pero con un tono de voz ligeramente elevado.

—¿Qué son esos gritos? ¡Qué vais a despertar a Carme! —advierde Jordi llegando a la cocina mientras estira brazos y espalda, recién levantado de la siesta.

—Nada, no pasa nada, ¿verdad, Marcel? Voy a saludar a Carlota.

Marina se marcha de la cocina entre molesta y decepcionada y Jordi se acerca a su hermano preguntándole con la mirada qué es lo que ha pasado entre los dos.

—Nada... —Marcel explica a Jordi el incidente en voz baja, no quiere que su madre pueda oírles y se moleste aún más—... que le he preguntado a mamá por el tipo ese del restaurante y se ha puesto de culo con el tema, en fin, yo solo la advertía, me ha parecido... Tan educado y tan bien vestido... y a ver, a ti te gustan los tíos, ¿no me vas a negar que el tipo es muy guapo? —Marcel, pronunciando estas palabras, se da cuenta de que no debería haber ido tan lejos.

—¡Es que mira qué llegas a ser animal cuando quieres!, ni me expliques lo que le debes de haber dicho, ¡no hace falta! ¿No te has dado cuenta estos días aquí en casa de lo bien que está mamá? Le está viniendo de fábula este verano con Paula y tirarse a Alex de vez en cuando.

—¡No hables así de mamá!, que me la imagino y... Aixxxx, no, ¡por favor! ¿Y tú?, ¿Cómo sabes que se llama Alex?, ¿ya lo conocías, tú? —se pone un poco a la defensiva, intentando fingir la envidia que siempre ha tenido de la relación entre su hermano y su madre.

—No. Yo no le conozco, pero sí que me ha hablado de él. De hecho, ella no quería hablarme a mí antes que a ti, pero se lo vi en la cara. Y si tú no fueras tan jodidamente primitivo también se lo habrías visto. Y si no te ha contado nada antes es porque creo que lo han dejado.

Marcel se queda pensativo y con cara de bobo mirando a su hermano y están ambos en silencio cuando su madre entra de nuevo en la cocina acompañada de Paula.

—Marcel, creo que Carlota quiere comentarte algo antes de colgar —dice Marina.

—De acuerdo, voy —contesta él levantándose de la silla y acariciando a Paula en la cabeza antes de salir de la cocina.

—Qué, Paula, cariño, ¿estás contenta de haber hablado con mamá? —le pregunta Jordi a su sobrina invitándola a sentarse en su regazo.

—Sí —contesta Paula a su tío con ojos llorosos— pero tengo ganas de verla de verdad.

Paula se acerca adonde está Carme durmiendo para tumbarse a su lado. Está muy triste y necesita hablar con su bisabuela, que se ha convertido en su confidente por excelencia.

—Ya es hora de despertarse, abuela, que pronto tendremos que cenar —le dice Paula a Carme, con la justa delicadeza para conseguir desadormecerla.

—Paula... Pues... Sí... Que ya empieza a oscurecer. ¿Has hablado con mamá ya?

—Sí —y rompe a llorar desconsoladamente.

Jordi y Marina, que están en la cocina, se acercan al sofá. Carme mira fijamente a su hija, que no le dice nada, ya no necesitan palabras. Sus miradas, que ahora ya pueden fijarse la una en la otra sin sentirse desazonadas, se piden perdón por tanto tiempo de silencio. Tantos instantes desperdiciados en mudeces. El sufrimiento de la niña les hace comprender todo el daño que se han hecho y que, ahora, para ayudar a Paula, están empezando a perdonar.

Paula es una maestra en el camino de ambas mujeres. Se ha arrimado a Carme, mostrándole su sufrimiento, sus miedos y angustias, para evidenciar a la hija a quien no supo cuidar y que todavía la necesita y quiere recuperarla. Marina ha visto madre y nieta acercándose día a día, desde el papel de observadora ha descubierto a la madre que no tuvo, la madre que ella sí supo ser y ha podido comprender y perdonar. Mientras se ha ido enamorando de Alex, ha entendido que su madre quisiera y necesitase rehacer su vida al quedar viuda.

«De hecho, no se tiene que necesitar el amor o puedes no ser consciente de su carencia», se dice Marina a sí misma. «El amor no se busca, te encuentra, te atrapa, se te mete dentro y no lo puedes controlar, ni reprimir, ni obviar».

Cuando llegó a Albons, Paula creía que su madre se había marchado por su culpa, escuchaba a sus padres discutir por temas relacionados con ella y nunca osó preguntar, y no encontró a nadie a su alrededor que se

diera cuenta de su dolor y a quien se lo pudiera contar. Desde aquel primer día que fue a dormir con su bisabuela, mientras la abrazaba y le acariciaba los cabellos para que pudiera volver a conciliar el sueño, se sentía amada y segura. Y Carme sabía cómo preguntar para recibir respuestas y cómo responder para que Paula volviera a cuestionar.

Marcel, que ha visto desde lejos la escena, se acerca a su hija y la acaricia por la espalda.

—Paula, cariño, ¿quieres ir a despedirte de mamá?

—Sí.

Con Paula fuera del salón, Marcel les cuenta al resto como ha ido la conversación con Carlota.

—Le está viniendo muy bien este verano aquí con vosotras a Paula. Carlota me comenta que la ve mucho mejor, que está muy contenta. Claro está que añora mucho a su madre y cuando hablan es cuando más se da cuenta que hace mucho que no la ve —Marcel se acerca a su madre con las manos dentro de los bolsillos de los pantalones. Cuando está justo a su lado le da un culetazo cariñoso, a modo de disculpa.

—A nosotras también nos ha venido muy bien tenerla aquí, ¿verdad que sí, nena? —dice Carme, orgullosa.

Marina responde con una sonrisa tierna e indulgente.

Al poco, Marina vuelve a estar en la cocina, sola, rebuscando en la nevera para empezar a preparar la cena y Marcel se acerca a ella solícito.

—Mamá...

—Dime, hijo —contesta ella mirándole de reojo.

—Perdona mi tono de antes. No tengo ningún derecho a meterme en tu vida y, además, tampoco te hace falta.

—No hay nada que perdonar, hijo, pero gracias.

Albons, del 7 al 11 de septiembre de 2019

—Te he preparado una infusión, ¿te apetece? —Marcel se acerca a su madre, no sabe como abordar otra vez el tema del que le quiere hablar y que dio fruto a una disputa entre los dos la última vez que él estuvo en Albons.

—Sí, gracias —contesta ella, amorosa.

—¿Qué?, ¿cómo vas con el belga? —le pregunta, dándole un cariñoso golpecito de culo.

—¡Marcel! ¡No empecemos, por favor! —le pide Marina.

—Mamá, que yo lo que quiero es no verte sufrir y que seas feliz —la mira a los ojos.

—Pues mira, nos hemos dejado un tiempo para reflexionar. Hace días que no nos vemos, nos mandamos algún mensaje, pero ya está. Yo, ahora, quería pasar los pocos días que le quedaban a Paula aún con nosotras para disfrutar de ella.

Están sentados en la mesa de la cocina, mientras Paula y Carme miran dibujos animados en el televisor.

—Pero déjame que te cuente una cosa. Alex no es ningún hombre que quiera aprovecharse de mí, ni que me quiera por dinero.

—Mamá... Que ya te dije que... —Intenta explicarle Marcel, avergonzado.

—Estuve en su casa y créeme que no le falta de nada, al menos, económicamente hablando. Y te diré otra cosa. En la vida, lo que más me ha hecho sufrir es la muerte de tu padre. Y lo pasé muy mal y no habrá día en la vida que no me acuerde de él.

—Mamá, no tiene nada que ver con papá lo que te estoy diciendo.

—Déjame acabar, por favor —Marina mira fijamente a su hijo a los ojos y le ha agarrado las manos—. Cuando conocí a tu padre, me lancé al abismo de lo desconocido. También era muy joven y no tenía ninguna responsabilidad ni carga que dependiera de mí. Y, a pesar de que no era consciente de ello, no tenía miedo de nada. Y a su lado fui muy feliz. Seguramente ningún otro hombre me hará sentir lo que sentí con él. Pero él ya no está y no volverá —baja la mirada y le suelta las manos a Marcel para tomar un sorbo de la infusión—. Y al principio de conocer a Alex,

cuando ya me gustaba mucho, de hecho, me gusta desde el primer día que lo vi, pues tenía muchas dudas, pero porque tenía miedo. Y me he dado cuenta de que el dolor inhumano, que te hace sentir querer morir cuando pierdes a una persona, es totalmente proporcional al amor que has sentido por ese ser y a lo feliz que habéis sido juntos. ¿No sé si entiendes por dónde voy? Lo que te quiero decir es que he decidido que por pocas ganas que tenga Alex de retomar la relación que comenzamos, pues que me tendrá disponible y me lanzaré de cabeza y sin temor a intentarlo. Porque si al cabo de un tiempo resulta que no nos entendemos y sufro por ese amor fallido y me rompo y me siento morir, solo querrá decir que lo he amado de verdad y que antes de sufrir me ha hecho feliz. No quiero tener miedo, Marcel, no quiero tener miedo a amar.

Marcel mira a su madre con ojos vidriosos. Marina no ha dejado lugar a ninguna palabra más. Está avergonzado de haber dudado de ella, de pensar que le puedan hacer daño. Se da cuenta de cuán valiente es y cuán afortunada de que la vida vuelva a tentarla con el amor verdadero. Siempre ha tenido el listón de sus padres de referente y siempre ha pensado que no sería capaz de tener ninguna relación como la suya.

Mañana empieza el nuevo curso escolar y Marcel quiere regresar a Barcelona antes de comer para que no les pille el atajo del puente del once de septiembre. Marina y Manuela ya hace cuatro días que van preparando el equipaje de Paula, que no se olvide nada, y cada vez que las ve guardar una prenda de ropa en su maleta, la niña corre hacia ellas y las abraza fuerte diciéndoles que las echará de menos.

Paula ha reunido a Carme, Marina y Manuela en la mesa del jardín. Y les ha dado a cada una de ellas un regalo envuelto en papel de periódico.

—Venga, abridlo, ¿a ver si os gusta? Lo he hecho yo, bueno, el tío Jordi me ha ayudado un poquito, bueno mucho, a hacer los agujeritos para pasar el cordel que es lo más difícil —Paula está muy nerviosa y no puede parar de hablar. Su padre se las mira a todas con una sonrisa ocupándole la boca y reprimiendo una lágrima, o dos, que quieren salir cada vez que ve como Paula las abraza.

—¡Qué bonito, Paula! —dice Carme que ha desenvuelto el paquete rompiendo el papel y ha sido la primera en descubrir el regalo.

Ha hecho un collar para cada una de las mujeres con conchas de playa que ha pintado de colores.

—El tío y yo hemos pensado que ya os cortaréis el cordel a la medida que os vaya mejor, por eso lo hemos dejado tan largo.

—¡Es precioso, Paula, muchas gracias! —Marina se lo coloca enseguida.

—Abuela, ahora que vas dormir sola, no tengas miedo, ¿eh?

—Te voy a echar tanto de menos, Paula —Carme está como si tuviera dentro una olla a presión a punto de arrancar a hervir.

—¿Me dejaréis venir con vosotras el próximo verano? —pregunta Paula mirando solícita a las dos abuelas.

—¡Claro que sí! —dice Carme.

Marina sonríe viendo a su madre y a su nieta haciendo planes para el próximo verano. Y la sorprende gratamente el concepto que la niña tiene de ellas dos. Que no entiende la suya como una convivencia temporal.

¡Ven aquí ya dame un abrazo, niña! —Manuela llora como una magdalena—. Ay, cómo te voy a echar de menos.

Se abrazan y al estrechón se unen Carme y Marina y acaban las cuatro fundidas en un lloro aferradas a no dejar escapar el verano que se acaba.

Albons, 15 de septiembre de 2019

Llega tarde.

No le gusta hacerse esperar y esto sumado a los nervios y la incertidumbre la hace estar un poco de mal humor.

Le busca entre la gente y no lo ve.

Alex la espera sentado en la barra, han quedado en el Gambo, el chiringuito del Hostal Empúries. La ve llegar y mirar entre el gentío y se acerca hacia ella.

—Hola, Marina.

—Alex, no te veía, ¿cómo estás?

Se han parado el uno enfrente al otro. Alex se acerca a ella algo más. Se miran y sus manos se acarician sin querer. Tocarse les hace estremecer.

Se abrazan.

Se huelen.

Se tienen.

Se necesitan.

No se dicen nada, pero lo escuchan todo del otro.

No se besan, sus labios se frotan cuando se separan. Él no osa ir más allá, quiere respetar lo que sea que quiera decirle. Ya le ha hecho demasiado daño.

Ella, hoy, quiere empezar por las palabras sensatas y meditadas y reprimir el deseo.

Del chiringuito les llegan los Love of Lesbian entonando su Oniria e Insomnia.

—Me he sentado en un rincón de la barra, está muy lleno. ¿Quieres que vayamos a otro sitio? —Alex le toma una mano y pasa delante de ella para mostrarle dónde está ubicado. Hoy lleva unos pantalones chinos *beige* doblados hasta el tobillo, una camiseta de lino blanco remangada y calza unas Birkenstock marrones. A ella le parece más deseable que nunca.

—No, por mí no, ya me parece bien quedarnos aquí —Marina lleva un vestido azul marino de algodón de tirantes que la hace lucir especialmente encantadora. Se ha recogido la melena en un moño mal hecho que le deja alguna mecha suelta desarreglándole la cara de una manera accidentalmente exquisita.

—Tienes una familia maravillosa. ¿Ya se han marchado todos? — pregunta Alex.

—Sí que lo son, sí se han marchado todos, salvo mi madre, que parece ser que está muy bien aquí. Y a mí, la verdad, ya me gusta que se quede.

—Yo pensé que se había instalado definitivamente aquí tras la operación.

—No, no. Ella, normalmente, vive sola en Barcelona. Es muy autónoma todavía y... En fin, no sé cuando se marchará. Quizás sí que se quede ya para siempre aquí. Para mí no sería ningún problema.

—¿Qué te apetece tomar?

—Pues, no lo sé —Marina mira de un extremo al otro del Gambo, está lleno de gente divirtiéndose y se siente incómoda avanzándose a lo que pueda pasar—. Quizás sí que mejor nos vamos a otro lugar, hay mucho griterío aquí hoy, ¿no te parece?

—Perfecto. ¿Quieres que nos acerquemos paseando a mi casa? —le propone Alex.

Se marchan del chiringuito y toman el camino que lleva a casa de Alex.

—Tenía muchas ganas de verte, Marina —le dice él mirándola fijamente.

—Y yo —contesta ella, sin mirarlo.

—Quiero que sepas que Andrea, bien, la mujer con quien me encontraste el otro día en mi casa es solo una buena amiga. La única que tengo, a parte de ti, claro. Quiero ser totalmente sincero contigo. Nos enrollamos cuando nos conocimos y ella se enamoró de mí, pero eso duró muy poco. Ahora somos solo amigos, muy buenos amigos. Ella, de hecho, está con otro hombre. Y...

—Alex, no tengo ningún derecho a pedirte explicaciones, hasta aquí, nos hemos acostado alguna vez, lo pasamos muy bien juntos pero ya está. Alex se detiene un momento en medio del camino. Se coloca enfrente de Marina, le agarra las manos, las dos a la vez y las besa con ternura.

—Cómo he añorado tu perfume, Marina... Yo, Marina... me he enamorado de ti. Quiero que tengas todos los derechos sobre mi persona —sonríe.

—Alex...

—Espera, por favor. No quiero olvidar ninguna palabra. Quiero que sepas todo de mí. Me he comportado como un adolescente, como un niño.

Tengo miedo. Tengo miedo de hacerte daño —le suelta una mano y retoman el camino hacia la casa de él evitando los dos mirarse a los ojos—. No he tenido ninguna relación estable en toda mi vida. Me he pasado la juventud de cama en cama. Casi siempre borracho o colocado. La primera vez que hicimos el amor fue... Nunca antes había sentido nada igual y me asusté. Me gustas mucho, me he enamorado de ti y no sé si sabré estar a la altura.

»He gastado años y euros en terapia para llegar a comprender que fui lo que podríamos llamar un niño emocionalmente abandonado. Mi madre me adoraba pero mi padre era de los que creían que los hombres se hacen más fuertes e independientes con la experiencia. “Si no es un niño mimado, será un hombre más fuerte”, decía él. Y nunca fue cariñoso conmigo, no le culpo, es lo que él recibió. Con los años he aprendido a perdonar a mi padre, y creía que a perdonarme a mí también, por haber permitido que me convirtiera en un analfabeto emocional. Tampoco consentía que mi madre me mostrase afecto. Me criaron institutrices hasta que cumplí tres años y después me llevaron a un internado y solo les veía, bien, casi nunca. Cuando terminé la universidad me marché a dar la vuelta al mundo durante dos años. Cuando regresé tenía que continuar en las empresas familiares pero me negué. Llegamos a un acuerdo, él, mi padre, estaba convencido que fracasaría. Me prestó dinero y me dio dos años para poner en marcha mi propio negocio. Si no lo conseguía tendría que dejarlo y ponerme a sus órdenes. Para continuar en los negocios familiares.

«Nunca fui el hijo que mi padre hubiera deseado. Estuve muchos años maltratándome por esta razón hasta que pude aceptar que no era culpa mía. Mis padres me tuvieron bastante mayores, de hecho ya no esperaban que llegase, mi padre culpó toda la vida a mi madre por esa supuesta infertilidad, tuvo repetidos abortos. Tampoco fui el hijo que él había imaginado. Conmigo fue siempre de decepción en decepción y de adulto tampoco resulté ser el hombre que él esperaba».

«Mi negocio salió bien y con el tiempo le devolví todo el dinero que me había prestado. Volvimos a hablar muy pocas veces más y, a mí, en Gante, solo me quedaba mi madre. De hecho, cuando mi padre murió me di cuenta de que todo lo que había construido, todo por lo que tanto había trabajado no tenía ningún sentido, no sentía que fuera mi destino de vida. Todo era una absurda venganza para demostrarle a él que sí que merecía la pena, que sí que podía hacerlo. Me pasaba el día trabajando para no

fracasar y las noches de fiesta en fiesta, de cama en cama para olvidar el día, rodeado de gente que solo quería mi dinero y mis contactos. Pero solo. Siempre solo. Abusé bastante de las drogas, pero más o menos lo pude controlar. Y de alguna manera tenía que compensar la falta de sueño.

»Cuando murió mi madre, vendí mi negocio y me vine a Viladamat. No había regresado a Gante hasta este verano. Y reencontrarme con mi familia, con mi tía que es quien siempre me había contado cuán infeliz fue mi madre hasta que yo nací, como mi padre la maltrató y humilló por todos los hijos que perdía. En fin, tropecé de narices con mi pasado y volví a ser el infeliz y autodestructivo cobarde que era antes. De hecho, el que nunca he dejado del todo de ser.

«Cuando nos encontraste a mí y a Andrea, ella me estaba contando que no me había visto nunca enamorado y que tenía que afrontarme sí o sí a todos mis miedos, que permitirme amarte quería decir que sí me había perdonado a mí mismo. Y tiene razón. Y si todavía me quieres, si crees que puedo merecer que volvamos a...».

Marina se le lanza al cuello y le da un beso, apasionado y lleno de ternura, que no deja ninguna pregunta sin respuesta.

Alex se ha desnudado emocionalmente a Marina y ella, ahora que conoce su historia, no puede evitar encontrarlo todavía más irresistible. Han llegado a casa de Alex y él la invita a ponerse cómoda mientras prepara algo para picar.

—Me apetecería una copa de vino blanco —le pide ella.

Marina se ha quedado sentada en el sofá del porche, se ha descalzado y se ha tumbado, feliz y relajada a esperarle. Él aparece al cabo de pocos minutos cargando con una bandeja con una cubitera y un vino dentro, un par de copas y algo para picar que no llegarán a probar. Les parece que se lo han dicho todo, toman el vino jugueteando con sonrisas y palabras dulces, sobre todo lo que han hecho estos días que han estado separados.

Alex se acerca a besarla y le retira la copa de las manos.

Hacen el amor, despacio, entretenidos en desnudar al otro a mordiscos, resiguiéndose cada trocito de piel, oliendo cada rincón, sedientos, gozando del placer del otro cuerpo, bebiéndose el uno al otro.

Y quedan abrazados hasta que oscurece, hablando del futuro.

—No quiero quedarme a dormir, Alex. Carme está sola en casa y, en fin, que prefiero ir con ella. He dejado el coche en el aparcamiento del

Hostal. Me imagino que te dará mucha pereza pero ¿me puedes acompañar?

—Solo faltaría, cuando tú me digas te acerco —le dice él arrimándose a darle un beso.

De nuevo en su casa Marina no puede dormir de la excitación. Se ha tomado una ducha caliente para relajarse y ahora está en la cama tumbada intentando conciliar el sueño, o quizás no, porque está disfrutando de la mujer que es, se siente feliz y orgullosa de lo que ha conseguido estos últimos meses.

Le gusta la nueva Marina.

Se gusta como nunca antes.

Ve el pañuelo de seda que sobresale del perchero, «mañana lo lavaré y lo guardaré en un cajón para regalárselo a Paula en unos años».

Girona, finales de septiembre de 2019

Carme ahora está estable y sedada, descansando. La adivina respirar por el movimiento de las sábanas en la cama del hospital.

«Esta vez ha estado muy cerca», ha dicho el médico. «Pero nunca había sufrido del corazón mamá, al menos que yo supiera», se dice a sí misma Marina.

Carme ha estado toda la mañana quejosa y malhumorada. Cuando le ha dicho que le dolía mucho el brazo y que sentía presión en el pecho, Marina ha decidido llevársela a Girona al hospital. Se ha desmayado entrando por la puerta de urgencias, no ha llegado a caer en el suelo porque ella la sujetaba y allí, en medio de las puertas y el gentío entrando y saliendo, han corrido médicos a socorrerla y se la han llevado para adentro.

Marina ha sufrido por la vida de su madre. Se ha quedado sentada en la sala de espera, sola, largas horas, abofeteada por la incertidumbre y el miedo. No ha querido llamar ni a Marcel ni a Jordi, ni tampoco a Alex. Ha pensado en Joana y en sus palabras. Si Carme no consigue superarlo no le habrá pedido perdón por tantos años que la ha ignorado concienzudamente. Ahora lo sabe. Tampoco tendrá todas las respuestas que desconoce «¿De verdad creyó que estaría mejor si me cuidaban los abuelos? ¿Pensaba que no la necesitaba? ¿Con solo diez años? Y mi padre recién fallecido. ¿O, sencillamente, eligió vivir una historia de amor con otro hombre que no quiso nunca que conociéramos? ¿Y por qué no quiso ni intentar hacer de madre y amante a la vez?».

Marina no ha sido nunca consciente de la premeditación de sus actos, ni lo pensaba, pero quería hacerle conocer el dolor que ella había sufrido sintiéndose ignorada. Intentó alejarla de sus hijos. «Si pudieras estar aquí, Pau, te agradecería todos los esfuerzos que hiciste para mantener viva mi relación con Carme».

Carme se tiene que quedar unos días en la UCI antes de que la pasen a planta. Hasta mañana por la mañana no la dejarán entrar a verla y le han recomendado que se marche a casa a descansar, que si sucede cualquier cosa la localizaran enseguida.

Llama a Alex y le cuenta lo sucedido. Él le dice que va a buscarla, que no quiere que conduzca, que está muy alterada y que al día siguiente por la

mañana ya la acompañará. Cuando él llega, Marina está esperándole en la calle, enfrente del hospital. Tiene los ojos encendidos de tanto llorar y abraza la bolsa de plástico que le han dado con las pertenencias de su madre. Cuando le tiene enfrente, él la estrecha fuertemente con los brazos, le da un beso en la frente y le susurra al oído.

—Todo irá bien, Marina.

Se marchan a casa de Alex. Él le prepara una infusión, le prende la chimenea y se sienta a su lado a escucharla. Marina le habla de la relación entre ella y Carme, de cómo ha intentado ella los últimos meses aprender a perdonarla, y a perdonarse a ella también, por como ha tratado a su madre desde que era una adolescente. Le dice que no han hablado nunca de lo que pasó y que tiene miedo de que se muera ahora que están las dos recuperando el tiempo perdido y dándose una segunda oportunidad. Alex la abraza con fuerza, le acaricia la espalda y le besa las manos.

—¿Quieres quedarte a dormir aquí?, se ha hecho muy tarde ya. Yo mañana por la mañana te acompaño a Girona a la primera visita y tú ahora intentas descansar. Ya te despierto a las cinco y media, ¿de acuerdo?

—Gracias, Alex, debería llamar a Marcel y a Jordi pero ya lo haré mañana.

Al día siguiente por la mañana, cuando entra a verla, Carme todavía duerme. En la habitación se respira un fuerte olor a lejía que le penetra por cuello y nariz para quedarse en la garganta unos cuantos días y el ruido de un pitido, espaciosamente acompasado, que ella acoge como el sosiego para el futuro más inmediato. Le parece haber pasado la noche en vela y la primera escena con que tropieza se opone contradiciendo al leve estado de alegría y esperanza donde la ha llevado el primer pronóstico del médico. «Ha sobrevivido a las primeras horas, que son decisivas y todo apunta al hecho que lo superará. Carme es una mujer mayor, pero fuerte y, dejando de lado la diabetes, está muy bien de salud para su edad. Ahora queda esperar, cuantas más horas supere más cerca estarán de poder decir que ha salido de esta».

La mira en la cama, tan desvalida, parece que solo guarde una migaja de vida. Y un nudo le estrecha la boca del estómago y entre llantos y sollozos empieza a hablarle, muy flojito.

—Carme, no me he portado bien contigo, te he juzgado sin escucharte. El otro día, en casa, cuando te sinceraste conmigo, yo no tuve palabras, no

fui valiente y no supe agradecer ni tu franqueza ni tu gratitud... Tengo miedo y me duele enfrentarme a nuestra realidad, pero estoy intentando cambiarlo. Por favor, lucha, aguanta. Un poco más, por favor. No te mueras. Carme, por favor, lucha y no te mueras. Hemos hecho un gran paso hacia adelante, pero todavía nos queda camino... —Marina, con la mano, busca la de su madre y la sujeta y respira profundo, dejando espacio a más palabras entre los pedruscos que la hacen enmudecer—. Tengo todavía muchas preguntas que hacerte y todas las respuestas que te hagan falta también —le habla mientras le tiene agarrada la mano derecha y le nota el tacto flácido y tibio y siente como Carme la aprieta ligeramente.

«¿Cuántos años hacía que no se cogían las manos?», se pregunta Marina. «Las manos de siempre, ahora de mujeres diferentes», este pensamiento despierta en Marina una leve sonrisa de satisfacción. Carme hace el esfuerzo de abrir los ojos y le dedica una sonrisa.

—Hola, hija...

—Hola, mamá...

Albons, 22 y 23 de octubre de 2019

Hace ya unos días que Carme ha regresado a casa. En el hospital la hicieron quedarse tres días en la UCI y después diez más en planta. Poco a poco se va recuperando del infarto que la tuvo a las puertas de la muerte. Todo el tiempo que estuvo en el hospital Marina casi no se separó de ella y ahora que vuelve a estar en casa solo la deja a ratos cortos y siempre que Manuela la pueda acompañar.

A finales de octubre, un fuerte temporal afecta a Cataluña. Las primeras horas del aguacero las han pasado muy angustiadas, parecía el fin del mundo, relampagueaba y tronaba de tal manera que parecía que el cielo fuera a caer, roto en mil trocitos, sobre la tierra. Sentían que se hundiría sobre el tejado, atrapándolas a ellas. Como un firmamento de cristal y que cada pedazo se desmoronara demoledor con todo lo que fuera a tropezar. No ha parado de llover con violencia durante horas que el viento ha resoplado impetuoso, descabezando árboles y todo lo que encontraba. Han cerrado los postigos por miedo a que los cristales reventasen y para no ver más lo que pasaba afuera. Les ha parecido que, así, se sentían más seguras.

Se han quedado a oscuras largas horas. Acurrucadas delante del fuego, con todas las velas que han podido prender. Si no fuera por la incertidumbre del presente y del futuro más inmediato, habría sido una preciosa escena. Marina ha sufrido doblemente, Carme todavía está convaleciente y tiene miedo que la angustia por la intemperie agravie su estado y pueda provocarle una recaída.

Todavía no hace demasiado frío, pero ellas han pasado mucho esta primera noche. Y han decidido dormir bien acurrucadas, las dos, en la cama de Carme. Han repartido velas por toda la habitación que de una en una se han ido apagando y la conversación compensa el apagón, facilitándola en cierto modo. Están solas y asustadas y han hablado de los abuelos y de Narcís y de cuando eran una familia de tres y feliz, de cuando Marina era una niña y su padre todavía no había muerto.

Ambas mujeres han agradecido en algún momento la tromba de agua. Ha conseguido acercarlas de una manera que solo Carme alcanza a recordar, cuando Marina era un bebé y la tenía siempre en brazos. Carme

ha sentido en las palabras de su hija lo mismo que cuando la miraba a los ojos fijamente mientras le daba el pecho y sabía que aquellos instantes, aquellas horas robadas a todo, nunca nadie se las quitaría. Y sabía que nunca jamás otros ojos la mirarían igual. Y no puede recordar cuando invitó a su hija a dejar de mirarla de ese modo.

Marina se ha despertado pronto, siguen sin luz y la casa se ha ido enfriando. Ha encendido el fuego y ha preparado el desayuno en la mesa delante del sofá. Ha hecho café descafeinado y zumo de naranja, calentado leche y cortado unos higos a trocitos. Ha rebanado pan de hace un par de días para tostar en las brasas de la chimenea y ha preparado una bandeja con jamón de pavo y queso de cabra bajo en grasas y sal.

Tomándose un café y leyendo sentada en el sofá, a la luz de un montón de velas que ha vuelto a prender, espera a que su madre se despierte.

—¡Buenos días, hija!, ¡oh!, qué mesa más bien puesta —Carme aparece andando muy lentamente y muy abrigada, con una chaqueta de lana que se ha puesto encima del batín.

—¡Buenos días, Carme! —Marina la recibe con una sonrisa bondadosa —. Debes de estar muerta de hambre que ayer con el trajín no cenamos nada.

—Sí que tengo hambre. Ayer el miedo me atiborró, pero hoy estoy famélica —Marina la mira sonriente y piensa que la mejor señal de que su madre se encuentra bien es este hambre que casi nunca pierde.

—Pues venga, a desayunar, voy terminando las tostadas, si quieres puedes empezar por el zumo de naranja y la fruta —le dice a su madre acercándole el plato con los higos.

—Qué bueno todo, hija.

—La verdad es que tu dieta post infarto no está nada mal —Marina, también muerta de hambre, le contesta masticando un trozo de queso.

—¡Válgame Dios, qué cantidad de agua, rayos y truenos y qué ventolera!, ¡he pasado miedo de verdad, hija!

—Yo también he pasado miedo, pero parece ser que ya todo ha acabado —le contesta Marina acercándole una tostada caliente.

—Gracias. ¿Has podido descansar un poco? —pregunta Carme.

—Estoy bien —le dice mientras suelta un bostezo que la sensación recuperada de plácida seguridad le ha arrancado al cansancio de la noche pasada.

—Me gustó nuestra conversación de ayer por la noche —le dice acercándole las manos y mordisqueando una tostada crujiente y todavía tibia.

—A mí también, Carme —se incorpora para atrapar con las suyas las manos de su madre y la mira fijamente a los ojos, dejando que se le escape media sonrisa, cuando se da cuenta que ya no le pellizca en el corazón.

—Sabes, el otro día, cuando estaba en el hospital, tú ni te diste cuenta, pero me llamaste mamá. No me lo decías desde que eras una niña y me hizo muy feliz.

A Marina se le hace un nudo en el estómago, otra vez. Y recuerda el momento y los que le precedieron y lo que llegó a sufrir por la muerte de su madre. Cómo se sentía, ella, frente a la perspectiva de que no sobreviviera y que todo el esfuerzo que llevaban haciendo las dos para acortar distancias se quedara en nada.

—Hace días que quiero contarte una cosa... —le dice Marina a su madre, mirándola fijamente a los ojos, dibujando media sonrisa, pero dudosa de cómo Carme se lo pueda tomar—. He conocido a un hombre.

—Nena, me habías incluso asustado al ponerte tan seria. ¡Cómo me alegre, hija! Bueno, yo algo me husmeaba, con tantas comidas y cenas fuera y todas las noches que no has venido a dormir. No he osado preguntar, pero... Cuenta, cuenta —Carme está doblemente feliz, por la noticia que su hija empiece a rehacer su vida y por el hecho que haya confiado en contárselo.

—Se llama Alex y vive en Viladamat. Y creo, bueno, estoy segura, que me he enamorado de él. Soy muy feliz, como hacía mucho tiempo no me sentía. Pero no te lo cuento por esta razón —se recoloca bien en el sofá—. Lo que te quiero decir es que con Alex, en cómo y cuándo le he conocido, que ya no pensaba que podría volver a enamorarme, después de Pau, he podido entender lo que te ocurrió a ti cuando yo era pequeña y —vuelve a recolocarse en el sofá, intentando echar la incomodidad de ciertas palabras — que nunca lo hemos hablado, pero a medida que me iba haciendo mayor, me di cuenta de que tenías un amante. Y te he juzgado muchos años por esto. Y ahora alcanzo a comprender que enamorarse no es una cosa que se pueda elegir. Es el amor quien nos escoge a nosotros y no debemos renunciar a él.

—Marina, hija, yo... —Carme no puede aguantarle la mirada.

—Un momento, Carme, por favor... Te estoy diciendo que no te culpo por nada de lo que hiciste. Entiendo que no renunciaras al amor. Lo que no entiendo es el porqué de llevar esa relación a escondidas. ¿Por qué no pude conocerle? ¿Estaba casado, él? ¿Tenía familia? Lo elegiste a él antes que a mí —a Marina se le llenan los ojos de lágrimas— ¡y yo te necesitaba mucho! Me había quedado sin padre... ¿Por qué no intentaste que se acercara a nosotros? Tengo tantas preguntas que esperan respuesta desde hace tantos años...

—Hija, él... Sí, tenía familia y, a pesar de no estar enamorado de su mujer, sí la quería y no le deseaba ningún mal, eran otros tiempos, hija —a Carme le estorba la chaqueta que se ha puesto encima de la bata y se la desabrocha, para acabársela sacando—. Ahora todo es mucho más sencillo. Pero, él...

—Carme, que te vas a enfriar —la riñe amorosamente—. ¿Quieres que te sirva un poco más de café?

—Gracias —le responde acercándole la taza—. Hija, no... no quiero engañarte más, Marina. Ahora ya no, como estamos no. Él... —le cuesta, no sabe como pronunciar lo que quiere decir, lo que necesita soltar a su hija de una vez por todas— Marina... Él... Él era el padre de Joana.

—¿Cómo? —Marina se atraganta con lo que tiene en la boca—. ¿El padre de Joana?, ¿de Joana, mi amiga? —ahora es a ella a quien le vienen mil calores, se siente traicionada y airada—. ¿La que estaba en casa siempre que yo no estaba en la suya?... ¿Pero...? ¿Cómo pudiste...?

Marina se levanta bruscamente y Carme siente caerle encima el peso de los últimos meses, malogrado.

—Voy a buscar un poco más de leche —dice Marina que necesita alejarse de allí, de su madre.

A Marina le retumban los pensamientos y las palabras que ha pronunciado hace tan solo unos instantes. La sorpresa le tiene la mente en arresto, enmascarando muchas emociones más.

Quiere ser consecuente.

No quiere juzgarla.

Quiere perdonarla.

—Bueno, ahora lo entiendo todo. O casi... —Marina regresa de la cocina con la jarrita de leche llena e intentando reprimir todas las emociones que la asaltan y quiere sentir como equivocadas.

Carme no puede mirarla. Amó a ese hombre más que a cualquier otro, pero se avergüenza de dejarla a ella, de no hacerle de madre, se da cuenta ahora, confesándose a su hija, con una magnitud que nunca antes había percibido. Marina la mira y puede ver en Carme a la mujer que era tan solo hace unos meses. Y piensa que ella también pudo volver a ser feliz amando y siente lástima por su madre y por ella también. No quiere que se pueda o quiera arrepentir de permitirse una segunda oportunidad. Y se recuerda a ella hablando con Marcel, diciéndole que el amor no se escoge, que te elige él a ti y ahora sabe que no se debe renunciar a él. Que la felicidad no tiene que ser el objetivo, sino el camino.

Una lágrima le resbala mejilla abajo.

—Carme, mamá, no pasa nada —se sienta a su lado y la abraza. Y continúan así largos segundos.

No se abrazaban desde que Marina era una niña.

—Te quiero, hija...

—Yo también te quiero, mamá...

Las dos han gozado de un nuevo estado emocional compartido. Las horas las han ido encontrado sentadas refugiadas al lado del fuego, hablando de todas las cosas que se habían querido decir y ahora les había llegado el momento.

Superadas las horas de inclemencia climática, Marina sale al jardín a comprobar los desperfectos. Aparentemente, la casa parece intacta, salvo el techo que está cubierto de ramas y hojas que el viento ha robado a los árboles. Anda un trozo del camino y, allí sí, un árbol caído invalida el sendero hasta el pueblo.

Regresa a la casa, no quiere dejar a Carme sola mucho rato.

Casi dos días enteros han pasado sin luz ni internet. La mañana siguiente ya podrá comunicarse con sus hijos y con Alex.

Albons, 24 de octubre de 2019

Todo ha vuelto a la normalidad, tienen luz, teléfono e internet. Y madre e hija han alcanzado un punto que nunca hubieran imaginado.

Alex ha llamado a Marina, él también se quedó en su casa confinado por las trombas de agua. Marina le ha contado que todavía tiene el camino de acceso a la casa vallado por un árbol que se derrumbó y él se ha ofrecido a ir a ayudarla. Cuando se han encontrado, los dos se han reído, ella no se lo ha querido decir, pero el tronco es demasiado grande para que pueda moverlo un solo hombre.

—¿Quieres quedarte a comer? Le he contado lo nuestro a mi madre. ¿Te apetece conocerla?

—Será un placer, Marina —hoy Alex viste el mismo jersey que el primer día que ella lo vio, le otorga un aire refinadamente nórdico.

Cogidos de la mano andan juntos hacia la casa. Una vez dentro, Marina hace las presentaciones pertinentes entre Carme y Alex. Él se ha quedado en el comedor, sentado en el sofá, frente al fuego, mientras madre e hija preparan la comida en la cocina.

—Nena, no me habías comentado que Alex fuera tan atractivo, ni tampoco que fuera francés —dice Carme feliz con que su hija se haya decidido a presentarle a Alex.

—Es belga, Carme, y sí que es atractivo.

—¿Necesitáis ayuda, señoras? —Alex se ha acercado a la cocina.

—No, tú quédate sentado y relajado donde quieras que en un rato ya lo tendremos todo listo —le dice Marina.

Han preparado una sencilla comida adecuada a la dieta de Carme y almuerzan juntos en la mesa de la cocina. A Alex tanta sencillez le hace sentir estar en la casa que siempre ha deseado. Y se ha metido a Carme en el bolsillo en menos de nada con su elegancia y galantería innatas.

—¡Alex, ha sido un verdadero placer! Yo, ahora, os dejaré un rato solos y tranquilos y me iré a hacer mi cabezadita.

—¡El placer ha sido mío, Carme! —Alex se levanta para despedir a Carme.

—Qué descanses —le dice Marina.

Cuando Carme ya está en su habitación, Alex la mira sonriente y le da un beso.

—Te he añorado, Marina. Nada me hubiera gustado más que quedarme contigo encerrado en casa sin nada más que hacer que el amor.

Ella no puede evitar ruborizarse, esta le ha parecido una sublime declaración de amor y de intenciones.

—¿Qué?, ¿me enseñas la casa? ¡Lo que he visto por el momento me gusta mucho! Pasean por los alrededores de la finca para estirar un poco las piernas después de comer.

—Es preciosa.

—Gracias. Cuando se despierte Carme, termino de enseñártela por dentro.

—El estilo me ha recordado un poco a mi casa, tanto de la reforma como de la decoración. Y el mobiliario, qué buena combinación entre estilos tan diferentes, es fantástico el equilibrio en que conviven. ¿Quizás la reforma es del mismo arquitecto que hizo la mía?

—Creo que no... —Marina baja la mirada y la detiene viéndose jugar con un pie, haciendo pequeños círculos en la arena todavía mojada.

—¿Cómo se llamaba? —Alex no se ha dado cuenta que ella se siente incómoda con el momento—, soy muy malo para recordar los nombres catalanes y españoles...

Marina cae en que nunca le ha hablado de Pau y no le apetece, ahora no, y también sabe que nunca encontrará el momento, todavía.

—No, Alex. Esta casa la reformó Pau, mi marido, vinimos a vivir aquí hace unos años y...

—Marina, tranquila, otro día.

Albons, 28 de octubre de 2019

—Carme —dice Marina mientras están ambas sentadas en la mesa de la cocina.

—Dime, hija —Carme está hojeando una revista y la cierra dejando la mano parada en la página que está leyendo.

—Alex me ha llamado, me ha dicho que le gustaría invitarnos a comer a su casa, ¿te apetece ir?

—Pues claro, ¿si a ti te parece bien? Me gustó mucho este chico, ¡qué educado y agradable!

Comen en casa de Alex, a él le ha parecido cortés devolverles la invitación del otro día. Y también un gesto hacia Marina, para mostrarle que su relación va firmemente hacia adelante.

Alex tiene a Carme bien encaprichada.

Marina los mira mientras charlan. No puede evitar una sensación extraña, dos personas tan importantes en su vida. Imprescindibles. Y si mira poco atrás, Carme era como una piedra en el camino, una persona con quien tenía que convivir porque, en fin, la familia no la podemos elegir. Pero a quien evitaba cada vez más, sobre todo, desde la muerte de Pau. Y ahora, se siente profundamente agradecida con el destino que le ha hecho agacharse a recoger el pedrusco y aprender a convivir con él. Con Alex, es igual pero diferente. Nunca se hubiera imaginado volver a vibrar por amor, ni que su día pudiera empezar buscando otros ojos que no fueran los de Pau.

Regresan temprano a casa para que Carme pueda hacer su siesta de después de comer y ellos dos se echan en el sofá acurrucados y amorosos, al acecho del fuego que quema a su lado y poca cosa más.

—¿Qué te parece si hacemos un viajecito? —le propone Marina a Alex.

Del 31 de octubre al 5 de noviembre de 2019

Roma siempre llena de turistas y, a ellos, venidos de la calma ampurdanesa el alboroto de las calles les choca especialmente.

Allá, lejos de todo y todos se sienten solo al atisbo de su historia.

No tienen ningún plan predestinado.

Se dejan llevar por la ciudad y sus encantos.

Maravillados por los frescos de la Capilla Sixtina. Deslumbrados y mirando hacia arriba no dejan de tocarse en ningún momento, como si del otro tomaran el punto de gravedad y equilibrio.

Comen en un pequeño restaurante de mesas minúsculas y redondas cubiertas con bonitos manteles de tela. Ella se deleita viéndolo mojar pan en todas las salsas, saborear la pasta lamiéndose los labios y vaciando las almejas y chupándose los dedos con un estilo refinado, pero abandonando su elegante delicadeza al gozo de los placeres que la ciudad les entrega. De postres comparten un tiramisú, seleccionado de un carro fantástico, tan antiguo como el local y presentado con la misma pasión que el primer día por un anciano y paradigmático camarero. Lamen las cucharas con deleite, llenándose boca y paladar con la sedosa y amarga textura del cacao y el esponjoso y dulce tacto del mascarpone, rebañando con lentitud cada migaja que les queda en los labios, apuntando preliminares a placeres que llegaran más tarde.

Después de comer van a ver el sol ponerse desde lo alto del Castello di Sant'Angelo. Sentados en la terraza, el cielo se les regala enloquecido de colores, amarillos y naranjas, morados y rojos, que les parece poder llegar a acariciar con la punta de los dedos si alargan un poco hacia arriba los brazos, previo a que se desplome sobre la ciudad para incendiarla.

Respiran y tocan la espiritualidad por todas partes recibiendo con gratitud la paz interior con que se dejan obsequiar. Recorren las calles de la ciudad que huelen a castañas asadas, sin prisa ni rumbo concreto. Las calles están empedradas y llenas de hojas que el otoño desnuda a los árboles y forradas de fachadas con demasiada historia para limpiar.

Poco a poco van descifrando y saboreando todos los ruidos que les acometieron al primer roce. Campanarios sonando a todas horas y detrás de cada esquina. Alboroto constante de cláxones que les alertan para

esquivar coches y motocicletas que circulan gobernando las calles obligándoles a desviarse a algunas más estrechas donde disfrutar en cada momento escogido de cierto sosiego. Gritos, gritos y más gritos de sus gentes que con la voz acompañan el hablar de las manos, gestos y miradas. Derrochando el gozo, el deseo de vivir con intensidad cada momento. Queriendo disfrutar cada instante con urgencia y los cinco sentidos. Humanos apasionados por todo. Roma les contagia con excitación y locura la necesidad de disfrutar cada segundo como si fuera el último.

Pero... Si estás enamorado en Roma, la fiebre te atrapa en cada rincón y ellos la caminan sedientos, ahogándose en la inquietud por descubrirla, acercándoles a destaparse el uno al otro, de maneras distintas.

El crepúsculo volvió a atraparlos otra tarde en el Foro Romano, salpicándolos de una lluvia de sol tardío que topaba con las ruinas antes de alcanzarles. Chorreándoles cara y cuerpo con el último claro del día. Mientras sus cuerpos se iban enfriando con la humedad trepándoles desde el suelo por las piernas.

Baix Empordà, otoño de 2019

Noviembre pasa sin que puedan casi separarse. La urgencia para disfrutar cada instante como si fuese el último y llevando al extremo la satisfacción de todos sus deseos, que Roma les ha contagiado, sigue dominando sus inquietudes diarias. Casi todos los días comparten alguna comida con Carme que ha conseguido recuperarse bastante bien tras el infarto. Marina todo el día pasea la bolsa con sus cosas de una casa a la otra, durmiendo la mayoría de las noches en casa de Alex, donde él, cada día le crece el hueco en su armario, invitándola a quedarse, sin que ella se de cuenta. El otoño convida a cuerpo y alma a recogerse y ellos lo hacen todas las tardes, acurrucándose en el sofá, con ninguna compañía más que el otro y el calor de la chimenea encendida. Cada uno inmerso en su lectura y acariciándose los pies, descalzos y traviesos, comenzando los preliminares al juego del amor gozando de la lograda comodidad del silencio.

Muchos días, antes de retirarse en casa, recorren diferentes pueblos de la comarca para redescubrirlos juntos y saborearlos ahora, solos y enigmáticos, lejos de la locura de los meses de verano.

—Hace un par de días que no te pasas por casa y hoy Carme me ha preguntado por ti —le dice Marina quitándose las gafas y cerrando por un momento el libro que está leyendo.

—¡Ah!, pues mañana sin falta me acerco a verla. ¿Cómo está? — responde él sacándose también las gafas y metiéndose una de las varillas en la boca, sujetándola con los dientes y acariciándola con los labios, un gesto que sabe que la hace enloquecer.

—¡Bien! ¡Muy bien! La vida en el campo le sienta de maravilla y cada día tengo más claro que no tiene ninguna intención de regresar a Barcelona, aunque, de hecho, no lo hemos hablado nunca. En Manuela ha encontrado a una buena amiga, se han encontrado la una a la otra. A mí, la verdad, es que no me supone ningún estorbo, al contrario, y la verdad es que estoy más en tu casa que en la mía, yo.

—¡Bien para todos, pues! —le dice guiñándole el ojo e insinuando volver la atención a la lectura.

Ambos están medio tumbados en el sofá y ahora Marina se le ha acercado y se le ha tendido encima.

—El otro día ya empezó a preguntarme por las comidas navideñas, sobre quién vendrá y dejará de venir... Volverán todos este año, Paula incluso va a poder estar en Nochevieja y el día de Navidad... Y... Yo... ¿Me preguntaba si querrás pasar la Navidad con nosotros? Sé que para ti son unas fechas que preferirías que no estuvieran en el calendario, pero ¿quizás va siendo hora que conozcas a mis hijos?

Marina ha buscado valentía para hacerle la propuesta, ya hace muchos días que espera el momento oportuno, pero en el fondo del corazón guarda el miedo al rechazo y que este vuelva a traerles la incertidumbre que vivieron en verano.

—Marina, siempre he querido pasar estos días ignorando toda la parafernalia que se monta alrededor porque siempre me ha recordado que estoy solo, que siempre lo he estado, que nunca he tenido familia, bueno, nunca no es la expresión correcta. Hasta ahora. Ahora tú eres mi familia y será un placer conocer a tus hijos, de hecho, tengo muchas ganas y espero que me acojan del mismo modo que lo ha hecho Carme.

—Alex...

Sobran las palabras, le da un beso que recoge todas las emociones que el momento guarda.

Albons, 25 de diciembre de 2019

Alex ha llegado pronto a casa de Marina y se los ha encontrado a todos en la cocina todavía desayunando y en pijama. Marina se ha levantado a recibirlo para hacer las presentaciones, ha acercado una silla a la mesa para él y le ha servido un café. La víspera anterior hicieron cagar el Tió y después de cenar Carme y Paula se fueron a dormir juntas. El resto, Marina, Jordi, Marcel y Joana se quedaron charlando, hasta muy entrada la noche, tomándose un par de últimas copas y lo que él no sabe es que fue el centro de la conversación un buen rato, «pandilla de chismosos», les dijo Marina en más de una ocasión.

Marina le ha hablado tanto de sus hijos que ya le parece conocerlos y no le sorprende la mirada inquisidora con que Marcel calcula todos sus gestos cada vez que se acerca a su madre. Ni el trato afectuoso de Jordi intentando compensar todos los desaires, no premeditados pero inevitables que le profesa su hermano. Poco a poco van desfilando todos a sus habitaciones para ducharse y arreglarse para empezar con los preparativos de la comida.

Se han quedado solos en la cocina, Marina se le acerca despacio y le sorprende con una agradecida sonrisa acompañándole la mirada, perdida, ni él sabe dónde.

—Hola, ¡feliz Navidad, guapo! —se le acerca, después de mirar a todos lados asegurándose que no haya nadie, de puntillas le abraza por el cuello y le da un beso.

—¡Feliz Navidad, preciosa! —contesta volviéndola a besar.

—¿Dónde estabas? —pregunta ella curiosa por dónde Alex tenía fijados vista y pensamientos.

—¿Cómo? —pregunta él, no entendiendo la pregunta.

—No me hagas caso. ¿Estás bien?

—Muy bien, Marina. Pensaba... Que nunca había compartido una escena familiar como la que acabo de vivir con vosotros. Y me ha hecho muy feliz. Bueno, quizás el próximo año Marcel ya no me mirará como si fuera a secuestrarle la madre... —le dice sonriéndole con modestia y poniendo los ojos en blanco.

—No le hagas ni caso. Él siempre me ha protegido, sobretodo desde que su padre nos dejó. Te lo vas a meter en el bolsillo en menos de nada. Y os acabaréis llevando la mar de bien, solo dale un poco de tiempo —le pide ella con una súplica juguetona.

Marina vuelve a mirar a su alrededor antes de volver a besarle.

—Parecemos adolescentes escondiéndonos de nuestros padres... Ja, ja, ja —le dice Alex parpadeando.

—Me gusta que te sientas así en casa, bueno, no como un adolescente, sino en familia, es muy importante para mí.

—Chicos, a comportarse, ¡qué hay juventud en la casa! —Joana es la primera en llegar y muy acicalada, con un traje negro ceñido, un enorme collar dorado y su rizada cabellera al aire.

—¡Joana, hola!

—¡Feliz Navidad, Alex!, ¿cómo estás?, por la cara de mi amiga sé que muy bien —le dice Joana guiñándoles el ojito a los dos—. Por cierto, ¿cómo os fue por Roma?

—Muy bien. ¡Fue fantástico! —contesta Alex mirando amorosamente a Marina y agarrándola por la cintura para acercarla hacia él.

—¡Feliz Navidad a todos! —Manuela entra por la puerta de la cocina, muy abrigada y elegante.

—¡Feliz Navidad, Manuela! Qué bien que te sumes a comer con nosotros —la saluda Alex, sonriéndole afectuosamente.

—Pues sí. Este año no me lo he querido perder —dice estrechándole fuerte una mano a Marina.

Marcel está tomándose una copa de vino con su hermano en la cocina, haciéndole compañía mientras termina con la comida. El resto están tomando el aperitivo en el porche, donde la trepadora ha perdido todas las hojas y deja que se cuele entre sus ramas un acogedor sol de invierno. Alex ha entrado a por otra botella de cava para llevarla hacia afuera y después ha regresado a la cocina y se ha quedado a charlar con los dos hermanos. No puede evitar sentirse un tanto apocado. Marina de lejos los mira y se siente feliz. Sabe que allá tiene todo lo que necesita para vivir.

A la hora de comer se sientan todos alrededor de la mesa, vestida con un mantel de lino blanco y la vajilla con florecitas pintadas y borde plateado. Y en un rincón de la sala, la chimenea encendida añade rescoldo a una estancia que hoy está más viva que nunca.

La convivencia de los últimos meses ha renovado a las mujeres de la casa. Se han ido mostrando un nuevo camino que han emprendido cada una a su ritmo y siempre acompañado de amor, respeto y las palabras justas. Se han ayudado, han podido perdonarse las unas a las otras y a ellas mismas y hoy son personas más enteras, mujeres más felices.

—Escuchadme todos, un momento, que quiero hacer un brindis —Carme hace un esfuerzo para levantarse de la silla.

—Venga, va, un segundo de silencio, que la abuela quiere decir unas palabras —apunta Jordi levantando un poquito la voz para asegurarse que todo el mundo escucha las palabras de su abuela.

—Sí, que si tengo que estar mucho rato así, me cansaré de estar de pie —insiste Carme mientras levanta la copa y repiquetea en ella con la cucharilla de café para terminar de recoger toda la atención—. Marina, hija, quiero agradecerte que me hayas acogido en tu casa. —no puede esconder la emoción de sus entrañas emergiéndole en la mirada—. Aquí he descubierto una amiga, que ya no pensaba encontrar a ninguna, a mi edad —dice Carme dirigiendo la mirada a Manuela—. He gozado de la compañía y las conversaciones con mi bisnieta, a la que veía mucho menos de lo que las dos queríamos y que me ha hecho el regalo más grande que podría haber nunca recibido compartiendo conmigo todas las noches de este verano. ¡Te quiero mucho, Paula, cariño! —Paula corre hacia Carme para abrazarla.

—Abuela, que con tanta parafernalia me estás asustando —dice Jordi para añadir un poco de humor al momento.

—¡Venga, va, calla, bobalicón! —contesta Carme.

—Y, sobre todo, he podido acercarme a ti, hija. Me has dado una segunda oportunidad, Marina, que ya tampoco esperaba recibir. Y creo que, esta vez, lo hemos hecho bastante bien las dos. Vine aquí llena de rencor y aflicción y con mucho miedo por lo que podía llegar a pasar. Y ahora, un año más tarde, si tuviera que definir cómo me siento sería agradecida. Y feliz. Y quiero deciros... Que ha llegado el momento de que me marche, Marina, hija. Muchas, muchísimas gracias por todo lo que me has llegado a dar, pero ya es hora de que hagas tu vida y no estés pendiente de mí —se pronuncia a Marina, pero mirando a Alex—. Eso sí, me reservo el derecho de venir cuando me apetezca, siempre y cuando no te haga ir mal. Y de momento toma nota, que me guardo el próximo verano para

venir a pasarlo aquí con Paula —pronuncia esto último sonriendo para borrar un poco de emotividad al momento.

Madre e hija se miran y el silencio toma lugar a las palabras.

El resto de la mesa las observa con los ojos compungidos.

—Pues venga, ahora sí. ¡Feliz Navidad a todos!

—¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad!

AGRADECIMIENTOS

Gracias, lector, por haber escogido de entre tanta maravillosa y variada oferta, mi libro y gracias por haber llegado hasta aquí.

Gracias, lector, por haber escogido de entre tanta maravillosa y variada oferta, mi libro y gracias por haber llegado hasta aquí. Gracias familiares y amigos que me habéis apoyado y escuchado, saberme acompañada ha sido imprescindible para llegar hasta aquí. Este proyecto no habría llegado a su fin sin la participación de una serie de mujeres fantásticas y extraordinarias profesionales, cada una en su disciplina y que quiero nombrar. Lo hago en el mismo orden en que las he ido conociendo y se han ido añadiendo a la aventura. A su lado, este último año he crecido cada día: María Barón, Maria Escalas, Montse Morera, Alicia Reina, Neus Arqués y Laura Gomara. Espero poder abrazaros a todas algún día y sentaros juntas en una mesa a compartir un buen vino. Gracias a todas.

Xavi Reyes y Oscar Julca, gracias por la portada y por todo.

Alba Gàimiz por tu aportación en la confección de la sinopsis.

Pedro Soler por tu aportación en el personaje de Manuela.

Cris Sorribes por acompañarme en mi despertar en las redes sociales.

Gracias, también, a todos los lectores cero por vuestras críticas constructivas que han hecho que el libro sea mejor y por ayudarme en la comunicación y difusión.

Estimado lector, gracias por llegar hasta aquí. Si *Un verano para amar* te ha gustado, te agradecería infinitamente una reseña en mi página de autora en Amazon. Por otro lado, sería un placer para mí poder compartir contigo, personalmente, qué te ha parecido este libro y, si te apetece, te invito a escribirme a: esterinvernoncirera@gmail.com y a visitarme al mi Instagram: Instagram [esterinvernon](https://www.instagram.com/esterinvernon).